



FONDO
José Miguel
Alzola

LA DEUDA DEL COMANDANTE.

LA DEUDA DEL COMANDANTE

LOS ACTORES

DON CARLOS VELEZ.—*Fué por muchos años Comandante del Puerto de Atlántica y hoy, retirado del servicio, conserva una influencia grande sobre la gente de mar. Los pescadores viejos que pasaron bajo el yugo de su dominación de déspota campechano adoran en él; en cambio, los jóvenes, contaminados por el microbio de las libertades modernas, exajeran sistemáticamente sus defectos, convirtiéndole en un símbolo abultado del absolutismo. Ni tan malo, ni tan bueno: vivió como todos los de su época, convencido de su superioridad sobre el rebaño dócil de los pescadores,*

seduciendo sin asco á las hembras, bebiendo ginebra con los hombres, tuteando á toda la tribu y haciendo justicia popular y sin apelación á veces con buenas palabras, á veces á bofetada limpia que ellos recibían sin protesta y recordaban sin rencor. Es el Comendante. Tiene más de cincuenta años, semblante de dura expresión, muy moreno, gasta bigote negro y es viudo de una dama de la noble raza de la Caba, á quien mató á pesadumbres, lo cual no impidió que la llorase con grandes extremos calmados afortunadamente con el transcurso de los años. De este matrimonio nacieron dos hijos: Angelina y Paco.

FRANCISCO VELEZ DE LA COBA.—*Guapo chico de veinte años. Blanco de piel, rubio y de ojos azules como su madre, barba tardía esperada con impaciencia, las mejillas amoratadas por la caricia diaria, algo brutal, de la navaja. Intentó el estudio del Derecho en Granada; pero como hasta allí no llegaron las influencias del Comendante, sufrió algunos desengaños en los primeros días de junio, que conclu-*

yeron con sus ilusiones literarias. En cambio trajo de su viaje un acento andaluz que hizo el encanto de las chicas atlánticas y la desesperación de los otros pollos que no conseguían la imitación perfecta. También trajo la moda de los chalecos-fajas, de colores deslumbrantes y broches de níquel. Carácter frívolo y algo egoísta que le lleva sin dañina intención al mal ageno, sintiendo más tarde crisis lacrimosas, inútiles y tardías de arrepentimiento. El amor es para él un sport elegante, el único digno de un hombre de su raza, al que dedica todas sus horas de ocio, todas las del día y muchas de la noche. Su frivolidad y su egoísmo, truecanse en pasión de sacrificio, cuando se trata de su hermana. Para él la chica constituye una excepción dentro de la humana miseria: es la pureza del pensamiento encarnada por milagro en la carne, el complemento de su raza, de la cual, si brotan hombres irresistibles para la conquista, nacen también mujeres inexpugnables al asedio amoroso.

ANGELINA VELEZ.—*Es una virgen marchita de treinta años, aunque su hermano*

no le dá más de veinte y dos, sintiendo por ella, que no la confiesa y acaso no la siente, la injuria feroz del tiempo. Alta, excesivamente delgada, nariz larga y aguileña, ojos grandes y negros, pelo abundante en trenzas. Educóse en el Colegio de las Carmelitas, y la muerte prematura de su madre, su endeble armazón de virgen clorótica y su espíritu romántico extraviado en los éxtasis místicos y en el ensueño vago de una aventura imposible robada á los libros abandonados imprudentemente en el despacho de su padre junto á las carabinas, sables de abordaje y otras armas peligrosas, le produjeron terribles crisis neuróticas que llevaron á su médico al diagnóstico de una incurable dolencia cardiaca y á su familia la angustia permanente de una catástrofe próxima é inevitable. Desde entonces, su hermano compartió sus horas de ocio entre el sport amoroso y el sport de enfermero. Fué admirable cosa el espectáculo de aquel chico frívolo que adquiría ciencia y delicadezas de hermana de la Caridad, junto á la muchacha condenada implacablemente á

una muerte prematura.—¿Quién podría penetrar en el alma de la Srta. de Velez de la Coba? Su caridad no era fingida; bajaba hasta donde fuera necesario para abrazarse á los pobres, á los enfermos y á los tristes; pero no podía soportar las crisis de fraternidad en que, engañados por su aparente llaneza, caían muchas veces sus protegidos. La obra de la santa Isabel seducía extraordinariamente; pero una Isabel sin despojarse de la corona ni descender las gradas del trono. El contacto de una llaga asquerosa no le infundía repugnancia; en cambio el roce irrespetuoso de otra alma le indignaba matando todo impulso caritativo. En los últimos tiempos aumentaron de pronto las crisis de histerismo, simulando los ataques de una angina de pecho, con lo cual ella misma adquirió la certidumbre y la serena resignación de su fin próximo, al mismo tiempo que nacía en su espíritu cierto sentimiento de orgullo y superioridad angélica como consecuencia de lo que ella imaginaba triunfo del alma sobre la carne y temple superior para mirar cara á cara el hueco

vacio de la tumba en espera paciente de su cuerpo. Lo único que parece sujetarle á la tierra es la guarda y custodia de su hermano, por quien siente un cariño de madre y una inquietud constante por asegurarle su hueco en el Paraíso. En cambio no puede desechar cierto sentimiento de desconfianza y hasta de rencor hácia el Comandante, sobre todo cuando recuerda el martirio de la madre muerta. Este es un pecado del cual todos los viernes se acusa á los piés del Penitenciario Sr. Carmona.

DON FLORENCIO MENDOZA.—Pariente de los de la Coba por los Trujillos de Utiaca, compañero de colegio del Comandante aunque más entrado en años, médico del Hospital de San Ramón. Hombre honrado, pacífico, prácticón de conciencia, usa barba blanca y gafas de oro, modesto al exterior, convencido interiormente de que en otro país hubiera ceñido los laureles de la gloria. Ya en edad madura casó con D.^a Ricarda de los Ríos y dieron á luz,—entre los dos, porque el parto fué difícil,—el primero y único capítulo conocido

de su novela amorosa, bajo el epígrafe de Teresa.

DOÑA RICARDA DE LOS RÍOS.—*Remontó en buenas condiciones el promontorio de los cincuenta y aun navega con velas desplegadas. Es una gran mujer de su casa. Allí domina sin saberlo y sin protestas y administra con alguna tacañería la regular ganancia del médico y la buena renta de los cortijos de Utiaca. Apesar de su espíritu dominador, tiene á su marido por el hombre más bueno de la tierra y cree inocentemente en el fracaso de su talento por la pobreza, ignorancia y mezquindad del país. Gorda, rostro plácido de aspecto plebeyo y satisfecho.*

TERESA MENDOZA DE LOS RÍOS.—*Es ahijada del Comandante y todos están de acuerdo en que ha de casarse con Paco; nariz ligeramente arremangada y boca llena de risa. Es insignificante por feliz.*

TIÓ AGUSTÍN MONTEVERDE.—*Viejo pescador cuya edad ni el mismo conoce; sin duda pasa de los setenta. Muy moreno, calvo, barba blanca en forma de collar y sin bigotes: tiene por el Comandante res-*

peto y admiración profundos: para él no han cambiado las cosas, ni el orgullo le hace sufrir. Es de la raza de los siervos. Gran bebedor de ginebra y jugador de brisca y embite, llegando por las noches á su casa completamente borracho, lo cual no impide que se levante al albita para salir á la mar. Es de los pocos que, enamorados de su oficio ó no sintiendo el estímulo de la ambición, han permanecido fieles á las tradiciones de la tribu: por eso abandonó la antes solitaria playa del puerto, huyendo de la invasión de la gente industrial y comercial, refugiándose en la otra del Arrecife. Allí fabricó su choza y allí ha trasladado el Corsario, su lancha pescadora. Tiene dos hijos: Andrés y Conchilla.

ANDRÉS MONTEVERDE.—Tiene treinta años, alto, fuerte, facciones meridionales muy pronunciadas y expresivas, rostro afeitado de tono muy moreno que oscurece aun más la huella permanente del carbón. Al carbón fué, desertando las barcas pescadoras, sintiendo invencible repugnancia por el pasado que se le apa-

rece como una humillación y experimentando la necesidad apremiante de vengar una injuria vaga que no acierta á definir.—No es un héroe; nó, por más que á veces él así lo imagine. Es, cuando más, un pasional bárbaro. La lectura de periódicos y los discursos incendiarios de una rebeldía política que por entonces surgió con el nombre de Los sanos, predicando la guerra santa para arrebatár el poder acaparado por otros ni mejores ni peores, hirió profundamente su fantasía de bruto meridional. Las palabras de igualdad, libertad y fraternidad, las ideas de rebelión y venganza, las otras de despotismo y servidumbre que aquellos vividores lanzaron á los aires como cohetes para atraer y espolear á la masa ignorante, confundieron en su cerebro con los parlamentos retumbantes y huecos de algunos dramas efectistas y todo ello, abultado por su fantasía, le llevó al odio de las razas dominadoras sin conseguir decidirle á la acción. Porque en aquel cuerpo vigoroso, hecho para romper la piedra, existía un sentimiento de timidez, casi de cobardía que

ataba su lengua y sus manos frente al enemigo, no permitiéndole otra cosa que el grito anónimo del coro, la amenaza colectiva, la murmuración inútil por la espalda y la ideación de lances románticos, jamás realizados, de los que saltía coronado de laurel ó de espinas, triunfador ó mártir, papeles por los cuales sentía grande afición.—Pero además de todo esto, y tal vez dominando las otras cualidades, en Andrés existe un sensual. En este terreno y por tal impulso las aberraciones de su fantasía son dolorosísimas, sobre todo, en las horas de hambre sensual aumentada y excitada por el uso del alcohol al que le arrastra la dureza de su oficio. En tales momentos, sus manos, atadas de ordinario por el miedo á la cárcel ó aquella respetuosa timidez resto de la antigua servidumbre, pueden levantarse y aplastar á los débiles. Su sensualismo ofrece además refinamientos que no están á su alcance: gústale la hembra blanca, limpia, bien oliente, de raza superior, la mujer débil, casi espíritu en oposición á su fuerza y á su apetito

de bestia, con ella sueña, por ella iría al crimen pasional, y aunque á veces juzga imposible su conquista, otras, en las horas nocturnas de fiebre, imagínalo fácil por procedimientos novelescos de forma idílica ó trágica; al recordar la leyenda monstruosa de perversiones sensuales, de vicios vergonzosos, que él ha llegado á creer, patrimonio de las vírgenes de la aristocr cia.

CONCHILLA.—Diez y seis años; rostro ovalado moreno, muy moreno que arriba coronan los cabellos rizados y rebeldes; en él resaltan los dientes pequeños y blanquísimos y unos ojazos verdosos que constituyen la nota característica del semblante. El cuerpo de adolescente, saludable pero con desarrollo incompleto. No ha conocido   su madre; el padre y el hermano la golpean frecuentemente sin cólera, convencidos de su derecho, como ella de su inferior condición. La soledad, la contemplación entusiasta de las grandes extensiones de mar y cielo, el espectáculo de los horizontes que se ensanchan   medida que ella trepa vagabunda y perezosa por los picos del volcán,

su aislamiento absoluto, la vibración misteriosa de una fecundidad que nace en sus entrañas, han hecho de la chiquilla una salvaje romántica que espera tenaz y silenciosamente, surgiendo del abismo del mar, cayendo de las estrellas, viniendo del horizonte desconocido, el príncipe Deseado.

LA BERNABELA.—*Pescadora de cincuenta años, flaca, morena, cabellos grises, sufrió un acceso de manía y ahora inofensiva y silenciosa, vaga de noche y de día por los basaltos cortados á pico sobre el mar.*

LA CURRA.—*Muchacha de trece años.*

MARUCA.—*Niña de siete.*

JUAN—MIGUEL—SÍNDICO.—*Granujas de diez á doce años.*

EL ESCENARIO

Pasaron estos sucesos en La Isleta de la Luz en agosto de 1893.

Hay que entender La Isleta,—hay que acostumbrarse á su contorno característico de cetáceo encallado que cierra por el norte el horizonte familiar de Atlántica,—hay que quererla. Solo así puede sentirse su belleza grandiosamente salvaje.

Es un amontonamiento colosal de rocas que, en tiempos prehistóricos, conmovió, quebrantándolas y fundiéndolas, el fuego del volcán y que, al enfriarse, quedaron y así permanecen, sorprendidas en la actitud de aquella hora lejana, retorcidas violentamente por monstruosas cóleras, colgando amenazantes sobre el

abismo del mar, ennegrecidas por el incendio, erizadas en su áspera superficie por persistente soplo de terror.

Rodéala el mar, reventando en blaquísimas espumas ya sobre los acantilados de la costa, ya sobre los arrecifes que á pequeña distancia surgen, haciendola inaccesible por el norte y poniente, y solo la une á la Tierra canaria, formando violento contraste con su masa volcánica, una lengua estrecha, larga y muy baja de arena dorada y finísima donde, por naciente y poniente, se deshacen con levisimo murmullo, de pronto serenadas, las ondas del océano.

Es el istmo del Guanarteme:

Desde lejos apenas se divisa: parece que el mar lo traga y la pequeña península, surge entonces como un verdadero islote en cuya base resaltan con violento contraste, la fulguración dorada de las arenas, la cegadora blancura de las espumas. La línea familiar de su contorno, se deforma y cambia según el sitio de donde se contempla hasta el punto de parecer otra y llegarse á creer en el milagro de una tierra

nueva surgiendo en una noche de los abismos del mar; pero siempre, de cualquier sitio de donde se mire, destacan los tres picos principales; el como truncado de Roque Bermejo y los otros dos en punta que coronan la torrecilla blanca del faro y el esquelético mecanismo del vigía. Aquellos tres picos de tono violeta con ráfagas rojizas ó verdosas serán para el extranjero un paisaje desolado, árido y triste; pero para nosotros representan lo último que de la tierra canaria divisamos al partir, lo primero que se nos mete por los ojos en la fiesta de la llegada, el recuerdo melancólico, la promesa espléndida del hogar, de los nuestros, de los amigos, de las cosas familiares vista y queridas desde la niñez.

Es hermoso, sí, aquel amontonamiento colosal de rocas violetas, desgredadas al parecer por desconocidas cóleras, ahucadas en su base por el golpe eterno, constante de la ola. Hermoso, sí! Y su hermosura no está en nuestros ojos, no es puramente subjetiva: es una belleza real. Pero hay que conocerla, hay que meterse

en la hondonada que en su base limitan los tres picos principales y saborear el grave y solemne silencio, el sentimiento de abandono infinito que se desprende del paisaje desolado, de la arena violácea, de los peñascos amontonados por el cataclismo prehistórico, de los cardones esqueléticos, única vegetación, del cielo azul que arriba se descubre como desde la profundidad de un pozo. Es necesario oír el clamoreo ensordecedor de las olas que revientan en la costa del norte, inaccesible, cortada á pico, donde las rocas se adornan con los festones verdegueantes de las algas que el mar les arroja; pasar la noche sobre los roques de la punta, recibiendo en el rostro las salpicaduras amargas del océano y las ráfagas violentas de la brisa que llega libremente del norte: recibir en los ojos, destimbrador por sus fulgores, el destello de las charcas donde el agua se evapora y la sal traba sus cristales; encaramarse á las cuevas donde vivieron sus primitivos pobladores, la raza extinguida de los vencidos; ahondar en el suelo, desha-

ciendo las pequeñas pirámides de lava que marcan sus sepulturas y sentir un sentimiento indefinible de respeto y pavor al tropezar con sus huesos que se desmoronan en blanquísima cal rodeados aún por semillas, un tiempo olorosas, hoy secas, místicas, arrugadas como las desgranadas cuentas del rosario de un anacoreta. Y sobre todo, es preciso recorrer la costa incomparable, maravillosa del poniente, entender y sentir sus bruscos é imprevistos contrastes: pisar la playa del Confital, formada por fragmentos blanquecinos de conchas, por piedrecillas calcáreas que remedan un yacimiento inagotable de confites; sentir la fascinación tentadora del vértigo de los abismos sobre las cúspides de la Hondura; escuchar con escalofríos de pavor el golpe resonante de la ola que se mete por las cavernas estremeciendo el suelo; presenciar la eterna batalla de la ola que asalta y barre la Laja de los sargos con estampido colosal, deshaciéndose en cascadas espumosas; contemplar los islotes verdosos que asoman sus crestas á poca distancia de la costa ó marcan su

presencia á marea llena con hervidero de espumas; y de pronto, contemplar el término de la Isleta, como se hunde la lava volcánica en la arena de la playa del Arrecife, y con línea perfectamente distinta, sin indecisión, comienza la franja dorada del istmo que une el enorme cetáceo al perímetro redondeado de la Isla.

Esta playa del Arrecife que forma con la de la isla un golfo de aguas dormidas, aún no ha sido explotada. Apenas si se levantan algunas casas de recreo en la parte arenosa; pero la volcánica, la que desde la Puntilla se extiende al Confital permanece solitaria. Allí se ha refugiado la antigua tribu de los pescadores, los viejos enamorados de su oficio, empeñados en la vieja guerra con el mar y con el viento.

En cambio, al otro lado del istmo, en la costa del sudeste que se prolonga hasta Atlántica, la civilización ha puesto su garra conquistadora: el puerto de Refugio, los muelles de atraque, las grandes casas carboneras, los almacenes de frutos, los hoteles, el tranvía de vapor, el caserío

apiñado, mal oliente, improvisado por la necesidad para albergar seis mil familias de obreros, todo esto ha cambiado la playa hermosísima que los viejos conocimos, ha hundido ó ha hecho volar en pedazos las caletas donde desembarcaron los primeros españoles, ha tragado con la negra sombra de los almacenes de carbón, grandes como catedrales, la humilde ermita levantada sobre el sitio donde se dijo la primera misa, ha derribado los pobres casucos de los primitivos pescadores, y hace resaltar como una nota falsa y mezquina, la mole ruinosa del Castillo de la Luz que un tiempo, en los días de la pasada gloria, se batió triunfante contra los holandeses de Van der Does y los ingleses de Drake.

I

La hora del crepúsculo en la playa del Arrecife.

En el primer término del paisaje, el suelo es arena seca y movediza amontonada en pequeñas dunas nunca alcanzadas por el mar en sus periódicas excursiones; más allá, en curva caprichosa, la huella húmeda de la onda, marca el límite hasta donde llega y, á partir de ésta, la marea baja, pone ahora al descubierto la playa tersa, brillante y endurecida de arena dorada que poco antes invadió. En su superficie resaltan montones de conchas y de algas y la mole verdosa de algunos peñascos. Por la izquierda, un promontorio de lava violácea métese en el mar comunicándole un tono sombrío: es la Puntilla. En el punto en que este arranca de la playa, levántase

la casa del viejo Monteverde. Solo se divisa el frontis: un muro blanqueado con franja azul donde se abre el hueco mezquino de la puerta. Apoyada al muro, una choza, que sirve de cocina, construída con remos inútiles, esteras de esparto y velas viejas. A la derecha y enfrente, la casa de recreo del Comandante; de la cual aparece solamente la fachada posterior: un cuerpo saliente con ancho portal y ventanas de cristales que dan luz al comedor. El sol poniente, reflejando en ellos, les comunica una llamarada de incendio.

Entre ambos edificios, que limitan el paisaje, la playa de arena dorada se tiende hasta la línea donde con levísimo rumor, sin un copo de espuma, se deshacen una á una las ondas. Allí está el Corsario, la lancha pescadora de Monteverde que una cuerda arrollada á un peñasco, mantiene sujeta á la playa.

Mas allá el mar, la superficie espejeante del agua dormida hasta la línea de los Arrecifes que, ahora, á maréa vacía, asoman su lomo húmedo, verdoso y resbaladizo; mas allá, la misma superficie

hasta la costa norte de la Tierra canaria que desarrolla su perfil irregular, luciendo arriba sobre el firmamento las agujas basálticas, finamente recortadas, de la Cumbre y terminando en el cono airoso de la montaña de Gáldar; mas allá, la misma superficie, el océano inmenso y en el horizonte donde mar y cielo se juntan, el contorno de la isla vecina, de Tenerife, visible á veinte leguas en la transparencia del crepúsculo: de allí surge como un amontonamiento colosal de rocas azules, que arriba corona, en los aires, asomando por encima de las nubes, la silueta arrogante del Teide.

Es la hora del crepúsculo: un crepúsculo inverosímil, maravilloso, que estratifica las nubes en líneas horizontales de oro y sangre sobre un fondo azul y las refleja con tonos deslumbradores en los espejos inmóviles del océano y de la playa tersa, húmeda por la caricia de la onda.

Todo en silencio: hasta allí no llego el estrépito de la maquinaria, el rumor de colmena del barrio obrero apiñada junto á los muelles. Únicamente se oye

el murmullo de la onda al tocar en la playa: un murmullo suavísimo, monótono, que parece descomponerse en tres tiempos incesantemente repetidos: primero el bullicio regocijado de las guijas que arrastra al llegar, luego un hervor suave al tenderse en la arena, después un sorbo prolongado y perezoso al retirarse.

Tió Agustín y Andrés están junto á la choza: aquel sentado ante la puerta se ocupa en arreglar las mallas rotas de un chinchorro, sosteniendo entre los dientes apretados los extremos del hilo; usa la clásica camisuela, una blusa de lana abierta en el pecho que aparece desnudo, montera roja, vá descalzo. Andrés en mangas de camisa, faja roja á la cintura, pantalón azul. Apesar del agua y del jabón, el rostro y las manos conservan la huella indeleble del carbón. Habla con voz ronca y mucho calor, en pié delante del viejo: con frecuencia su mirada recorre la playa como preocupado por la ausencia de alguno.

ANDRÉS.

Y además, crée que lo agradecen?— Ni tan siquiera reparan en lo que hizo. Qué sale V. á pescar y lo mejorcito del cesto entrégalo á la Concha pá que lo sirva en el almuerzo... bueno... ¡Cree V. que ellos carculan las fatigas y los sudores que al caso son?—Que se alevanta V. al albita, con estrellas -y, resbalando por mariscos y trepando por risquetes, les trae un cesto de almejas... bueno... ¡Se figura V. que piensan en el riesgo que corrió, en que yo mismo, su hijo, pudiera correr por tóa esa banda de peñas y espumas buscando el sitio donde una ola lo cogió y lo revolcó y lo arrastró, sin encontrarlo más nunca? ¡Se lo figura?—Y tóo por un condenáo capricho de la Angelina... por qué está tísica... y hay que brindarle el gusto...—Pos sí tísica está que la curen el Comendante ó su hermano en la Ciudá y nos dejen aquí tranquilos en el Puerto... Ya estoy harto de madamas y pisaverdes.

MONTEVERDE *(sin separar los dientes con que sostiene las mallas de la red).*

No sías tan bruto.

ANDRÉS.

Que dice?

MONTEVERDE.

Náa.

ANDRÉS.

Pós lo de Conchilla, le parece náa bien?—Pá los otros tiempos, pudiera pasar; pero ahora mi hermana vale tanto como otra. Que ellos tienen mas dinero?—Bueno. Nosotros el bastante. Y no está bien, no señor, no está bien que mi hermana les sirva de criada.—¡Qué traigan una de la Ciudad!—Lo mesmo que el tal don Paco... ¿pós que V. vá pá ciego? ¿No entendió que la imagina como las otras y la requiebra?—No será pá cosa de casorio, digo yo. Pero V. no tiene ojos sino pá el Comendante y como son sus hijos no hay quien le meta en los cascos que la Angelina es una tirada pá trás y el Paquito un *feminado*.—Tóo, hasta el día que yo me canse!

MONTEVERDE (*como antes y con mucha flema*).

No sías tan bruto.

ANDRÉS (*impaciente*).

Qué dice?—Hable claro.

MONTEVERDE (*suspendiendo su obra, mirándole á la cara y con mucha cachaza*).

Dígote que no sías tan bruto.

ANDRÉS.

Yá! Lo de ayer, lo de siempre en estos veinte días que llevamos de aguantarles. Yo el bruto, yo el de dañaa intención y ellos... lo más arto... lo que no puede tocarse... los hijos del Comendante!

MONTEVERDE.

Y ansina és.: y en ello no podrá haber trueque. Has llegáo á feгурarte y esa feguración te acontenta, que semos una otra cosa de lo que fuimos y éramos jasta bien poco hace... jasta que los endinos ingleses nos trujieron el calbón y los vapores, y corrieron los chelines y en cada esquina, en cada casa se abrió una taberna y se te pegó, como una enfermedá, la afición á los papeles de imprenta.

ANDRÉS.

Eso és: la tecla de siempre: malos éstos que nos dán los medios de ganar la comida. Lo bueno era lo otro: el descanillarse por atrapar un pulpo, el baldarse por calar un

chinchorro, el cojer un tabardillo esperando á que pique en el anzuelo una morena pintáa. Pos mire que al respeto de eso se lo digo: si andamos más desahogados al inglés lo debemos, que si fuera por los caciques de la tierra entodayía tuviéramos metidos en servidumbre.

MONTEVERDE.

Poro aspera, bruto condenaol

ANDRÉS.

No; si pá V. no hay más Dios que el Comendante!

MONTEVERDE.

No jables mal de mi amo el Comendante, que él te libró de los barcos del Rey... Lo que yo decía es que poco ó náa me alegra la abundancia de las monéas cuando tóo sube en preporción. Polque la veldad és que hoy con tantos vapores y ferros de carril y armacénes y *sanatodos*, vevimós pá el caso como en el otro tiempo sin conseguir el ajorro de un maraveiz y aguantando los puntapiés de esos herejes. (*indicándole la red*) Dámi acá, dámi acá, que sí me exarto voy á ser tan bruto como tú.

ANDRES (*pasea hasta la playa con las manos en los bolsillos, alguna vez se detiene en el fondo como si esperase á alguien*).

A cualquiera se le acaba la pacencia.

MONTEVERDE.

Polque quieres. Yo soy tan bruto como tú y jamás la he perdío. Polque no la tienes es por lo que no vives contento. Tú y los otros que son al igual tuyo perdiéronla al abandonar las lanchas pudriéndose al sol varadas en la playa, pá dir con los ingleses á manejar la porquería del calbón.—¿No jaces memoria de lo que de antes era esto y lo que ahora es?— Si tóo ha cambeado!—Estábamos solitos y hora no cabemos según el afán en venir gente nueva. Y que gente! La gentuza que rebosa de otras tierras!—Toos nos conocíamos, éramos una sola y mesma familia y hora apreguntamos á cáa paso— Quié es ese?...—Pos jamás lo vide!... Arrepara como tú jablas y como jablo yo... y eso que no soy de los piores.— De antes, éramos morenos de la color, el sol nos tostaba y eso era bonito y gustaba á las jembras... vusotros andáis negros de

calbón y eso es puerco y feo, no hay ropa que aguante y hasta paece que el mardito tizne vos entra por los sentios jasta el alma pá ponerla negra.

ANDRÉS.

Eso és. Y todo eso por mor de los ingleses.

MONTEVERDE.

Más por mor de vustedes que de ellos, por que en mis tiempos de mozo no nos hubiéramos juntado á ellos pa servirles de esclavos.

ANDRÉS (*á quien duele mucho la palabra*).

Esclavos!

MONTEVERDE.

Isclavos, si señor.

ANDRÉS.

Esclavos Vds. de los caciques y del Comendante!

MONTEVERDE (*con cachaza*).

Torna al Comendante!... (*sonriendo al recuerdo de la aventura*) Oye: sabes tú lo que jicimos los viejos, allá en la mozeá, cuando recaló por el puerto un ballenero de ingle-

ses? Parecían los mismos conquistaores de los Perules: pasiaban por la ciudá sin temor á nadien... afrentáas las mujeres y agorpiaos los hombres... Y era el mas pior de toos ellos, uno arto como un palo y rubio como un sol... De tan rubio relajaba: era como un guayabo mauro. Pós, una noche, el indino queóse borracho en la playa... y antonces nosotros le apañamos y entre tóos abrimos un joyo grande en las arenas y le enterramos jasta el piscueso. Queóle la cabeza de fuera. ¡Que gritos, que esperridos daba er condenaol! ¡Tóa la santa noche pasóla becerriando sin ánima que le socorriese jasta que por la mañanita sacáronle sus camaráas del joyo y de sus apuros... Medio baldao queóse...

ANDRÉS.

Salvajes!

MONTEVERDE.

Sarvajes? Y polque sarvajes? No eran ingleses y herejes?—Pós y antonces?

ANDRÉS.

Si; bien hecho estuvo.

MONTEVERDE.

No estaría muy de lo mejor, cuando hora nos lo jacen pagar tan caro. Por aquella jugáa inocente, toos los días vá uno de vustedes al santo hespital con la cabeza abierta ó las piernas quebráas. ¡Miá tu cuantos lisiaos!

ANDRÉS.

No; pues el oficio de pescaor era muy descansado y sin peligros.

MONTEVERDE.

Arguno que otro se ajogaba... no te digo que nó; pero los más morían de viejōs. Mi padre, Dios lo haya sarvao, murió de más de noventa, tió Pedro Solajero picaba en el siglo, Damasio Geniales estuvo en la guerra der francés y tantos y tantos... Tu no morirás de esa enfermeá, Andrés.

ANDRÉS.

Ni necesidad. Pá ver lo que vemos!

MONTEVERDE.

Eso viene de que no tienes afición á tu condenao oficio. Yo estoy más pá la muerte que pá la vida y quiero vivir. Pá ver muchos más días y muchas más

noches este cacho de playa del Arrecife, lo único que no han baldonao con armacenes! Pá ver el cielo sin jumo de calbón y el sol y las arenas y la mar! (*Levantándose*). Polque quieo tóo esto, por eso mesmo téngole ley á la vida!—Mófate si te paece: mas yo te digo que entoavía me embullo pá dir á la mar ó calar un chinchorro. ¡Es posible, muchacho, que no te entre por los ojos y te allegue al arma tóo esto que nos rodea?

ANDRÉS.

Lo mismo de todas las tardes.

MONTEVERDE.

Hora sí que te digo que eres un disgraciao. Cuando esto tan soberano no te acontenta no jallarás alegría en er mundo. (*Se ha dirigido á la orilla del mar y allí su figura resalta fuertemente iluminada por el sol poniente*). Cuando sía muy viejo, aquí me veniré arrastrando toas las tardes.—Eh! mira.... (*algo descubre hácia la izquierda del paisaje*). Por la playa llegan los jijos der Comandante con la Conchilla. ¡Esos sí que gozan y adoran en mi mar! No son como tú, descastao....

ANDRÉS (*acudiendo apresuradamente á su lado. Su acento revela el término de su mal humor*).

Mucho tardaron.—De dónde vendrán?

MONTEVERDE.

Don Paco fuese por la mañanita á Atlántica y ellas han ido á esperarle al tren de las siete. Juntitos llegan por la orilla. Miá tú qué animosa anda la señorita Angelina.... miá tú como corre juyendo aspaventosa de las olas y como más después torna á correr tras ellas en cuanto se arretiran. Dígote, que apesar de su flaqueza, guapa está de veldá. No te paece?—Y á luego dirán que si tísica, que sinó tísica.... Jabladurías!

ANDRÉS (*respondiendo á su pensamiento*).

Otra parece.

MONTEVERDE.

La mesma, hombre, la mesma, sólo que tú la tienes tírria. Miá tú si se franquéa con la Concha! Y á luego dirán que si tiráa pá trás que si tiráa pá lante. ¡Que ha de ser, hombre, que ha de ser!

ANDRÉS (*en voz baja, los ojos clavados en el grupo de los que llegan*).

Parece cosa del otro mundo, según es

de fina y de ligera. Parece á la par agua, espuma y luz. Cosas sutiles que no logran coger las manos.

MONTEVERDE (*golpeándole ruda y cariñosamente sobre un hombro. El grupo que forman resulta fuertemente iluminado por el sol yá en el ocaso.*)

Acállate, calbonero! Entoavía eres más güeno de lo que tú mesmo creés. No te han corrompío der tóo los ingleses ni los papeles de imprenta. ¡Si tú tamién les tienes ley!

ANDRES (*bruscamente*).

Y porqué me tutéan?

MONTEVERDE (*mirándole suspenso.*)

Tutiarte?...—Muchacho y esa es la causa de tóa tu jiel?

ANDRES (*ya arrepentido de su franqueza*).

Vd. no entiende estas cosas. Dejémoslas á un lado.

MONTEVERDE (*todavía suspenso*).

Tutiarte?... Pós y á mi? De tú me jablan. Bueno fuera que nó! Si son los jijos der Comendante.

ANDRES.

Eso!

MONTEVERDE (*riendo hasta llorar*).

Poro... condenaó! Porqué tú no los tutéas?

ANDRÉS (*furiosamente*).

* Piensa que no me atrevo? (*El viejo continúa riendo convulsivamente*). Ya lo verá! Ya lo verá un día ú otro!

MONTEVERDE (*siempre riendo*).

Que no ti atreves! Que no ti atreves, hombre! (*Andrés se dirige á la choza y se sienta á la entrada*). ¿Qué apostamos á que no ti atreves?

(*Lentamente se acercan Angelina y Concha siguiendo la orilla del mar. Paco viene detrás de ellas y su voz se oye desde lejos*).

PACO.

Ohé! Ohé la gente!

(*Paco viste traje de americana gris claro, sin chaleco; sobre la camisa de franela blanca lleva ancho cinturón rojo con broches de plata. Angelina con traje rosa y sombrero. Conchilla con vestido de percal y pañuelo rojo á la cabeza.*)

MONTEVERDE (*con la montera en la mano*)

Como lo ha pasáo por esos mundos, don Paco? Como dejó á mi Comendante!

PACO (*con aliento entrecortado*).

Todos en buena salud, Agustín.—De aquí no paso que ya más no puedo. (*Se deja caer en la arena*).

ANGELINA (*de cara al mar, los ojos en el horizonte*).

Estás muy fatigado?

CONCHILLA.

Pós parece mentira que no sea V. tan valiente como estas probes mujeres.

PACO.

¿Pero de que barro estáis fabricadas que así resistís sin cansancio ese interminable paseo por arena movediza? (*á Angelina*). Y tú?

ANGELINA (*siempre en contemplación del horizonte*).

Ya lo ves, no estoy cansada.

PACO (*jovialmente*).

¡Si yo soy el único enfermo! ¡Si por mí hemos venido á esta playa buscando salud! Y ninguno lo crée...

MONTEVERDE.

Dios no lo apermita, don Paço.

PACO.

Calla, ilustre Neptuno; calla y tranquilízate que no lo permitirá. Esto depende

de que tengo un gran corazón y se me sube á la boca. ¿No es cierto, Conchilla?

CONCHILLA.

Cierto será... cierto es como tóo lo que dice.

PACO.

Gracias, Venus atlántica.

CONCHILLA.

Ya sabe que no me gustan nombres. Llámeme Conceción.

PACO (*siempre jovialmente*).

No, hija, nó: llámote Concha, nombre poético que encaja admirablemente en el cuadro de este espléndido paisaje! Concha admirable é ideal, génio de estas peñas y de esos abismos, ondina fantástica que flotas en los dorados rayos de un sol poniente tan hermoso que parece que nace!

ANDRES (*desde la puerta de la choza*).

Dá las gracias, pescadora!

CONCHILLA (*riendo sin ganas*).

Pos, muchas gracias, don Paco.

PACO.

Te he molestado? Temes la cólera del viejo Neptuno? — ¡Verdad que no hay mal en cuanto digo, Agustín?

MONTEVERDE.

Nenguno á mi ver, don Paco. Jarto sabemos toos que es pura chanza. (*á Andrés en voz baja*). Anda, hombre, tutéalos!

PACO (*mudando bruscamente de tema: el paisaje se obscurece*).

¿Sabes, Agustín, lo que parecíais tú y y Andrés, vistos desde lejos, sobre esta arena, entre los rayos del sol?

MONTEVERDE (*muy serio*).

Argo muy féo, sin nenguna dúa.

ANDRÉS (*no se le oye bien*).

Mejor será que lo calles.

MONTEVERDE (*á Andrés*).

Arto, hombre, que se oiga ese tú!

PACO.

Féo?—Porqué?—El sol os daba de frente sacando de la piel reflejos rojos, y la tuya tostada y la de ese negra, parecían cobre la una, azabache la otra, dos estatuas, dos esfinges mudas, rígidas y brilla-

doras, abandonadas en el desierto arenal, á orillas del océano, en contemplación del horizonte, en espera paciente de lo desconocido que un día ha de venir de su seno misterioso, como aquellas otras de bronce y de jaspe que los egipcios colocaron en las márgenes del río sagrado! ¡Eh! Que te parece, Angelina? (*Tío Agustín ríe sin entender, Conchilla escucha atentamente*).

ANGELINA (*que solo oye la pregunta final*).

Hermosísimo!

(*Se apagan notablemente los tonos luminosos del paisaje, el sol se ha ocultado*).

PACO.

Hermosísimo! Eso es... Cuando yo te decía! Quéjate, carbonero: á Angelina le pareciste hermosísimo.

MONTEVERDE (*á Andrés*).

No pierdas la ocasión, tutéalo, hombre, tutéalo.

ANDRÉS (*á Angelina*).

Díjolo por chanza?

ANGELINA.

Hermoso, sí; pero triste también.

PACO (*abandonando el tono jovial*).

Que hablas de tristezas, chiquilla? No me escuchabas?

ANGELINA.

No temas ningún extravío romántico. Hablaba del sol.

PACO (*exagerando el tono humorístico*).

¡Del sol!

ANGELINA.

Y del mar. Dos cosas tan grandes y tan hermosas!

PACO.

Y te causa tristeza el crepúsculo?— Angelina, Angelina, me avergüenzo de ser tu hermano...— ¡Encontrar tristezas becquerianas en una puesta de sol! Sentir desconsuelo porque se hunde en el mar! ¡Pero, desgraciada, si ese es el mayor de los timos poéticos con que á diario nos chasquéan los tomadores del sentimiento! ¡Si es una cosa tan sabida como el procedimiento del *entierro* y que á ninguno consigue engañar!— Ni el mar lo traga, ni se vá para siempre, ni uno ni otro merecen los honores de maravillas, ni de

monstruos.—¡Si mañana volverá! Por allí, por allí... deshaciendo nubes, barriendo brumas, vomitando fuego, hiriéndonos brutalmente y haciéndonos sudar... prosáico, vulgarote!—Y en cuanto al océano... ¡el *océano* de poetas sedientos de consonantes! que es más que un perro encadenado, viejo, gruñón, con más fama que hechos de monstruo terrible, que corre hasta donde le alcanza la cadena, ladrando monótono, ahuecando la voz y luego se retira hasta su cobertizo, ahullando lastimero é impotente!...—¡Vaya unas maravillas... vaya unos monstruos! Total: un candil y un lebrillo grandes!...

(Tío Agustín y Conchilla le escuchan embobados por la música de la palabra que no entienden.)

ANGELINA.

Y además un reló que ni adelanta ni atrasa... y ya marcó el término de un día.

PACO *(queriendo desviar á su hermana de su pensamiento.)*

Tampoco eso es verdad. Atrasa y adelanta según las cosas se miren y sino á la prueba me remito. Venga el calendario...

ANGELINA.

No te empeñes. Un día siempre será mucho... mucho... A veces es todo. Quien sabe?

CONCHILLA.

¡Jesús, señorita Angelina!

MONTEVERDE (*contristado*).

Déjese su mercé de abarruntos.

PACO (*levantándose*).

Lo que ha marcado ese reló es la hora de la cena. A casa, mujeres; á casa y avisar cuando todo esté á punto.

MONTEVERDE (*con tono de reconvención á su hijo*.)

Tutéalos hora, si te paece. Tutéalos.

(*Las dos mujeres entran en la casa del Comandante. El paisaje se obscurece. Paco se acerca desalentado al grupo que forman junto á la choza los dos Monteverdes.*)

PACO.

Que tristeza! Que tristeza! Pero, señores, que tristeza tan grande!

MONTEVERDE.

Vaya!... No se acoquine su mercé.

ANDRÉS (*su acento es menos áspero*).

¿No decían que mejoraba con estos aires?

PACO.

Mejorar? Acaso *eso* perdonar?

MONTEVERDE (*muy serio*).

¡Los purmones!

PACO.

No; sinó es eso... es aquí, el corazón: una cosa que llaman... no sé... un nombre bárbaro... *angor*... no sé que cosa... Algo así como la tenaza que aprieta y retuerce el corazón cuando menos se espera, que suspende la vida por exceso de dolor, que mata extrangulando!

MONTEVERDE (*con cara de circunstancia*).

Dios no lo permitirá!

PACO.

Si la hubiéseis visto como yo, de pronto, en medio de una carcajada, contraerse su boca y, lo que era risa trocarse en mueca lastimosa, las uñas clavadas en la carne; en los ojos el ánsia infinita de la vida surgiendo de la visión medrosa de la muerte!—Y todo esto, cuando menos se espera: por reir en un teatro, por oír llorar un niño en la calle.

MONTEVERDE.

Pacencia y no desagerar, don Paco.
Ar fin, toos semos jijos de la muerte.

PACO.

¿Viste ahogarse á alguien cerca de la
playa?

MONTEVERDE (*sombríamente*).

A mi mujer, don Paco.

PACO.

Perdona, viejo, no me acordaba. Pues
debe ser una muerte parecida. La extran-
gulación por el abrazo gigante de la onda,
la crispación de los labios, el ánsia deses-
perada en los ojos que divisan en la playa
próxima, la salvación, la vida ya sintiendo
la posesión irremediable del abismo! (*Diri-
giéndose á la playa bruscamente*).

MONTEVERDE.

Adonde vá, su mercé?

PACO.

Ni lo sé. A la playa. A cansar, á rendir
el cuerpo, hundiendo los piés en la arena,
á beber un soplo de brisa que me refres-
que, á escuchar las voces del mar, á hun-
dirme, á desaparecer como un átomo vil

en la grandiosidad del paisaje. ¡Que hermoso me parece todo esto! ¡Que hermoso y que triste! (*Se aleja por la playa*).

MONTEVERDE (*pensativo*).

Que pena! Y hora, tampoco sientes lástima, condenáo?

ANDRÉS.

Y porque motivo? Es que crée de ley todos esos extremos de congoja? Fingido tóo!

MONTEVERDE.

Pos voy creyendo que eres ruín de veras! ¡Miá tú, que asuponer fingimiento en cosa tan propia y natural!

ANDRÉS.

Pues que no haya fingimiento. Ya verá lo que le dura. Cuantiantes llega consolado del paséo.

MONTEVERDE.

Polque así es el natural suyo, como así era el mesmo de su padre. Alegróte, campechano... poro, en diciendo á sentir, ¡á sentir se dijo!—Si lo hubieras conocío

cuando se ajogó la probe de tu madre!
Lloraba ansiná mesmo que yó, con tóo y
ser yo el dolorío!

ANDRÉS.

También lloraría cuando se desrriescó
la Marta.

MONTEVERDE.

Muchacho!... Que has mermurao?

ANDRÉS.

Lo que V. sabe como yo. Que el Co-
mendante quería la y ella que nónes y él
la siguió hasta la Hondura y él buscándola
y ella huyendo, fartóle de pronto el suelo
y del risco cayó al mar.

MONTEVERDE (*con energía*).

Farsol Farsol de tóa farseá!

ANDRÉS.

Si yo no digo que la arrempujára como
algunos contaron! Si fué huyendo de él...
Y ahora caigo en que el Comendante
debe ser tan compasivo como éste, porque
sobre el risco clavó una cruz.

MONTEVERDE.

Calla, condena, que puén oír.

ANDRES.

No me oirán. Cuando no oyen á la Bernabela que se ha queao ronca de tanto llamar á su hija junto á la cruz!

MONTEVERDE.

La loca! De ella fué la grandísima curpa.

ANDRÉS.

No digo que no; pero bien lo paga.

CONCHILLA (*desde la puerta de la casa*).

Don Paco!

MONTEVERDE.

Pá que le quieres, muchacha?

CONCHILLA

La comida está servía.

MONTEVERDE.

En la playa está. Anda y llámale.

CONCHILLA (*con cierta precipitación*).

Voy á buscarle.

ANDRÉS.

No vayas. Con llamarle basta.

CONCHILLA (*deteniéndose de frente al mar*).

Bueno. (*hace una bocina con ambas manos y llama*) Don Paaaco!

ANDRÉS (*á su padre*).

Vió como se iba en su busca?

MONTEVERDE (*ya colérico y tartamudeando*).

Pooooo, recondenao! Tú no eres jijo mío! Yo te arreniego! Nunca ves sinó la mardad!

CONCHILLA (*en la misma actitud*).

Don Paaaco!

MONTEVERDE.

Paece que la llevas por drento y es tanta que te arrebossa. ¿Que has creído tú de mi jija?

ANDRÉS.

Náa malo; pero náa mejor que de Marta.

CONCHILLA

Que venga! Sil... Que espera la cena!

MONTEVERDE (*entrando en la choza*).

Malás entrañas!

CONCHILLA (*á Andrés*).

Porque se enfada padre?

ANDRÉS.

Tengo que hablarte. Ven, mientras esos cenan.

CONCHILLA (*á Paco que aparece en la playa*).

La señorita esperá.

PACO

¿No cenas con nosotros, Conchilla?

CONCHILLA

No puée ser.

PACO (*bajo*).

Hasta después?

CONCHILLA (*lo mismo*).

Bueno. (*Paco entra en la casa*).

ANDRÉS

Ven. He de hablarte.

CONCHILLA (*entrando en la casa del Comandante*).

Espera. Vuelvo.

(*El paisaje ya en sombras. El tío Monteverde sale de la choza con la pipa encendida y se dirige á la playa*).

ANDRÉS

Sale á la mar esta noche?

MONTEVERDE

A la albita. Pienso avanzar jasta el Rincón. *Chupando rabiosamente la pipa cuyos fulgores iluminan su rostro, sacándolo de la sombra*.
Y tú, no tienes trabajo?

ANDRÉS

Vapor se espera. Un *Mercátor* pá la costa de Africa. Será para pronto. Ya lo señaló esta tarde el talayero y cuantiantes avisará la sirena.

MONTEVERDE

No asperarme (*marchándose por la playa*).
Que se acueste la muchacha.

ANDRÉS (*entre dientes*).

Jumera segura.

(*Andrés se tumba en el suelo, sobre la blanda arena y enciende un virginio; sus miradas vigilan la casa del Comandante donde brilla luz al través de los cristales. Al fin sale Conchilla*).

CONCHILLA (*en voz baja*).

Que me quieres hablar?

ANDRÉS

Por querer, náa te diría; pero es preciso.

CONCHILLA

Dí.

ANDRÉS

No de ese modo seco y desabrío. Siéntate á mi vera. Aquí... Verás...

CONCHILLA (*obedeciendo sin aproximarse mucho*).

Dáte prisa, que la tengo.

ANDRÉS (*con desaliento no fingido*).

Así no haremos náa. ¡Si con ser esto de suyo tan difícil pá dicho, tu añades la dificultá del despego, prefiero roerme las uñas como hago tóo el santo día! (*arrojando el cigarro*). Mira, Conchilla, me quieres como de antes?

CONCHILLA.

Ya sé. Vás á repetir lo de la otra noche. (*Con cierta ira contenida*). Pero, que entrañas tienes, condenáo, pá pensar cosas tan ruines?

ANDRÉS (*sentándose con impetu y mirándola de muy cerca*).

Eso es lo que yo digo!—Tú y el viejo acabaréis por hacerme malo de veras: por esa palabra dura, por esa farta de cariño, de misericordia, de lástima! Adonde quiera me vuelvo me escupen á la cara mi ruindad, mi soberbia, mi bajeza y eso me exarta y me hace malo y soberbio de veras! (*titubeando; la otra calla jugando con la arena*). Mañana tal vez me

avergüenze de lo que ahora te digo; pero ahora te lo digo... sinó reviento!— Necesito una palabra de cariño!... de piedá!... porque esto es sufrir ya demasiao!

CONCHILLA (*dejando de jugar con la arena y mirándole*).

Sufrir tú? Pues no decías la otra noche que te bastabas y que lucharías hasta vencer?

ANDRÉS.

Y luchando sufro.—¿Crees tú que en un carbonero no cabe otro dolor que el de un golpe, el de la carne desgarráa y sangrienta? ¿Crees tú que los otros dolores, los de aquí dentro, por finos ó por nobles, no caben sino en pecho de señorito?

CONCHILLA.

Pós bien te explicas.

ANDRÉS (*con acento sincero*).

Porque digo la verdá y porque tóo el santo día y la maldita noche me lo estoy

repitiendo. No es extraño que lo explique bien.

(Los dos callan. Ella continúa jugando con la arena; su espíritu vaga por otras regiones).

CONCHILLA.

Y entoavía estás en el mismo sentimiento?

ANDRÉS *(con falsa eintonación de héroe)*.

Lo he alcanzado por acaso?—Pós mientras no lo alcance, lo quiero, lo busco y muriéndome lo desearé! *(en voz baja, apenada y muy sincera)*: La quiero, Concha, la quiero!

CONCHILLA *(interesándose en el asunto)*.

Pero, condenáo..: ¡Si esa es tu desgracia!

ANDRÉS.

Condenáo y desgracia... y tóo! Pero eso no quita que la quiera!

CONCHILLA *(con acento bondadoso)*.

Ven acá, Andresillo...

ANDRÉS *(tomándole las manos)*

Eso... habla así... sigue... estoy salvado!...

CONCHILLA (*después de vacilar*).

Pero, que puedo decirte?—Sinó me ocurre otra cosa sino echarme á reir ó á llorar!—¿Cabe en tus delirios alguna esperanza? ¿La viste, la soñaste tan siquiera por acaso?—Por qué tú con tanto y tanto pensar, en fuerza de dar güeltas á la idea pecaora, alguna luz habrás vislumbráo?

ANDRÉS (*con falsa resignación que él imagina propia del lance*).

Ninguna, Concha.

CONCHILLA (*animándose*).

Ciego andas, según eso, y de mí te amparas en la sombra. Pos mira, yo te digo, sin pasión de mardá, que tóo me parece en tinieblas.—¿Buscas que yo le hable?

ANDRÉS (*prontamente*).

En ninguna manera!—Qué pensaste de mí?—Si diciéndolo yo y á ella derechamente había de reirse, como no reiría contándolo tú?

CONCHILLA.

Claro ves cuando quieres. (*Calla y vuelve á jugar con la arena; su espíritu se aleja, aletéa curiosamente sobre los cristales transparentes de la casa de los Velez; al fin continúa*). Y que más?

ANDRÉS (*con acento dramático que resulta falso*).

Ah!—¡Esto no pasa de pesadilla... que si fuera realidá!... Y no estoy fijo, ni seguro de si lo soñé ó lo imaginé despierto... ¡El único medio sería!

CONCHILLA (*volviendo á la realidad*).

Cuál, Andrés?

ANDRÉS (*mirándola fijamente*).

Este: salvarla de un trance de muerte. (*Ya en plena novela*). ¡Dios mío, venga un peligro tan grande en la tierra ó en el mar que amenaze aplastarla ó sorberla y que yo esté allí, que pueda prevenirlo ó vencerlo, poner delante mis manos pá detener la piedra, pá levantar su cuerpo de angel sobre las espumas y traerlo vivo y triunfante hasta la playa!

CONCHILLA (*seducida por la resonancia del discurso*).

Tóo eso vá bien imaginao; pero miá tú que sospecho que ni aún amparán-

dola con tus hombros, ni aún llevándola abrazáa á tu cuello, con estar tan cerca, logres llegar á ella.

ANDRÉS (*olvidándose de su papel de héroe para volver al grupo de los salvajes románticos*).

No llegaste tú á Paco?

CONCHILLA (*de un golpe queda de rodillas mirándole hosca de cerea*).

Mientes!

ANDRÉS (*queriendo tranquilizarla*).

Si lo sé... Sinó me importa...

CONCHILLA (*de pie*).

Mientes!

ANDRÉS.

Eso es lo que me condena: que me niegues la claridá del día porque ahora no la vemos! Y más que náa, eso me dice que cuando tal cosa me niegas y tal me ocultas, ni has de querer servirme, ni me quieres...—¿Dices que no le quieres?

CONCHILLA:

Mientes! Y van tres.—Y ahora entiendo tus afanes. ¡Quiéres hacerme con-

fesar esa mentira ó pá discurpa de tu arre-
bato si llegaras á vengarte ó pá discurpa
de tu atrevimiento ya puesto á quererla!

ANDRÉS.

Calla, maldita pescaora!

CONCHILLA (*con grande y espontánea energía.*
Ella siente lo que dice).

Pescaora, sí! Pero si quisiera á arguno
no sería con el ansia de triunfar por la
fuerza, amenazando con alaridos, mano-
tiando furioso. Al querer, fuera humilde,
me echaría por tierra pá que me pisasen,
tomaría agradecida de tóo corazón lo que
me diesen, aunque me quease con hambre,
y teniéndola la disimularía pá no hacerle
entender mi dolor.... y sin pensar ni soñar
en sarvarle y sarvarme pá que me lo
agradeciese y pagára, soñaría y ponería
toas las ansias infinitas de mi arma en
salvarle muriendo yo en su lugar!... Ansina,
ansina, ansina mesmo!

ANDRÉS (*se ha levantado y poniéndole las manos
sobre los hombros la mira fijamente*).

Más claro lo deséas?—Ya lo has con-
fesado!

CONCHILLA (*soportando valerosamente el peso de las manazas del carbonero, sin retroceder. Resulta la chiquilla hermosamente atrevida*).

En jamás de los jamases.—¡Así jurara á estar en el trance de la muerte que no has de darme!

ANDRÉS (*ya furioso*).

Qué no he de darte?—Y por qué no?

CONCHILLA (*con gran desprecio*).

Por mico á la cárcel.

ANDRÉS (*levantando la mano*).

¡Concha!

CONCHA (*en voz baja*).

Pegar sí; eso lo créo.—Tóos' vosotros os imagináis que una mujer es nadie!... Si, estoy acostumbráa... Tú y el padre nunca me hicieron otras caricias! Cómo no puéo defenderme!

ANDRÉS (*variando de táctica, pesaroso del giro que toman sus asuntos*).

No, no es por eso... Yo no soy cobarde ni borracho!—Te quiero como á mi hermana que eres... Apíadate de mí!

CONCHILLA.

Y es genero de pieá decirte que quiero á... ese?

ANDRÉS.

Sí; es decirme que por donde él abajó, puedo yo subir.

CONCHILLA.

No, Andrés, no. Te engañas ó quieres engañarme. Si yo confesase... eso, eso que es mentira,—entiéndelo bien, mentira!—quizás caerías en el feo pecado de las complacencias; pero cuando intencaras subir por donde él abajó,—mentira, mentira, entiéndelo así!—y no halláras camino, gozarías matándolo á traición y mirándola á ella morir de pesadumbre!

ANDRÉS.

Qué hablaste de traición? ¿Crées que el carbonero necesita con estos puños, ir á él por las espaldas?—Cara á cara!—Y no fartaría en el caso motivo suficiente pá cualesquier resulta desgraciada... *(lentamente como pesando las palabras. Su acento es friamente amenazador)*. Mi hermana

eres y tu honor (*con cierto énfasis*) es mío... y si él te lo quita, algo me roba... y al ladrón que entra en mi casa, si dentro lo hallo... lo mato!

CONCHILLA (*con un grito*).

¿Qué dices? (*procurando dominarse pero con voz en la cual vibra profundísima angustia*) ¡Bien pensáo lo hás! Ya se conoce que no es la vez primera que esa cosa horrible te pasa por las mientes! (*los ojos centelleantes, escupiéndole la injuria*) Bestia!... Bestia! (*De pronto vencida por la emoción cae de rodillas*) Tú no harás eso! Verdad, Andrés?... Que no lo harás... Que no lo harás!

ANDRÉS (*apurándola*).

Pero dime que es cierto! Dímelo! Levanta la cabeza! (*La obliga á ejecutar el movimiento*). Vamos, dímelo... un punto de confianza! Dí que es verdad! (*ella llora desesperadamente*) Un sí! Náa más que un sí... y te dejo...—No lo dices?... Bien; pues bastará con que te calles si es cierto. (*bajo, pero muy acentuado*) ¿Verdad que le quieres?

CONCHILLA (*levantándose con nuevo ímpetu y sus-
trayéndose á la sugestión*).

No!... Mil veces nó!

ANDRÉS.

Ah, perra pescaora!... Huye!—No re-
páras que me muerdo las manos pá que
no se vayan á tu cara?... Huye!

CONCHILLA (*retrocediendo hácia la casa como si
quisiera guardar la puerta*).

Mentira! Mentira!

ANDRÉS (*conteniéndose, hosco*).

Ya se verá. Guárdate, guárdate bien!

CONCHILLA (*angustiada*).

Mentira! Mentira!

ANDRÉS (*riendo estridentemente*).

Mucho te empeñas en que lo crea!...
Vaya, me voy.

CONCHILLA (*llamándole*).

Andrés! (*el otro se detiene ya en la playa*).
Créeme. Es mentira, mentira!

ANDRÉS (*alejándose de nuevo*).

Bueno... pós que lo séa.

CONCHILLA.

Mentira! Mentira! Mentira!

(Repite maquinalmente la palabra siempre de espaldas á la casa; por eso no vé á Paco que se le acerca).

ANDRÉS *(desde lejos)*.

Bueno, mujer... Mejor... allá tú.

(Paco apoyando ambas manos en la cintura de la chica, la atrae cariñosamente sobre su pecho).

PACO.

Qué mentira es esa, Conchilla?

CONCHILLA *(estallando en sollozos y aferrándose á su cuello)*.

¡Qué te quiero, señor de mi vida, qué te quiero!

(Los dos se confunden en la sombra formando un solo cuerpo. Las estrellas centellean arriba. El mar continúa con su monótono murmullo convidando á dormir. Paco habla al fin con tono humorístico donde despunta su superioridad de amante satisfecho y egoísta; solo más tarde se siente algo contagiado por el romanticismo salvaje de la pescadora).

PACO.

Chiquilla!... Concha... niña mía... deja de llorar.

CONCHILLA.

No puedo.

PACO (*riendo*).

Y si yo lo quiero?—Y si lo manda tu soberano?

CONCHILLA (*con convicción, conteniendo los sollozos*).

Solo así fuera posible. Tú lo puedes tóo en mi arma y en mi cuerpo. Y como lo mandes reiré como una loca con los ojos llenos de lágrimas.

PACO.

Pues por dicho.—¡Ordeno y mando!— (*alegremente*). Ríe, chiquilla, ríe!—A ver? levanta el rostro, mírame... pon las estrellas de tus ojos frente á las estrellitas de los cielos.

CONCHILLA (*haciendo pucheros*).

Ya los miras, amo mío.

PACO (*mirándola de muy cerca*).

Guapa eres, chiquilla.

CONCHILLA (*sencillamente*).

Verdad?

PACO.

Los ojos, sobre todo los ojos.

CONCHILLA.

Porque te miran, señor.

PACO.

Todo esto es raro. ¿Quién podría sospechar en tí tal tesoro de lealtad, de sumisión, de cariño?

CONCHILLA.

No hay mérito en ello: hágolo ansina porque de aquí dentro me sale sin violencia... ¡Yo no puedo querer de otro modo! Cuánto más te quiero más grande me pareces y por más pequeña, sinificante y descoloría me tengo. Quisiera, sin ponderación, achicarme, rebajarme, desmenuzarme hasta convertirme en polvo menudito como estas arenas por el gusto de ponerme bajo tus plantas!

PACO.

Eres cosa admirable, Conchilla!—No; mejor que en el suelo estás aquí, mejor que polvo fino y dorado luce tu carne morena. Así te quiero, así.

CONCHILLA.

Y así me entrego á tí. (*Bájando la voz*).
Pero, defiéndete, señor, defiéndete!

PACO.

Tu padre?

CONCHILLA.

No; mi hermano.

PACO.

Lo sabe?

CONCHILLA.

Sospéchalos... y ya es bastante. Guárdate, guárdate bien!

PACO.

No temas.

CONCHILLA.

No; así no... no de ese modo indiferente. Guarda tu pensamiento, guarda tus labios; sobre tóo guarda tus ojos cuando van á los míos. ¿No has reparáo que en tu presencia siempre cierro los míos?

PACO.

No temas. Tendré más cuidado que nunca. Por tí, porque no te comprometas...

CONCHILLA.

Por mí? Entonces no me has entendido: por mí no importa! Es por tí, rey de mi vida.

PACO.

Perdóname, Conchilla, eres mejor que yo. Vales mucho, mucho... (*acariciándole la cabeza pensativamente*) si yo te engañase, merecería...

CONCHILLA (*riendo*).

Engañarme tú?

PACO.

Merecería que el mar me tragase.

CONCHILLA (*seriamente*).

La mar es mi amiga: no te hará nunca daño: Créelo.—Ella, antes que tus ojos, antes que tus manos rodeasen mi cuello, antes que tus labios, me dijo que me querías. Ella fué la que me empujó á tí, la que me lanzó en tus brazos abiertos...

PACO.

Buena es esa!

CONCHILLA.

No lo recuerdas? ¿Pós que tú tampoco teijas en las cosas de la mar?—Sí; estábamos en la playa y la ola bajaba y yo corría detrás y tú estabas arriba en la arena húmeda y reluciente. Y tu me llamabas gritándome al tiempo que subía la ola: «¡Ven que te traga!» Y una vez, la ola subió y yo salí huyendo de ella y al correr sentíala á mi espaldas gritando: «¡vé... vé!»—Y yo siempre huyendo y ella empujando, ciega, angustiada, sofocáa, llegué á tí, tus brazos me rodearon y sin saber por qué... (*calla un momento*)... sin saber por qué.—¡mira tú que cosa más rara!—sin saber por qué me creí en salvo!

PACO.

Pues, escucha...

CONCHILLA.

En salvo! Entoavía no lo entiendo. Lo que pueden las fejuraciones. (*riendo*).

PACO.

No tanto. Algo, algo debe haber de verdad en el fondo de esa aventura,

cuando ahora recuerdo un detalle que con tus impresiones coincide. Fuera raro que la fascinación nos engañara por igual en aquel punto. Fué el caso que yo también al gritar desde la playa, ó por ansia del deseo, que si sería, ó por engaño de los sentidos, te ví acosada por el monstruo. Como tú, escuché su alarido amenazador y, siendo tan poca cosa, un juego inocente, de muerte y desesperación parecióme la aventura... y entonces grité «*ven que te traga!*»...

CONCHILLA.

Calla!... Apártate. Viene tu hermana.
{*Angelina efectivamente aparece en la puerta. Por esta al abrirse brota afuera un rayo de luz del interior que corta la sombra.*}

PACO {*dirigiéndose á su hermana.*}

No te fies, Angelina, hay mucha humedad en la playa.

CONCHILLA.

Traeré los abrigos—(*á Paco en voz baja*). Después me contarás eso. (*entra en la casa*).

ANGELINA.

Me cansé de esperar. Qué hablabas con la Concha?

PACO.

Algo muy curioso. Esa chiquilla vale mucho. Quién lo diría?

ANGELINA.

Mucho, esa es la verdad. Mucho más de lo que tú piensas.

PACO (*riendo*).

¿Sabes tú lo que yo pienso?

ANGELINA.

Crees que nó porque no me lo dijiste? No sabes que es de enfermos ver más allá de la tierra?

PACO (*con disgusto*).

Angelina!

ANGELINA.

Qué extraño será que adivine tu pensamiento?

PACO (*exajerando el tono alegre que afecta cuando habla con su hermana*).

Pararé en loco de seguir entre estas dos mujeres. (*Conchilla vuelve con una manta*

escoocesa)—Esta adivina mi pensamiento y vé lo que pasa en el anillo de Saturno, la otra habla con el mar y entiende su lenguaje...

CONCHILLA.

Entoavía lo duda?...

PACO.

Dudar? Nunca. Todo lo acepto y ya no retrocedo.—¿Queréis locura?—Pues á ella! Y una vez engolfados en el espacio de la maravilla, ni tú el angel, ni tú la ondina, apesar de alas y aletas, agitaréis sus ondas con tantos bríos como las aspas de molino de este mísero mortal cuando soplan vientos de imaginación! Adelante!... ó mejor... al suelo! (*se acuesta en la arena apoyando su cabeza en el regazo de Angelina que se ha sentado sobre la manta*). Así! Y ahora, empecemos.

(*Se oye lejos la sirena de un vapor ronca y lamentable—momentos de silencio*).

CONCHILLA.

Un vapor que entra. (*La frase va dirigida á Paco*). Esta noche tiene trabajo mi hermano.

ANGELINA.

Pobrecillo! Duro oficio el de carbonero!

PACO.

Protesto. Eso es arrastrarse como reptiles por el bajo suelo. ¿Dónde están tus alas? Dónde tus aletas?—Habláis de bocina y de carbón y de trabajo y miserias como cualquier mortal honrado y bruto, y no es eso lo convenido. Ni eso es bocina, ni llama al trabajo—¿Imaginabas que adivinar lo que pasa en las estrellas era lo más difícil en materia de maravillas? ¿Crestas que descifrar los alaridos del océano y traducirlos en prosa canaria era un colmo de adivinaciones?— Pues aquí está Paco para demostrar lo contrario: aún hay algo más intrincado y dificultoso: traducir esa voz, ese grito lúgubre, lamentoso que, desde la boca del puerto, vibrando en el reposado espacio, saltando sobre el lomo de las olas llega hasta nosotros. (*Otra vez se oye la sirena*).

ANGELINA (*seducida por la charla enfática del chico*).

Y qué dice? Vamos, hombre, traduce.

PACO.

Déjala hablar. Déjala que se queje.

CONCHILLA (*absorta en su idea*).

Es un *Mercator*. Mi hermano tiene trabajo pá toita la noche. Es seguro.

PACO.

Mercator? *The mercator of London:*
(*pronuncia muy mal el inglés*).

Yo no entiendo el inglés, pero así debe llamarse en jerga británica al vendedor monstruo que lleva en su seno, como nuestros mercachifles al hombro, la mercancía de la una á la otra tierra. Aquí les vemos por calles y plazas miserables, mezquinos, pregonándola con voz débil y aguardentosa debajo de las ventanas. Ese otro, el gran mercader, la obra maravillosa del hombre, dominadora de vientos y mares, anuncia su presencia con el alarido angustioso del vapor. A él acuden, indiferentes al espléndido espectáculo de este firmamento estrellado y de este mar rumoroso, todos los que sienten la sed del lucro, los que nunca tuvieron alas ó perdieron las plu-

mas, los que hablan en prosa, los que sienten la necesidad plébea de comer! Allá van atraídos por el pregón ronco que desgarrá el silencio del espacio; allá ván, envueltos en la nube de humo, en enjambre apretado, á luchar por la vida, por la materia!... Y en tanto, nosotros, los seres superiores, dotados de alas fantásticas, que hablamos en verso, que necesitamos vino de quina para tomar una cucharada de sopa, quedamos solos, nos dejan solos, dueños de este espacio maravilloso, de ese abismo empedrado con polvo de luz, de ese otro abismo resonante, de todo lo que ellos, mercaderes del siglo XIX, no comprenden ó desprecian, y, para nosotros, espíritus del tiempo viejo, conservados en vinagre romántico, es aire, luz, misterio, poesía, amor!

(La sirena se oye más cerca—¡oque prolongado).

ANGELINA.

Poeta, te silba el mercader!

PACO.

Pero el mar aplaude. No es cierto, señor ministro de marina?

CONCHILLA (*que desde hace tiempo sigue las contorsiones que hace en la playa el viejo Monteverde, le reconoce al fin y se dirige á su encuentro*).

¡Jesús, señor padre, como viene!

PACO (*incorporándose*).

Qué es ello? Ah!

ANGELINA (*á Paco*).

Calla... disimula. ¿No ves que la pobre muchacha se muere de pena y de vergüenza?

PACO (*recostándose de nuevo en la arena*).

'Bah! Ya están acostumbrados. Eso es de todas las noches.

CONCHILLA (*pugnando por hacer levantar al viejo que se ha sentado sobre una roca de frente al mar*).

Aquí nó, padre. Venga conmigo.

MONTEVERDE.

Dígame que aquí quiero estar. Pá ver y vigilar tóa esta maréa que es mía... mía!—Qué vénga el inglés á robármela!

CONCHILLA (*insistiendo*).

Vamos. Apóyese en mí. Mejor estará en casa.

MONTEVERDE.

Pesáa eres en demasía. Si te digo que tóo esto es mío... mi casa.

PACO (*á su hermana*).

Le dan al naípe... Nada de dinero: juegan cigarros ó cosa semejante y en tanto corre la apéstosa ginebra. Eso no tiene consecuencias; ni llama la atención.

CONCHILLA.

Allí estará mejor.

MONTEVERDE (*decidiéndose de pronto*).

Pos vamos pá allá... por jacerte el gusto... No vayas con prisas... nadien corre detrás...

CONCHILLA.

No grite, padre, que están allí los amos.

MONTEVERDE (*separando los piés exageradamente para lograr el equilibrio*).

A buenas noches, señores.

PACO.

Buena noche, Agustín; que duermas bien.

MONTEVERDE (*riendo estúpidamente*).

Qué la duerma?... Bueno... Iguarmente.

CONCHILLA.

Vamos, padre.

MONTEVERDE.

Qué no me arrempujes! Pos que te has figurao? Entoavía si quisiera pueo... sabes tú?—Pasa palante, mar pecáo. (*Empújala brutalmente dentro de la choza. Los dos hermanos callan por largo tiempo*).

ANGELINA.

Toma poesía!

PACO (*bostezando*).

Y por qué nó? Con menos elementos se fabrica una heroína romántica. Pón lo que falta: sentimiento de la propia vergüenza para lamentarla.

ANGELINA.

Crées qué le falta?

PACO.

No lo sé: esa chiquilla es un misterio indescifrable, raro conjunto de exquisitas delicadezas, de sublime sencillez y de palabras y gestos vulgarotes.

MONTEVERDE (*desde la choza*).

Qué no me dá la gana!... Entoavía?... Más?... Pues toma!

(*El viejo borracho golpea á su hija que procura sofocar un grito de dolor*).

ANGELINA (*levantándose*).

Oíste? Le ha pegado.

PACO (*acercándose á la choza*).

No será nada. Qué fué eso, Agustín?

CONCHILLA (*en la puerta impidiendo la entrada y con voz serena*).

Náa.

(*Andrés se acerca por la playa*).

PACO (*á Conchilla*).

Es que me cierras el paso?

CONCHILLA (*tiene una pequeña herida en la frente*).

Dígole en verdad que no es náa.

ANDRÉS.

Quería V. entrar?

ANGELINA (*acudiendo*).

Por qué nó? Juntos íbamos.—¿Hay mal en ello ó es que nos niegas la entrada en tu casa?

ANDRÉS (*muy confuso*).

Yo?... Nunca.

PACO (*á Andrés*).

Tu padre no anda bien.

ANDRÉS (*esquivando mirarle de frente*).

Jumera será.

PACO (*con cierta energía*).

Golpeó á ésta, á tu hermana!

ANDRÉS.

Pá eso es su hija. Lo mismo haría yo.

PACO (*sin conseguir dominar un gesto de cólera*).

Tú?

ANDRÉS (*mirándole friamente*).

Sí.

(*Sigue un largo y penoso silencio*).

ANGELINA.

Paco, quisiera descansar.—Siento frío.

PACO (*olvidándose de todo*).

La humedad de la playa. Ya te lo advertí. Vamos, pronto, á casa. (*á Andrés*)
Supongo que no me guardes rencor, carbonero... ni hay motivo.

ANDRÉS.

Claro que no lo hay.

PACO (*ya en la puerta de su casa*).

Vaya, dormir bien.

ANDRÉS.

Dormirá el que pueda; yo nó. Espero el vapor y hay trabajo pá todita la noche.

ANGELINA.

Pobre Andrés!

ANDRÉS (*dando algunos pasos hácia ella*).

Gracias!—No hay que apurarse ni compadecerme. Fuerte soy y mañana dormiré.

ANGELINA (*en la puerta apoyada en Paco*).

Pues hasta mañana.

ANDRÉS.

¿Van mañana de excursión?

PACO.

Sí; al Castillo de San Pedro Mártir.

ANDRÉS.

Malos caminos y mala vecindad.

ANGELINA.

Vive gente por allí?

ANDRÉS.

La Bernabela.

PACO.

La loca?

ANDRÉS.

La misma. Pero bien pensáo, la verdá es que no hace daño.

CONCHILLA.

Nenguno. Probecilla!

ANGELINA (*entrando*).

Vaya, buena noche.

ANDRÉS.

A la paz de Dios. (*Después de un largo silencio. La luz se apaga en la casa del Comandante*). Qué fue eso?

CONCHILLA.

Náa.

ANDRÉS.

Náa? Y eso de la frente?

CONCHILLA.

Tú lo dijiste: el padre tiene derecho.

ANDRÉS.

Pá tóo... hasta pá matarte.

CONCHILLA.

Claro. *(Los dos callan).*

ANDRÉS.

Tráeme el cesto y el frasco de ginebra.

(Conchilla entra en la choza, mientras el carbonero pasea pensativo con las manos en los bolsillos— La sirena llama de nuevo).

CONCHILLA *(en la choza).*

Quiéres cigarros?

ANDRÉS.

Qué?

CONCHILLA.

Qué si quieres cigarros?

ANDRÉS *(buscando en los bolsillos).*

Pós sí. Los que tenía se acabaron.

CONCHILLA.

Y el impermeable?

ANDRÉS (*mirando al cielo*).

No; el tiempo está fijo y el trabajo será en la bodega. Dáte prisa.

CONCHILLA (*saliendo*).

Toma. (*Le entrega un cesto*).

ANDRÉS.

Adiós.

(Sale, sin mirar atrás. Conchilla sigue sus pasos hasta que le pierde de vista. Después se dirige á la orilla del mar, desata la amarra del Corsario y tira de ella hasta que la lancha toca con la quilla en la arena).

PACO (*desde una de las ventanas en voz baja*).

Chist!... Conchilla! (*ella vá á su lado prontamente*). Te hizo daño?

CONCHILLA.

Casi náa... Oye: que me decías endenantes?

PACO.

Cuándo?

CONCHILLA (*siempre en voz baja*).

Cuando llegó tu hermana. Esol... Lo que imaginaste cuando me abrazaste por primera vez en la orilla de la mar...

PACO (*alzando un poco la voz*).

Ah! Ya recuerdo.

CONCHILLA.

Habla bajo. Dílo!

PACO (*inclinándose sobre el alfeizar de la ventana*).

Pues verás tú: parecióme que el mar te arrojaba en mis brazos, sacándote de su seno y gritando al romper en la playa:—*Tómala, tómala, es lo mejor que tengo!*

CONCHILLA (*levantándose sobre la punta de los piés y abrazándose á su cuello*).

Ay mi niño querido! Ay! (*no puede reprimir un ligero grito de dolor*).

PACO.

Qué es eso? Qué tienes?

CONCHILLA (*riendo*).

Náa! Esto (*señalando á la frente*) esto que se ha lastimao. (*Separándose de la ventana en dirección al Corsario*). Vienes?

PACO (*retirándose de la ventana*).

Espera. Allá voy.
(*De nuevo se oye la voz de la sirena ronca, lamentable y más cerca*).

CONCHILLA (*hablando para sí*).

—Tómala, tómala, es lo mejor que tengo!...

PACO (*saltando por la ventana*).

Se ha retirado á su alcoba. Estamos solos, solos! ¿Oiste la voz de la sirena llamando á tu hermano?

CONCHILLA,

Tiene trabajo pá toita la noche. Estamos solos, solos! (*profundo silencio en el cual se destaca el murmullo del mar*). ¿Oyes ahora la voz de la mar que nos llama?

PACO.

La noche es nuestra.
(*Ambos se dirigen á la playa*).

CONCHILLA (*deteniéndose*).

—Tómala, tómala, es lo mejor que tengo! (*abrazándose á él*) ¡Créela, rey de mi alma! Fíate de la mar:—La mar es grande, la mar es hermosa, la mar, es buena! Créela!

(*Los dos abrazados junto al Corsario. La sirena llama desesperadamente al trabajo*).

II

Las ruinas del castillo de San Pedro Mártir.

Hora del medio día. En el fondo se descubre el cielo azul, sin una nube. La vieja batería domina el mar desde mucha altura: es una pequeña plataforma cerrada atrás sobre el precipicio por un muro almenado de escasa altura que ofrece en su centro una ancha brecha por derrumbamiento de la pared y por la cual se divisan el mar y el cielo. A la izquierda se levanta un cobertizo, un tiempo almacén de pólvora, hoy inútil, pero guardando el sello de lo que fué en los cerros enormes aún enclavados en la desvenijada puerta. Todavía existe un viejo cañón, tumbado en el suelo junto á la

brecha, cubierto de cardenillo. Por la derecha y empinándose rápidamente hacia atrás arranca un alto promontorio de roca volcánica con violentos tonos negros y rojos y en el punto más alto, sobre el abismo, una cruz de madera muy grande y desvencijada. Se llega á la batería por difícil vereda que se desarrolla detrás del muro almenado y que desciende hasta la playa.

Violento contraste entre la luz del medio día que ilumina cielo y mar y el tono sombrío, desolado y salvaje del promontorio.

Conchilla llevando en la cabeza un ancho sombrero de palma asoma en el arranque de la vereda. Al llegar á la batería se detiene de cara al horizonte, frente á la brecha y junta ambas manos con expresivo gesto de muda adoración.

CONCHILLA.

¡Jesús, qué hermoso! (*Queda extática ante el paisaje; después se inclina sobre el muro para hablar con sus compañeros*)
—Arriba! Animo!—Aunque el vorcán desgarre los piés, más que sarte sangre

de las manos y se canse el pecho y los ojos se maréen mirando pá el fondo! —Animo!—Tóo quedará pagáo en tocando esta altura!

PACO (*desde la vereda*).

Y en que moneda se paga?

CONCHILLA.

En la mejor y más rica monéa: oro del sol y plata de la mar... A montones! Es un despilfarro! Hay pá tóos! (*Otra vez contempla el paisaje haciendo una pantalla con las manos, cegada por la luz*)—¡María Santísima! Ni en sueños pudiera imaginarse tan pasmosa realidá! (*Hablá con Paco*). Paece que la mar es más grande, que llega más allá, muy lejos y que el cielo ha subido en preporción más arriba, mucho más arriba que mirado desde abajo.—Y luego, no se vé una arruga en la mar; toita llana, lisa, echando lumbre.—Y aquí junto, el risco negro, peláo, tan arto como el cielo y tan jondo como la mar.—¡Si dan ganas de aplaudir como en el teatro!—Sube, Rey de mi arma, agárrate bien y cierra los ojos, pá

que cuando llegues arriba, los abras y por ellos, de un golpe, te entre tóo esto, tóo esto tan bonito!

PACO (*todavía en la vereda; pero su cabeza se descubre por la brecha*).

Buen camino para cerrar los ojos! En cambio te aconsejo que cierres el pico porque Angelina anda muy cerca.

CONCHILLA (*con voz ténue*).

Perdóname; fué sin querer. (*En voz alta*).—¡Agárrese, Sr. Don Paco! Tenga mucho cuidiao!

PACO (*en el arranque de la vereda ayudándose con ambas manos*).

Buena es esa y llega á tiempo! (*riendo*).

CONCHILLA (*acercándosele*).

Oírfa lo que dije?

PACO.

No lo creo: allá queda en mitad de ese horrible sendero, á la sombra de un risquete negro, inclinado sobre el abismo como curioso de ver lo que ocurre en el fondo.

CONCHILLA.

El *tú* se me subió á la boca.

PACO.

Oiga!—Y cómo fué eso?

CONCHILLA (*riendo*).

Fué, sin duda, que al entrarse por los ojos tóa esa gloria no quedó sitio pá las cosas del Infierno y arrebosaron pá de fuera.

PACO.

¿Desde cuando son las mías, cosas del Infierno?

CONCHILLA (*muy seria*).

Dende que me las diste.—¿Piensas que no sé que estoy condenáa?

PACO.

¿Qué dices, chiquilla de mi alma?

CONCHILLA.

De tu arma!—Pues... por eso mesmo... si. (*Queda por un momento abrazada á su amante y pensativa*).

PACO (*acariciándole la eabeza*).

Pues está bueno! Está bueno!

CONCHILLA (*alzando los hombros bruscamente*).

Y á mí, qué!—Perdona, señor, á esta probe creatura. ¡Que en este día tan hermoso, no caiga sobre nosotros ni una pizca de tristeza!—Que tóo séa pá contento!—Señor, porque estaré yo hoy tan alegre?

PACO.

Conque... del Infierno?

CONCHILLA

No, Rey mio: de la gloria!... Ahora vás á verla.—¡Mentira paece que entoavía tus ojos no hayan divisáo la maravilla del mundo!—Espera... Así nó... Dáca tus manos.

PACO (*soplándolas exageradamente*).

¡Ay, pobres manos mias!

CONCHILLA (*mirándole*).

Que lástima!

PACO.

Culpa fué de tu horrible volcán.—Esas piedras templadas por el fuego semejan un mónstruo negro y féo, erizado de espinas que desgarran la mano que se atreva á acariciarlo.

CONCHILLA.

Envidia de su áspera fealdad á la fenura de tus manos,—¿Que haces de ellas pá conservarlas tan blancas y delicáas?— Mira estas y acompaara.

PACO (*acariciándolas*).

Pues sí: algo tienen de volcán.—Ahora entiendo porque cuando las echas á mi cuello parece que me quemán y se clavan en mi carne.

CONCHILLA (*riendo y colgándose á su cuello*).

¡Que no me enclavasen á tí por tóa una eterniá!

PACO.

Y esa gloria, para cuando la guardas?

CONCHILLA

Tienes razón.—Acércate... asi... de espaldas. (*Le conduce de espaldas hasta la brecha del muro*).—Deja ir mis manos á tus ojos.

PACO.

Cuida de ellos, que por ellos entraste en mi alma.

CONCHILLA (*cubriéndole los ojos*).

Vaya, no lo tomes en broma.—Esto es muy serio.—Vás á ver lo que no se vé en Atlántica, esto que casi es mio... mio! Entiendes?... Mi mar, mi cielo, mi vorcán!

PACO (*pacientemente*).

Para cuando el *fiat*?

CONCHILLA

Que *fiat*?

PACO (*riendo*).

Que cuando caerá la venda?

CONCHILLA (*siempre tapándole los ojos y haciéndole girar hasta que queda de frente al horizonte*).

Te pesa mucho?

PACO.

No; es que no puedo besarla.

CONCHILLA.

¡Mira, Rey de mi arma!

(*Descubriéndole los ojos. Ella queda á su izquierda, tomándole las manos y fija la mirada en su rostro para sorprender la impresión. Así permanecen largo tiempo en silencio; al fin ella sigue con voz baja, casi suplicante*). — ¿Qué dices?

PACO (*complacientemente*).

Muy bonito...

CONCHILLA (*con fuego*).

¡Bonito... y eso es tóo?—¿Pero que hermosuras sobrenaturales, que paraísos divisaron tus ojos, que esta hermosura y esta gloria te paecen bonitos... bonitos y náa más?

PACO (*riendo del entusiasmo de la pescadora*).

Pues que pretendes?—Admiración? Gritos de entusiasmo?—Allá ván: Hermoso!... Sublimel... El mar y el cielo! Dos abismos insondables, infinitos!

CONCHILLA (*con cierta pesadumbre*).

No te esfuerces.—Tontería fué ésta de querer deslumbrar tus ojos que han visto pá allá fuera tantas y tantas maravillas....

PACO.

Conchilla!—Pero que es eso? Vas á llorar?

CONCHILLA.

Sí; de tristeza.—Perdona...—Me sonaron tus palabras como si me dijesees féa, como si de mí te burlases al burlarte de eso... de eso que es miol

PACO.

Pero si nó me burlo. Si esto es realmente grande, salvaje, hermosol...

CONCHILLA (*con ánsia*).

Verdá?...—Cuándo estuviste en la Península, en ese pueblo de moros... que no se como lo llaman...

PACO.

Granada.

CONCHILLA.

Eso mismo...—¿Qué cosa es la más bonita en esa tierra?

PACO.

Sabes tú lo que es la Alambra? Oiste hablar de ella?

CONCHILLA

Nunca jamás.

PACO (*con cierto entusiasmo*).

Pues ahí tienes una verdadera maravilla.—Cómo se dilatarían esos tus ojos ante el espectáculo á la par poético y grandioso de aquello! Ya me parece oír tu vocecilla lanzando gritos de admiración bajo aquellas alamedas, á la margen

de aquellas fuentes, ante el prodigio de los blancos encajes de piedra que parecen tejidos por las manos delicadas y hábiles de una mujer!

CONCHILLA.

Y quién hizo eso?

PACO.

Los moros.

CONCHILLA (*con firmeza*).

Pues esto tiene que ser más bonito, porque lo hizo el mismo Dios!

PACO.

Hóla! Hóla!

CONCHILLA.

Así.--¿No te enfada que yo defienda esto?... Verdá que nó?

PACO.

Al contrario. Me encanta tu entusiasmo... Sigue, chiquilla, sigue.

CONCHILLA (*abrazándole*).

Gracias, señor de mi arma!—Tú no has miráo bien.—Mira, mira! (*Los dos en la brecha, ella describe el paisaje recorriendo con sus*

ojos y señalando con gestos desde la derecha por donde empieza hasta la izquierda cuando termina. Al principio habla con cierta timidez, la palabra vacila; poco á poco el entusiasmo caldea el discurso, la palabra resulta pintoresca. Parece que el sol y la brisa la emborrachan). Allá empieza la Isleta, un risco negro, verde á trechos, metido en el mar como una ballena dormida... Eso mismo... ¿Ves el lomo redondo?... Luego se empina, sube, cada vez más harta hasta el pico... es la montaña de los Canarios; toa llena de agujeros que, desde aquí, paecen manchas negras como las de una cara picáa de viruelas. Son las cuevas de los Canarios y allí dicen que se guarecían en aquellos tiempos cuando no habían llegáo los cristianos... Y tóo eso, negro y verde, sombrío, miedoso, amenazando derrumbarse sobre la playa.—¡Mira la playa!— Blanca, reluciente, echando chispas... es el Confital. Y paecen en realia confites toas aquellas piedritas blancas y menudas, redondas como avellanas confitáas que la mar escupe á los pies del risco negro.—Ya más no se vé: la playa hace un recodo y se ocurta detrás de este

peñón... éste, el de la cruz. A esto llaman la Hondura.—Mira que féo y que hermoso!... El risco desgreaño, negro, sarvaje, saliendo de un gorpe del fondo de la mar hasta subir á esta altura!—¿No hablabas de encajes blancos, tegidos por manos de mujer?...—Pós mira esto: encaje negro, tules de lava, hilos de piedra como cabellos desgreaños, como crines herizáas por vientos de terror, tóo de piedra, inmóvil, callado, sobre la mar negra tamien. Aquí no hay playa: llega la mar hasta el pie del muro; no se siente ruido de ola, ni se ven blancuras de espumas... Escucha... náa... tóo en silencio... Hermoso! Verdad?—Y luego, por esta otra parte (*inclinándose á la izquierda*) siguen los peñascos, tóos negros, abrasáos, como casas quemáas de mucho tiempo atrás; pero allí hay espumas, olas que revientan dando alaridos sobre las rocas y otra vez se retiran cayendo á la mar en cascadas.—¿Ves allí, en medio de las olas, aquel peñón como un islote, solo y altísimo? ¿No paece un carro tiráo por yunta de bueyes? Verdá?...—Y luego, de repente,

se concluye el vorcán y empiezan las arenas, arenas amarillas que paecen de oro, una franja doráa entre el mar del Puerto por allá y, por aquí, éste del Arrecife... Vés? Es un caminito que se dirige á Atlántica, como una culebra, hasta que desaparece entre las arboléas de Triana... y por detrás de los árboles, el caserío blanco y apiñáo y las torres negras de la Catedral... Y luego, las casitas que trepan por los riscos, y luego los riscos que trepan por las nubes, verdes abajo, azulaos arriba cuando meten en el cielo las finísimas agujas de la cumbre... un cielo azul, sin una mancha que allá cuando concluye la tierra se junta con la mar, los dos tan transparentes, tan ténues, tan delicáos, que no se sabe á punto fijo donde empieza uno y el otro acaba, si la mar sube ó bajan los cielos pá besarse en las lejanías de los horizontes!... *(calla, de pronto avergonzada de su entusiasmo, mientras él la mira seria y fijamente; ella ha quedado con los brazos aun extendidos al horizonte y lentamente los deja caer en silencio).*

PACO.

Por qué callas? Sigue... sigue...

CONCHILLA.

No te burlas?

PACO

Líbreme Dios! Antes no entendía esto; ahora empiezo á comprenderlo. Diríase que me lo traduces.

CONCHILLA (*palmoteando*).

Dios te lo pague, niño de mis entrañas! Ahora estoy más dentro de ti.—Qué más decirte? ¡Si á quererlo contar tóo, esto no se acabaría!—Ah! Dónde estaba yo? ¡Si se me orvidaba lo prencipal! (*señalando al frente y abajo*) ¿Ves allí, en medio de la mar, aquella piedra verdosa? No la vés? No la conoces?

PACO.

Si; nuestro refugio.

CONCHILLA.

Eso mesmo.—*La Baja!*—Hasta allí fuimos anoche, hasta allí fuimos otras muchas y nunca pasamos de allí. No acertamos á ir á otro sitio.

PACO.

Aquello es nuestro. Allí me siento más próximo. á tí, á tí, mi pescadora adorada. —Oh! Si supieras cuan grande esfuerzo necesito realizar para separarme de la húmeda roca que la mar sepulta al subir! Quisiera en ella estar siempre, á ella unido, sintiendo en mis piés la caricia del agua que sube lentamente y arriba, en la cabeza, en el cabello, el soplo de la brisa saturada por el ácre perfume de la inmensidad oceánica.

CONCHILLA.

Lo créo; porque de tal manera yo tamien lo he imaginao. (*riendo*) ¿Sabes que anoche faltó poco páque el agua nos tragáse en la Baja?—Ya casi la cubría cuando saltamos á la lancha.

PACO (*apoyados los codos sobre el muro*).

Ahora, descubierta está.

CONCHILLA.

Por poco tiempo. La maréa sube de prisa y há de ocultarla pronto.

PACO.

Ese es su mayor encanto: ninguno ha de profanarla. Nuestra cuando el mar la deja en seco, después... nada; tal vez un copo de espuma marcando el sitio de nuestros amores. La espuma! Un epitafio.

CONCHILLA (*batiendo palmas*).

¡Ya te decía yo que esto es muy hermoso!—Lo vés? Lo vés ahora?

PACO (*sufriendo la influencia del medio*).

Hermosa tú! Tú, que eres capaz de sentir la muda belleza de este paisaje.—Hermosa tú, que la absorbes y la devuelves en el perfume de tus cabellos, en la luz de tus ojos, hasta en la rudeza de tus pobres manecitas y en el abismo insondable de tu espíritu.—Hermosa tú, más que esta realidad petrificada, porque la miras y la sientes... ¡porque vives y me quieres!

CONCHILLA.

Ahora sí! (*palmoteando locamente*) Eres mío!—Tóo esto, la mar, los cielos, los peñascos tocaron tu corazón de señorito. Ahora no temo!

PACO.

Temiste alguna vez?—Te dí motivo para dudas?—Cuando?

CONCHILLA.

Nunca, señor. Y si fuera, amo eres y en mi mandas. Pero, es otra cosa... no sé explicarlo con clariá... Escucha.—No me hubieras querido, ni tal vez arreparáo en mi, allá en las alaméas de tu ciudá. Otra cuarquiera llenaría tu pensamiento; pero aquí, en la soleá sarvaje de estos lugares, como entren en ti la luz de los cielos y el olor de la mar y hasta la fegura miedosa de los peñascos y te conquisten firtrándose en tu carne y en tu sangre como un hechizo, hasta el punto de que entiendas sus voces y adores sus hermosuras como sus fealdáes y sientas la parpitación de tóa su ocurta magestá, yó, yó, yó seré la preferida! Yó! Yó! Yó!—Nenguna, así sea branca y rubia, así se vista de rasolis y prendería podrá acompararse á tu Conchilla, á tu pescaora, requemáa por ese sol, endurecía por esas rocas, sin otro perfume que el de la brisa, llevando en

tóo su cuerpo, hasta en sus labios cuando besan el sabor saláo y amargo de las aguas de la mar!

PACO (*mirándola fijamente*).

Concha! Chiquilla!... Pero quien eres tú?

CONCHILLA (*suspensa*).

No te entiendo. Qué dices?

PACO.

¿No entiendes que me admiran tus ideas y hasta tus palabras? Quién te las inspira? Quién te las dicta?

CONCHILLA.

Lo que dije antes?... Pos no sé... acaso la mar...

PACO.

Así debe ser. Como insistas creo que todo esto vive y habla y llora! Nó; si todo es posible... ¡Si ya no dudo de nada!

ANGELINA (*en la vereda por donde ha llegado sin que los otros la viesen*).

Aquí estoy yo para dudar de todo, hasta del cariño fraternal.

PACO (*él y Conchilla van al encuentro de la señorita de Velez*).

Angelina! Tú? Sólo?—Cómo te atreviste por tan horrible sendero?

CONCHILLA.

Apóyese en mí... no tema... Caramba! Es V. muy animosa!

(*Entre los dos la ayudan á subir. Angelina lleva vestido blanco, la cabeza al descubierto, el sombrero colgando del brazo, la sombrilla roja plegada en una mano*).

ANGELINA (*ya en la batería*).

Valor, que no tiene mérito, Concha. Me imaginé abandonada en mitad del volcán bajo la sombra de un risquete que parecía un tronco de árbol carbonizado por el rayo.

PACO (*recobrando el tono jovial algo exagerado con que siempre habla á su hermana*).

Situación eminentemente poética, engendradora de monólogos románticos!

ANGELINA.

No te equivocas por completo.

PACO.

Ni es posible.—Fístrate que nosotros desde esta vieja batería andábamos en

plena selva romántica, sumergidos hasta el cuello en la onda de la fantasía, viviendo en un mundo fantástico donde brisas y mares hablan como predicadores incansables, y los fragmentos de lava, erguidos unos, otros acostados, todos fríos é inmóviles, duermen, fingiendo atención, en el aburrimento de aquella plática monótona, inacabable!—Fíгурate la situación: un congreso de lava, escuchando un discurso que dura miles de años!

(Mientras hablan los dos hermanos, Conchilla les mira con curiosidad, sentada sobre una piedra y golpeando sobre el bronce enmhecido del cañón).

ANGELINA.

No llegué á tanto. Como tú, oí las voces del mar y divisé los bloques de lava inclinados con estúpida atención sobre el abismo; más de otro modo entendí su lenguaje y quise explicarme la causa de su extraña actitud. Mis ideas fueron más terrestres, aunque no menos melancólicas que las tuyas de poeta. Fíгурate que mi monólogo romántico quedó reducido á una oración.

PACO (*con tristeza*).

Angelina, por Dios! Te matas con esas ideas y á todos nos haces daño.

-ANGELINA.

No voy por donde crees. No rezé por mí, ni siquiera por nuestra madre muerta. Otra fué la causa de mis oraciones.

(Se oye un ruido de alas y atraviesa el espacio viniendo de la izquierda una gaviota escondiéndose en un hueco del promontorio al pié de la cruz).

PACO (*volviéndose*).

Qué es eso?

CONCHILLA (*levantándose*).

Una gaviota!

PACO.

Maldito pajarraco!

CONCHILLA.

Jesús! Y por qué mardito? Pobrecillo! Sin duda tiene su nido en algún hueco de la roca al pié de la cruz.

ANGELINA.

Esa fue la causa de mis rezos... la cruz!—Sin duda algún pescador rodó del peñasco, cayó al abismo y tragóle el

mar... Y á mí se me antojaba,—yo también tengo mis raptos líricos,—que la voz lejana del mar, batiendo el cimientto de la roca, era la propia voz de la víctima difundida en un cántico de pescador monótono é interminable, y que las rocas, los extraños basaltos de estos acantilados, retorcidos por un escalofrío de horror, se inclinaron al abismo, curiosos de seguir la caída del cuerpo, brutal, estúpida, y así quedaron esperando eternamente la resurrección maravillosa que no llega...—Y entonces, avergonzada de tales extravíos, pensando en la prosaica y tristísima realidad y que sería cruel é impío poetizarla, rezé sencillamente por el pobre marinero.

CONCHILLA (*cediendo al deseo de decir lo que sabe*).

No fué marinero. Fué la Marta.

ANGELINA.

Una mujer?

CONCHILLA (*habla golpeando siempre sobre el cañón*).

Una muchacha como yo, una pescaora... la hija de la Bernabela. Hace ya muchos

años.—Yo era apenas nacida... La madre, la Bernabela, se vorvió muda y loca...

ANGELINA.

Vés?—Mi drama se complica y gana con la verdad.

PACO.

Cuidado, que invades mi terreno! Me reservo el derecho de explotación. Unas rimas de fácil asonante, de sabor melancólico... arriba el título: *La cruz de la hondura...* y más abajo... *narración atlántica...*—Ya verás que bien lucen en *La voz del Nublo*.

ANGELINA (*apoyada en el muro del baluarte, dirigiéndose á la pescadora*).

Y como fué?... Cayó?... Tú no sabes?

CONCHILLA (*golpeando el cañón maquinalmente con la cabeza baja*).

Sí; cayó... (*después de un silencio durante el cual se destaca la nota clara del brouce*).—Dijeron unos que la desriscaron de intento...

PACO.

Hóla!... Se hincha mi leyenda!

CONCHILLA (*prontamente*).

No; pero no fué eso.—Tamien contarón que sí ella mesma... (*levantando la cabeza*)
Sabe?

PACO.

Un suicidio! Sigue hinchándose... hinchándose!...

CONCHILLA (*golpeando furiosamente*).

Pero tampoco fué eso... nó!

ANGELINA (*después de esperar inútilmente la explicación de la Concha*).

Como fué, Conchilla?

PACO.

¡Gracias á Dios que algo despierta tu curiosidad!

ANGELINA.

No es muy alegre el motivo.—Como fué, Concha?

CONCHILLA.

Fué... que uno la perseguía... (*se detiene, mirándola*) No sabe?

ANGELINA.

Perseguirla?... Porqué?

CONCHILLA.

Pues, porque la quería!... No eran propiamente cosas de amores, nó... él sí... pero ella nó... ella no le quería... y él fué derecho á ella... (*mirandola*) Sábe?... y ella salió huyendo de espaldas... y de espaldas llegó allí... y náa! que cayó de espaldas. (*los dientes apretados, golpeando rabiosamente el cañón*).

PACO.

Demonio! Esto se deshinchá. *La Voz del Nublo* nunca admitirá en sus cándidas páginas tales atrevimientos.

ANGELINA (*violentemente*).

Pero... ese uno... quien és?

(*Conchilla baja la cabeza sin responder golpeando el bronce. Parece que toca á arrebató*).

PACO (*fingiendo grande indignación*).

Eso!—Al bulto!—Es necesario saber el nombre de ese infame para escupirle al rostro cuando pase á nuestro lado!

ANGELINA.

Calla, Paco. No tomes en broma tales cosas. Tú piensas de *ese* todo lo que yo pienso.

PACO (*animándose; tal vez sin darse cuenta, defiende en aquel desconocido á toda la raza de insignes conquistadores á la cual tiene el honor de pertenecer*).

Nó y mil veces nó!--En primer lugar la casualidad, la fatalidad si tu quieres, estuvo por mucho en ese lance. Que ella huye hácia aquí (*señalando al cobertizo*) en vez de ir hasta allá.... y no cáe... Y adiós drama!

ANGELINA.

Quizás fuera peor! Porque hasta aquí la hubiera él seguido y allá (*con desprecio*) allá tuvo miedo de ir tras ella.

PACO (*imitando el estallido de un cohete*).

Ssss.... pum! Cohetes! Voladores!....
Bravos... aplausos!--Ya se conoce que estamos sobre un volcán aunque apagado.

ANGELINA (*seriamente*).

No te rías.

PACO (*ya empeñado en la defensa del desconocido*).

Pero Angelina, crees tú que esas sutiles ideas de moral, únicas que prestan carácter de crimen á aquella aventura desdichada....

ANGELINA.

Desdichada y nada más?

PACO.

Sí señor: desdichada y nada más... crees tú que esas ideas caben en la cabeza de un pobre pescador inculto, bravío, mas duro de entraña que esta piedra?...

CONCHILLA (*con irremediable violencia. Tal vez la domina el espíritu de raza*).

Que no fué pescaor! (*pausa*) Que nó! (*largo silencio*).

ANGELINA (*á Paco*).

Y ahora, que dices?

PACO (*algo desconcertado*).

Quien fué?—Dí.

CONCHILLA (*golpeando el bronce*).

No sé.—De eso pasó ya mucho tiempo.

ANGELINA.

Pero, tu digiste...

CONCHILLA.

La verdá.... que no fué un pescaor.... más náa.

ANGELINA.

No; hay algo más que callas. Responde.

PACO (*con cierta irritación*).

Vamos! Deja de tocar á fuego... Ya me irrita ese maldito zumbido.—Sabes ese nombre?

CONCHILLA (*suspensá, los ojos de pronto llenos de lágrimas*).

¿Y porque te... se enfada?...—Que hice?

PACO (*duramente*).

Eso. Obstinarte en la ocultación de un nombre que para nosotros no tiene otro interés sino el que Vds. han querido darle con esos alardes de sensibilidad vieja y trasnochada.

CONCHILLA (*de rodillas en ademán de levantarse*).

Pero... señor!

PACO.

Sabes ese nombre?—Sí ó nó!

ANGELINA (*interviniendo*).

Déjala, si no puede ó no quiere decirlo.... ¡Para lo que nos importa!

CONCHILLA (*cediendo a un impulso que no puede contener*).

Importarles?... (*Y no dice más. Ella misma queda sorprendida de lo que ha dicho y maquinalmente, sin saber lo que hace, vuelve á golpear el bronce que respõde alegremente como una campana, mientras ella se enjuga los ojos con la mano izquierda — silencio largo*).

PACO.

Bueno! Vds. lo han querido... Yo resistí porque me repugnan estas situaciones de drama, falsas y ridículas... pero ahora voy adelante.

ANGELINA.

Paco!

PACO (*con mucha durczza; su amor propio de Rey absoluto se siente herido por la resistencia de la esclava*).

Vamos! A tí hablo. ¿Que nombre es ese que nos importa... ó que puede importarnos?

CONCHILLA (*llorando en silencio pero con obstinación*).

No sé.

PACO (*con cólera estúpida*).

Pues si no lo sabes, lo inventas. Pero vas á decir un nombre... y pronto... enseguida!

ANGELINA.

Ya eso toca en locura. Basta, ya, Paco.

PACO (*tenazmente*).

No basta, Angelina.

ANGELINA (*adelantándose*).

Por mí. (*Después en voz baja*). Quien sabe si es mejor ignorarlo!

PACO (*desiste bruscamente y se sienta en el muro los piés colgando sobre el abismo. En el fondo está irritadísimo por la resistencia de la muchacha*).

Bueno... mejor hubiera sido empezar por ahí. (*Larga pausa durante la cual solo se oye el golpe monótono de la piedra sobre el bronce*). Esclava sumisa y obediente, quieres acabar con ese estúpido martilléo?

CONCHILLA (*se detiene suspensa, mirale fijamente con verdadera angustia y estalla en sollozós*).

¡Ay, señor de mi arma!

PACO (*muy molesto*).

Bueno. Escena completa!

CONCHILLA (*levantándose con impetu*).

Pero... que quiere de mí—Dílo! Que quieres?

PACO (*arrepentido de haber provocado la escena*).

Nada, mujer, nada.

CONCHILLA (*ya olvidada de la presencia de Angelina*).

Manda!—Quieres que me arroje á la mar?—Yo no necesito ir de espaldas... iré de frente!

PACO (*con acento más suave, pesaroso de que su hermana presencie la escena*).

Nada de eso. Solo quiero que te vayas. (*Angelina les contempla mirando fija y silenciosamente*).

CONCHILLA (*señalando en dirección á la cruz con gesto rígido y muy enérgico*).

Por allí?

ANGELINA (*serenamente*).

Concha, eso está mal.

CONCHILLA (*sin oírle, mientras Paco de espaldas sobre el muro silba desafinadamente*).

—Dílo!—Quieres?—Lo que mandes!
(*Bajo, con voz ronca y actitud decidida*).—
Puedes pegar duro, duro, hasta reducirme á polvo... tóo! tóo!.... menos obligarme á decir eso! (*llorando de pronto*) ¡Si tú supieras!.... (*rápidamente se enjuga las lágrimas*)—
Quieres?... Mirá pá acá!... Quieres?

ANGELINA.

Paco.... por Dios!

PACO (*volviendo la cabeza*).

Por la vereda, Concha, por la vereda.

CONCHILLA.

Gracias, señor, por esa vida que me dás... (*llorando desesperadamente*) ¡Ay, Dios mío de mi vida!... ¡Ay, señorita de mi arma!... Yo no sé como ha sido esto!... Perdóneme, sí, debe perdonarme porque soy una bestia... ¡Yo que estaba tan alegre!... Ay Dios mío! Ay Virgen de la Luz! (*descendiendo por la vereda*).

ANGELINA (*á Paco, muy preocupada*).

Que vuelva! Quiero que vuelva!

PACO (*sonriendo*).

Que niñería!

ANGELINA.

Será... pero házlo.

PACO (*inclinado sobre el abismo*).

Concha!... Que vuelvas!... No te alejes!

CONCHA (*desde abajo*).

Bueno... Dios se lo pague.

(*Los dos hermanos quedan silenciosos por largo rato. Paco silba desafiadamente*).

ANGELINA.

Que piensas hacer?

PACO (*dejando de silbar*).

Adonde vá dirigida tu pregunta?

ANGELINA.

Buscas claridad?—Eso me gusta y quiera Dios que baste á alumbrarnos hasta llegar al término de este difícil camino. (*Sin vacilaciones*)—Concha te quiere. Que piensas hacer?

PACO.

Voy á hablarte seriamente.

ANGELINA.

Eso quiero.

PACO (*levantándose y acercándose á ella que se sienta sobre el cañón*).

Y te aseguro que algo hubiera dado porque esa chiquilla, borracha en fuerza de beber el sol y el aire de esta altura no hubiera dicho en tu presencia lo que dijo.

ANGELINA.

La luz y el aire?—A todos por igual nos llega y sin embargo no nos produce ese efecto.—(*Con enérgica convicción*) Esa niña tiene un corazón hermoso. El empujaba la palabra á los labios y lo que dijo aquí, lo dijera ante el mundo entero.

PACO.

Fué ante tí, que es lo mas duro; porque me obliga á hablarte de cosas que no deben herir tus oídos.

ANGELINA.

Por Dios, Paco, no digas eso; porque se me ocurre pensar que lo que pudiste decir á la hermana de Andrés Monteverde, puedes repetirlo á la hermana de Francisco Velez de la Coba.

PACO.

Ya vés. Empezamos por no entendernos.—¿Crees que el caso es el mismo?

ANGELINA.

El mismo, sí.

PACO (*dirigiéndose hacia el cobertizo*).

Nunca nos entenderemos.

ANGELINA.

Escucha y no vuelvas la espalda para no ver la verdad.—Te véo en camino de una villanía. Vas á ella sin ser malo, sin conocerlo, porque siempre fuiste así... por distracción, por indiferencia, por hábito tal vez... todo, sin perjuicio de llorarlo y lamentarlo cuando no tenga remedio. Eso es vergonzoso. Y yo quiero evitarte esa vergüenza.

PACO.

No sigas, hermanita.—Quieres que te diga la verdad?—Pues yó el indiferente, el blando de corazón, el frívolo,—ya sonó la palabra ¡frívolo!, no es eso?—siento horrible repugnancia al verte, á tí, mi ídolo adorado, lo único que juzgo santo y puro,

manejando con tus manos el barro súcio de que los demás, yo uno de ellos, estamos amasados.

ANGELINA.

Castigo será á tu culpa; porque no las manos sino hasta las alas de tu ídolo pienso que se mancharán.—(*con cierta melancolía*) ¡Ay Paquito, no te forjes ideas exageradas de la inocencia ni de la pureza de tu hermana. Con mis treinta años,—la otra apenas cuenta diez y seis,—apesar de mi severa educación y de mis ideas religiosas acrecentadas por esa muerte cercana que espero tranquila y casi deseo... (*acento pretencioso de mártir*).

PACO.

Por Dios, Angelina!

ANGELINA.

Chiquillo! Te angustia el pensamiento de la muerte?—Pues de ella conviene hablar para que te acostumbres á la eterna separación que nos amenaza.—Bueno; no te aflijas... será lo que Dios quiera... Pues, te decía que, con todo eso, conozco del

mundo esa parte que estupidamente escondéis las madres y los hombres á las muchachas; la conozco como todas y lo que ignoro lo adivino... Puedo hablar de ella.

PACO.

Angelina!

ANGELINA.

Ya ves donde fueron á parar mis álas de ángel. No te diré que no me haya costado dolor y hasta un poquito de vergüenza el arrancar las plumas... pero ya lo hice.—Estamos en el barro, chico, vamos á trabajarlo...—¿Que piensas hacer?

PACO.

Que buena eres!—Con toda mi frivolidad entiendo el valor de tu sacrificio... Mira: quiero que estés por poco tiempo en el pantano y te lo diré todo en pocas palabras: Concha es una chiquilla encantadora; si tu quieres, incomprendible, sorprendente. Si, sorprendente, esa es la palabra propia: su espíritu es una caja de sorpresas... quitas una envoltura y aparece

un diamante, otra arrancas y encuentras un guijarro. Hace poco, ella misma, con intuición maravillosa me explicaba porque la quiero en el seno de este paisaje bravo y porque no la miraría en los paseos de Atlántica. Y dijo verdad: aquí puede fascinarme; pero en llegando al mundo civilizado, en traspasando el límite de Triana, el hechizo concluyó. No temas. (*Dice todo esto con fatuidad encantadora*).

ANGELINA.

Temo ahora más que antes temía. No me has entendido.—¡Sinó es por tí... es por ella!

PACO.

Por ella?

ANGELINA.

No acierto á explicarme bien; sin duda ando todavía torpe al manejar el barro. —Esa solución fácil que esperas es una crueldad que en ti no cabe; es el crimen friamente pensado, es el castigo, la cárcel previstos y evitados de antemano con cínica habilidad.—Sé malo, ejecuta el cri-

men, desgarrar la carne, llega al corazón; pero, por Dios, que sea en un arranque pasional, irresistible, por ódio, por amor, hasta—sí, lo diré—hasta por capricho de los sentidos, pero no te alabes de haber calculado y evitado el riesgo, de que no te alcanza la responsabilidad, de que hieres y matas á cubierto, de que la víctima no puede defenderse... porque eso es una cobardía! (*Ella calla por un momento, mientras Paco parece muy preocupado examinando los cerrojos del polvorin*). Tú no eres así, tú pensarás en la Concha, su imagen ha de seguirte al mundo civilizado como tu lo llamas, mas de una vez llenará tu pensamiento.—Vamos ¿que responderías á Teresa, á tu adorada Teresa, si algun día, viéndote pensativo y triste, preguntára por la causa?—Mañana vendrá á pasar el día del domingo con nosotros, nuestras familias la acompañan... ¿Que harás entre esas dos mujeres, entre esas dos niñas enamoradas que no sea crueldad en tí y dolor para ellas?—Dolor digo y nada mas que dolor; ya ves que no hablo de muerte.

PACO (*dejando de examinar los cerrojos*).

Hija mía, ni al trabajar el barro perdiste el hábito de moldear ángeles. Tus manos acariciaron la pasta inmunda y moldearon dos figuras grotescas, imposibles... ¡Ángeles de barro! ¡Si de manos de Dios brotó Adán, de las nuestras pecadoras que podrá salir?

ANGELINA (*trazando figuras en el suelo con la sombrilla*).

Bueno. Puede que sea cierto, que yo haya poetizado ó sublimado un poco la realidad.—Pero en esto voy segura: Concha despreciada, abandonada... se mata! —¿La viste antes, camino de la cruz?

PACO.

Oh santa iuocencia! ¿Creiste que la empujaba el despecho amoroso?— Orgullo fué.

ANGELINA (*dejando de trazar figuras en el suelo*).

No te entiendo.

PACO.

Es indudable que ella conoce al héroe de esa triste aventura. Porque no reveló su nombre? Porque le importaba ocultarlo...

Sí, hija mía, por orgullo de raza hubiera ido al abismo antes que pronunciarlo.

ANGELINA (*con mucho interés*).

Tu lo sabes?

PACO.

No; pero lo adivino.—¿No oiste la historia vergonzosa de un Cipriano Monteverde, tío de la Concha, indiano con fama de rico y hechos de bandido?—Aquí y en Atlántica cometió toda clase de fechorías y ya andaba en las garras de la justicia, cuando repentinamente desapareció... Hasta me parece recordar que por entonces se dijo que papá había intervenido para facilitar el embarque... De esto no estoy seguro; pero sí de que andando el tiempo supo papá que había tenido un fin trágico en Costa Rica.

ANGELINA.

Aquel que concluyó?...?

PACO.

Eso es; concluyó en la horca.—El pobre Agustín nunca ha sabido la muerte afrentosa de su hermano... papá lo ocultó.

ANGELINA.

Y tu supones que fuése él?...

PACO.

No podrías imaginar héroe mas apropiado para tan triste hazaña.—Y sinó ¿porqué resistía ella?...—Desengáñate: no quiso humillarse en nuestra presencia. Así lo entendí y por eso callé.

ANGELINA (*aspirando el aire á boca llena*).

Jesús! Buen peso me quitas!—Así debe ser... Está claro!... ¿Que otra cosa sinó?

PACO.

Pues que imaginaste?

ANGELINA.

No merezco perdón, Paco: creí que ese nombre era algo nuestro y que esa muchacha en un arranque de sublime terquedad, prefería la muerte á nuestra vergüenza y á nuestro dolor...

PACO (*haciendose cruces*).

Jesús! Jesús! Jesús!

ANGELINA (*algo avergonzada*).

Consecuencias de meterme á fabricar figuras de barro, sin entender el oficio.

PACO (*riendo y satisfecho de su fácil victoria*).

Nó; pues como dés en la manía de la escultura y uses la misma masa, no ganas para sustos. Moldéa ángeles de barro y al sacarlos del horno de tu fantasía y al mirarlos á la clara luz del sol, tendrás escorpiones....—¡Ay, hermanita, tú no sabes de estas miserias!

ANGELINA (*sonriendo melancólicamente; en el fondo está contenta de su vencimiento*).

Ya lo veo. (*Después de un silencio*) Pero, sino puedes corregirlas, si te asusta el papel de Don Quijote, porque no evitar el contagio?

PACO.

Cordón sanitario? La muerte por hambre, cuando menos por aburrimiento y soledad.

ANGELINA (*tentando un último esfuerzo para tranquilizar su conciencia*).

Pero, no es malo lo que has hecho? Aun cuando ella valga menos de lo que yo imaginaba.

PACO (*con fatuidad incomparable*).

No mucho menos: entre el ángel y el escorpión hay muchas figurillas apetecibles. Solo eso disculpa mi falta.

ANGELINA.

La confiesas?

PACO.

Porque nó? Y crée que no me tengo por malo, ni lo soy; pero de eso á las trágicas consecuencias que imaginaste vá mucho. (*Se oyen algunas voces ininteligibles que salen del abismo*). Ya verás mañana cuando llegue Teresa, como Conchilla acepta sin dolor, casi sin esfuerzo la realidad.

ANGELINA.

Escucha: gente llega.

PACO (*en la brecha, después de un silencio*).

Sí; voces que suben del abismo. Pescadores sin duda. Aun los oculta el recodo de la vereda. (*pausa larga*) ¿Sabes que esto es realmente hermoso? (*ambos contemplan el paisaje*) Razón tenía Concha. ¿Dónde estará?

ANGELINA.

Llámalas; quizás esté cerca.

PACO.

Pobrecilla!... No le guardes rencor.
(llamando) Concháaa!

CONCHA (*abajo y á distancia*).

Que manda?

PACO.

Vienes?

ANDRÉS (*abajo y á distancia*).

Juntos vamos.

ANGELINA.

La voz de Andrés.

PACO.

Otra figura para tu *nacimiento*: un Rey
Herodes que resulta un Rey de bastos....
(llamando) Ohé!..

ANDRÉS (*dentro*).

Sube, condenáa!

PACO (*inclinándose sobre el muro*).

Bien venidos. Sube, ilustre carbonero.—
Jesús, como vienes! Mira, Angelina. (*Ella
también se asoma por encima del muro*).

ANDRÉS (*todavía invisible*).

No se ría de los pobres, don Paco.

CONCHILLA (*escalando el baluarte. Habla bajo, rápidamente con extremada angustia*).

Me perdonan?

PACO.

Sí, hija, sí.

ANGELINA.

Pórtate bien.

(*Andrés aparece en traje de trabajo, sucio por el carbón. Lleva en la mano un hierro puntiagudo semejante á una bayoneta inútil*).

PACO (*á Andrés*).

Llegas del trabajo?

ANDRÉS.

Del vapor salgo.—Ahora acabamos....

ANGELINA.

La noche y la mañana?

ANDRÉS.

Ni supimos cuando acabó la noche ni cuando emprnció la claridá. Trabajábamos en la bodega y aquel condenáo tiene un vientre que no acaba de llenarse. Ciento y pico de toneláas.

PACO.

¿Y porqué no aprovechaste la mañana para descansar y dormir?

ANDRÉS.

Que se yó?—Salí á cubierta y me pareció el sol más hermoso que nunca; arreparé en la maréa baja y pensé que sería bueno ir en busca del pulpo y allá voy.—Quiere acompañarme?

PACO.

Por el volcán?—Nunca. Ya conozco sus caricias.

ANDRÉS (*sonriendo*).

Por aquí no hay manera de encontrar pulpos.—Voy á la Baja.

PACO.

A nado vás?

ANDRÉS.

No sería imposible; pero por ahora traje el Corsario.

PACO.

El bote?

ANDRÉS.

Abajo, al pié de este risco está amarráo.—Viene?

CONCHILLA (*sin poder contenerse*).

¡Vamos, D. Paco!

PACO.

Nó; Angelina quedaría sola.

ANGELINA.

Por mí no séa. Aquí esperaré la vuelta. (*En voz baja á su hermano*). Aprovecha esta ocasión, háblale, prepárala. Tal vez te equivocas y tiene más dē ángel de lo que ven tus ojos.

ANDRÉS (*ha dejado caer el hierro junto al cañón sin que le observen*).

Se decide?... Porque la maréa sube aprisa.

PACO (*decidido*).

Vamos.—¡Por aquí ninguno llegará?

ANDRÉS (*con voz extraña*).

El que una vez vino no volverá! No hay cuidáo. Si acaso la pobre Bernabela.

PACO (*á Angelina*).

Ya lo oyes.—Te quedan dudas?

ANGELINA.

Vé; sé bueno... tén misericordia...

PACO (*en voz alta*).

¡Misericordia con los pulpos!—No temas: usaré toda clase de consideraciones.

(*Los tres en la vereda. Paco el último. Sus voces se alejan.*)

ANDRÉS.

El pulpo es animal traicionero... no hay que fiar...

PACO.

Yo siempre los atacué con el tenedor y los vencí, por lo menos hasta la fecha del almuerzo de ayer. (*La Concha vie*).

ANDRÉS.

Bueno... bueno...

(*Todos callan. Angelina en la brecha*).

PACO.

Oye, Conchilla.

CONCHILLA.

Que quiere?

PACO.

Mira que alta aparece ahora la cruz.

CONCHILLA.

No mire pá arriba que puede caer.

ANDRÉS (*muy abajo*).

Cuidáo con resbalar!

ANGELINA (*después de un silencio*).

Paco!

PACO (*muy lejos*).

Que dices?

ANGELINA.

Acuerdate de mí.

PACO (*casi no se percibe su voz*).

De tí?... Siempre.

(Angelina permanece algún tiempo en la misma actitud, después se dirige al arranque del promontorio inclinándose sobre el precipicio para ver salir la lancha. Al fin la divisa porque agita su pañuelo. Muy lejos se oyen voces confusas entre las cuales solo se destaca un ¡Ohé! débil y prolongado. Entonces y mientras agita el pañuelo les grita).

ANGELINA.

Buen viaje!

(Queda un momento pensativa, los brazos pendientes, siguiendo con la vista al barquichuelo; después vuelve al baluarte y descubre el hierro abandonado por Andrés). Ah! Lo olvidaron. (Tomándolo en la mano y corriendo de nuevo al promontorio). Eh! Paco!... Conchal Eh! (agitando el pañuelo). No me oyen. (De nuevo les grita) Vuelve!... Vuelve!... (en voz baja) Nada... Siguen... (Agitando el hierro en el aire) Que vuelvan!... Esto! Esto!... (bajo) Inútil. (resignándose) Bueno. (Deja caer al suelo el hierro y avanza lentamente por el promontorio hasta llegar á la cruz; se la oye murmurar en voz baja) Pobrecilla!... Esperaré rezando.

(Arrodillase frente á la cruz y reza; de vez en cuando se perciben algunas palabras de la oración. No vé á la Bernabela que saliendo de entre las rocas que limitan el promontorio por la derecha, avanza hasta colocarse á sus espaldas, mirándola curiosamente. Vá la pobre loca vestida con traje muy roto de zaraza negro sujeto á la cintura por una cuerda; el busto vá cubierto á medias por la camisa y sobre los hombros lleva un sobretodo de lana negro; en la cabeza un pañuelo negro también deja asomar

algunos mechones de cabellos grises. Es alta, delgada, muy morena. Después de contemplar á Angelina, tómale la cabeza con ambas manos llevándola atrás forzosamente de modo que puede descubrir su rostro).

ANGELINA (*con un grito de espanto*).

Jesus! (*se contemplan en silencio en aquella actitud*) ¿Que quieres?

BERNABELA (*después de mirarla curiosamente la suelta murmurando palabras confusas entre las cuales solo se distingue el nombre de su hija*).

Marta.... Marta....

ANGELINA (*se pone en pié y baja del promontorio riendo convulsivamente*).

Vaya un susto ridículo!... Pobre loca! (*llamándola desde el baluarte*) Bernabela.... Oye, Bernabela... ¿Sabes que me has asustado?—Ven, acércate... no me conoces?—¿Será preciso que te traiga de la mano?—Crees que no me atrevo? Ahora lo verás. (*Efectivamente consigue vencer su temor y subiendo de nuevo al promontorio la toma de la mano; la loca se deja llevar pero volviendo la cabeza para seguir contemplando la cruz*). ¿Que te figurabas? Ven conmigo. — Siéntate.— No quieres?— Bueno.— Ah!

Quieres mirar la cruz? Mírala, hija mía, mírala, haces bien; cuando llegaste yo rezaba por ella... y también por él... por el otro.—No te enfada que reze por él? Verdad? Fuera pecado no haberle concedido tu perdón. Cuanto más grande el daño mayor mérito de virtud tiene el olvido.... Dije mal: olvido no es perdón; que para olvidar basta que falte la memoria ó corra el tiempo. (*El tono es enfático; la señorita de Velez actúa de misionero*). Perdonar es prerrogativa de grandes, de Reyes... Tampoco: los soberanos solo pueden perdonar el castigo... De Dios! El único que puede extinguir el pecado. (*La loca no dá señales de entender las metafísicas de la señorita de Velez; sigue con los ojos clavados en la cruz*).

No me escuchas? No queda en tí ni una chispa del fuego divino que provoque el incendio?—No hablas?—No eres muda, pues antes escuché tu voz.... Vamos, viejecita terca, buscas cariño? Quieres ir en mi compañía? (*Una idea le ocurre que le parece excelente; habla con fé*).—Escucha: en Atlántica hay una casa en que nada te faltará: santas mujeres que cuidarán de tí

como esa hija que lloras... No quieres? (*La loca continúa en la misma actitud; al cabo Angelina hace un gesto de desaliento*) Pobrecilla.... nada! (*Otra idea le ocurre y habla con nuevo entusiasmo*).—Escucha... No me conoces?—Sin duda me has visto otras veces aquí, cuando yo era pequeñuela. Tal vez me hayas llevado en tus brazos, tal vez me besaste, tal vez jugué con tu hija en esas playas...—Tampoco?—Sinó de mí, recordarás mi nombre, el nombre de mi padre.... (*con cierto orgullo*) ¡No hay en todo el puerto quien no haya recibido favores de su mano!—¿Sabes quien es mi padre? (*Inútilmente aguarda la respuesta*)—Si tu marido ha muerto, él seguramente entró en tu choza solitaria, secó tus lágrimas, acarició á tu pobre hija, tal vez acordándose de mí... sin duda acompañó su cuerpo hasta el campo santo (*con acento triunfante*) Mi padre era un pequeño rey en este pueblo de tristes y pobres marineros!—Sin duda le conoces.... (*acariciándole el rostro, obligándola suavemente á mirarla de frente*) Yo soy la hija de D. Carlos, del *Comendante* como ustedes

dicen. (*La loca parece entender algo: se extremece, fija sus miradas en Angelina y le toma ambas manos con fuerza*).—Ya decía yo que algo dormía en tí! El agradecimiento! El hermano gemelo del perdón!...—Le recuerdas? Le quieres?... Soy su hija!.. Tal vez él puso ahí esa cruz...—Sí; puedes abrazarme... abrázame, viejecita! (*La Bernabela le ha echado los brazos al cuello, sujetándola fuertemente; sus rostros quedan á muy corta distancia*).

Ya vés, no tengo miedo... aquello pasó... otra lo tuviera en mi caso; pero yo nó, nó. (*pausa*) No tanto, viejecita, no tanto! (*procurando sonreír pero con voz en que despunta la inquietud*)—¿Sabes que me haces daño?—Espera.... Basta!... Que quieres? (*con angustia creciente*).—Que quieres?... Yo no lo sé.... (*queriendo ablandarla inocentemente*). Un beso? Quieres un beso?... (*sin poder contener un grito*) ¡Jesús! (*otra vez procura serenarse*) Toma! Toma otro! (*besándola*) Pero, suelta ya! suelta por Dios! Mira que soy la hija del Comandante! (*sofocada*) Déjame respirar!... Por tu hija! Suelta! (*perdiendo la cabeza y forcejeando torpemente*) Suelta!—Paco!... Socorro!

ANDRÉS (*en la vereda muy sofocado por la carrera*).

Socorro?... Quien?... Suelta... quien seas!

ANGELINA (*con alegría infinita*).

Andrés!

ANDRÉS (*poniendo el pié en el baluarte*).

Yó!

ANGELINA.

Sálvame!

ANDRÉS.

María Santísima! (*se arroja sobre la loca, sepárale con violencia irresistible los brazos y mientras le sujeta ambas manos con la suya izquierda, recoge en su brazo derecho el cuerpo desfallecido de la señorita de Velez*).

¡Bernabela! Tú?... Esto no se toca ni con los ojos... esto es mío!—Fuera! Huye ó por donde fué tu hija vas á la mar! Fuera digo! (*La loca retrocede hácia la cruz, murmurando palabras que no se entienden y recogiendo guijarros*) No; á la cruz no vayas... Obedece... por allí! (*Llamando á Angelina que solloza aún desfallecida*) Angelina! (*á la loca*)—Ah! Tu sabes que he sido á la par hijo y padre tuyo, que te he dádo de

comer y te he compráo esas ropas cuando andabas desnuda... pues, como esta no responda (*con gran violencia*) con la misma mano con que te he socorrido, muerte he de dartel!... Angelina!

ANGELINA (*con aliento entrecortado*).

Déjala... pobrecilla... déjala...

(*La Bernabela desaparece entre los peñascos*).

ANDRÉS.

Gracias á Dios!—No temas, descansa aquí, sobre mi brazo. Ya vés como estas manos de carbonero sirven pá algo mas que levantar y romper piedras negras... pá sostener carga tan delicáa y blanca como tu cuerpo. (*Angelina le mira sin entenderle*)—No; sinó temas... ya se fué... estamos solos... y há tiempo que soñaba esto, aunque ahora que lo toco y véo, mejor y mas imposible que de antes me parece. (*con entusiasmo, mirandola de cerca*)—¡Yo, llegar á tí, á tí, y por tales caminos! ¡Si ya me lo decían los gorpes del corazón dentro del pecho al subir de ese desrriacadero!—«Sube, sube, sube, que ella está muy alta!» Y subí!—Mas nunca me pasó

por las mientes que en tal peligro te hallára y de él pudiera sacarte con mis manos duras y negras de trabajador! María Santísima!

ANGELINA (*deshaciéndose del carbonero*).

Pero que dices? — Suelta! — Andrés, vuelve en tí!

ANDRÉS (*todavía sujestionado por la realización imprevista de su sueño*).

No temas de mi.—Te hicieron daño estas manos?—Tan duras son y mal acostumbráas, y tú tan delicáa y sutil, que aun tomandote con cariño y respeto pá levantarte sobre tóos los peligros temo que te manchen y estropéen!

ANGELINA.

Pero que dices?—Dios mío, deliras tú también?

ANDRÉS (*turbandose de pronto*).

Delirios te parecen? Pues entonces, triste de mí que estoy condenado. Porque si tal no te pareciesen seña clara sería de que me quieres como yo te quiero...

ANGELINA (*con mas asombro que cólera*).
Andrés!

ANDRÉS.

Si; que te quiero!... Ya está dicho tóo.

ANGELINA.

No dirás mas, nó, Andrés!

ANDRÉS (*con desaliento*).

Y pá que más?—¡Si llegando á tal punto ya mas no me ocurre de lo que imaginado traía y casi aprendido de memoria; según fueron tantas las noches que en sueños lo repetí—Yo soñé tóo esto... Que te libraba de un gran peligro, de una cosa negra, abismo ó fantasma, que esto no lo supe nunca, que te decía mi amor y te echabas blanca y delicáa en estos brazos súcios y fuertes, sin asco, viendo por debajo del carbón el alma grande de este pobre hombre... (*conmovido; hay verdad en su acento aunque la frase resulte inspirada en los folletines*) Y asi pasaba tóo en la realidad, tóo iba según mi sueño, hasta este punto en que tú de mí te apartaste, en que hubo asombro y desprecio en tus ojos, en que tus manos buscaron pá sos-

tener el cuerpo desfallecido, antes las piedras de ese muro, duras y frías de volcán apagado que mi pecho lleno con el fuego de tu amor, con el ánsia de tí... Y ya desde entonces no sé lo que digo... porque esto no era así... nó... ni debe ser!

ANGELINA.

Pero, que es esto, Dios mío?—Tú soñando enamorado con la imagen de esta pobre mujer?—¿Sabes acaso cuantos días, cuantas horas me tendrás á tu lado?—¿Que viste en mí, (*con cierta ira*) en este cuerpo desmedrado, en esta piel descolorida, en esta mujer de veinte... y tantos años (*la Sta. de Velez olvida su edad en este momento*) que halagara tus ojos, fascinando tu fantasía de marinero fuerte y saludable?

ANDRÉS.

Lo sé yo por si acaso? Tal vez eso mismo... El ánsia de mi fuerza, de mi asperéza por lo debil y lo sutil!... Que se yó?... Acaso puedo explicarlo?—Debe ser, por lo mismo que el viento se lleva las hojas y la mar arrastra las arenas. Porque eres blanca y yo voy ennegrecido por el

sol y el carbón, porque eres señorío y yo soy pueblo, porque tú no trabajas y yo trabajo, porque eres como un espíritu y yo soy una bestia! (*Con acento de convicción profunda*) —Que te mueres?—Mentira!... Como yo te alcance con mis brazos, como te sostenga contra mi pecho y te ampare con mi fuerza... ni el mismo Dios!...

ANGELINA (*duramente. Piensa que lo domina*).

No blasfemes!—Ahora si que eres una bestia repugnante.—Dios!... Quéjate de Dios! Pues como él no permitiera esto porque así debe convenir á los dos, donde estarías?

ANDRÉS.

El lo hizo?... Esto?... (*casi riendo*)—Te engañas: esto es obra mía y no mal imagináa. Por un momento creí que por salvarte la vida, tú me la dieras; pero ya véo que no es posible tratar de precio entre tu clase y la mía...

ANGELINA (*procurando conservar su poder sobre el carbonero enamorado*).

Injusto otra vez.—Péro hombre, si te lo agradezco en el alma, si he de pagártelo!

ANDRÉS (*recordando una frase novelesca*).

Ya conozco tu moneda. No la tomo.

ANGELINA.

No es lo que piensas. ¡Si de otro modo he de pagarte! (*No puede disimular*) ¡Olvidando esta infamia!

ANDRÉS (*perdiendo todo respeto*).

Tampoco! Infamia será y tóo lo que tu quieras, mas no quiero que la olvides! Quiero que te acuerdes de que puse mis ojos en tí. y de que tuve osadía pá decirlo... Y te acordarás, Angelina! (*con gesto de amenaza*).

ANGELINA.

Andrés!

ANDRÉS (*con grande exaltación*).

Yo hice tóo esto donde tu vés la mano de Dios! Yo mesmo, desde anoche lo dispuse: mi llegada en el bote, el viaje á la Baja, el olvido intencionado de ese hierro... un pretesto pá dejarles sobre el escollo y volver á buscarlo... A buscarlo?... A buscarte! A tí!

ANGELINA (*con fiereza*).

¡Tú, tu has hecho eso!

ANDRÉS (*afirmando con todo el cuerpo*).

Yó!

ANGELINA.

Y te atreverías?—¡Señor, me vuelvo local!—¿Te atreverías á poner tu mano sobre mí?

ANDRÉS (*encantado de la oportunidad de su réplica*).

Ya una vez la puse. Mira: aun conservas la marca. (*Y efectivamente sobre el traje blanco aparece la huella negra de las manos del carbonero*).

ANGELINA (*muy turbada y entendiendo por vez primera el peligro de su situación*).

¡Ay, Virgen Santísima! ¡Vaya un lance de apuros! (*Quiere transiguir adulando á la bestia*).—Pero, mira, Andrés... cálmate, hombre, escúchame: lo que proyectas y no harás...

ANDRÉS (*sintiéndose superior á la Sta. de Velez la interrumpe*).

Lo haré!

ANGELINA (*dominándose*).

No; déjame seguir... ¡Eso es indigno de un hombre!

ANDRÉS (*recordando sus lecturas*).

Por hombre me tienes?

ANGELINA.

Por mi salvador!—¿Que hubiera sido de la hija del Comandante á no librarla tú de las garras de la pobre loca?—¡Débote la alegría de la vida y no he de olvidarlo nunca, como no olvidaré el horrible escalofrío del miedo á la muerte!—Asi llegan honradas á la débil carne de la mujer, manos de hombre... ¡para salvar!... no para ofender, no para romper por la fuerza lo que resiste con rigideces de honor y de virtud!

ANDRÉS (*sintiendo la fascinación de la palabra de la señorita y no queriendo perder terreno*).

Cosas altas y sutiles que mis ojos no alcanzan á vislumbrar y que se rompen en mis manos de béstia! (*Afortunadamente recuerda un párrafo de los discursos de Los sanos que le parece muy del caso*)—Oh! Y como saben tóos los de tu raza adularnos, llamar-

nos hombres, reconocernos un alma cuando tienen miedo á que revienten las fuerzas y los alientos que Vds. mismos pusieron en nuestra carne obligándola al trabajo de los siervos!

ANGELINA (*acobardada por la retumbancia de la frase cuyo origen desconoce*).

No, Andrés, nó. Ya que tan bien te espresas, entiende lo que digo: no traigas rencores de raza á este trance villano: En cualquiera, alto ó bajo, sería argumento horrible la fuerza puesta al servicio del ultraje. (*Transige en su apuro con la fiera; casi le otorga beligerancia para lances amorosos*). —Habla, hombre, humíllate, trabaja, busca... eso que de mí deséas y que no puede ser amor... Bueno, sí, será... pero no emplées tu fuerza en doblar voluntades que se rompen antes que ceder blandamente.

ANDRÉS (*sintiendo por instinto la verdad y acertando á expresarla*).

Palabras!...

ANGELINA.

Escúchame!

ANDRÉS.

Discursos?

ANGELINA.

Escúchame...

ANDRÉS.

Que yo te convenza de que te quiero y de que tú debes quererme?...

ANGELINA (*casi hablan á un tiempo*).

Pero, escúchame...

ANDRÉS.

Nó, nó, nó! Por acaso esa es cosa de gente de mi raléa? Son armas que yo maneje?

ANGELINA.

Pero, escucha, por Dios...

ANDRÉS.

Que nó!—Bueno es eso pá señoritos, pá tu hermano... convencer y triunfar con palabras. (*Angelina, al nombre de su hermano lanza un grito y escucha muy inquieta*) Yo no tengo otra lengua que mis puños, ni otro arte que mi fuerza y con ellos luchol!

(recordando otra frase de sus lecturas y levantando sus manos crispadas) ¡Aquí están toás mis razones!

(A tener una espada hubiera gritado como el héroe de Echegaray:

...que este es el solo lenguaje que hablo yó con elocuencia!)

ANGELINA (*muy preocupada*).

Porque hablas de mi hermano?

ANDRÉS (*algo confuso*).

De tu hermano?—Pues como hablára de otro cuarquiera...

ANGELINA.

Tú confuso?—Tú turbado?

ANDRÉS.

No... porqué?

ANGELINA (*perdiendo toda prudencia al tratarse de su hermano*).

A que negarlo?—¡Si al través del carbón descubro la palidez de tu cara!

ANDRÉS (*siguiéndola por el camino de la cólera*).

Me quieres súcio, horrible?—Pues como quieras! (*vuelvo á ser el carbonero*)—Sí; lo sé

tóo! Nada me importa! (*usa una frase suya que le parece muy feliz*) ¡Subiré por donde él abajó!

ANGELINA.

Borracho! Infame!

ANDRÉS (*tomándola por las manos*).

Calla, mardita mujer!

ANGELINA (*con desprecio soberano*).

Suelta! Apesta á ginebra!

ANDRÉS (*soltándola bruscamente*).

Pues adelante!—Libre estás... y aquí te tengo atada... ¡Si has de venir á buscarme!—¡Aun no lo entiendes!

ANGELINA (*el pecho anhelante por el esfuerzo*).

Todavía hay más?

ANDRÉS.

¡Pues no eres poco tonta pá tu señoría!... Escucha: (*acentuando mucho*) ellos en la Baja, el bote atracado al pié de este risco, sube la mar, cubrirá el escollo en poco tiempo... ¿Quién los salva?

ANGELINA (*experimentando la sensación de que todo rueda y se hunde en torno suyo*).

Jesús!— (*instintivamente busca apoyo para disipar el vértigo*)—No; no es hora de vacilar... ni de pensar en la muerte... ¡no tengo derecho!...—El! (*corrigiendo, temerosa de la venganza divina*) Ellos!... Los dos, si señor, los dos!...—Quiero salvarles! (*con un grito lastimoso*) Andrés!

ANDRÉS.

—Porqué no te vás?... Acaso me buscas?

ANGELINA (*presa de un gran terror*).

Nó!... no es posible! Quiero verles! Arriba... arriba! (*lanzándose al promontorio hasta llegar á la cruz*)—Ay Dios mío! Les estoy viendo... tranquilos, indiferentes... Y la onda sube, sorbe, traga, como ellos tranquila, indiferente!—Es que no la vén! —Están ciegos!

ANDRÉS (*desde el baluarte*).

Mira mejor: no están ciegos... es que se quieren... tal vez se abrazan... y mientras tanto la óla, la fuerza, algo mío, sube y

sorbel!—Ya verás, ya verás... Después la mar llana, inmensa, cubriéndolo todo... ¡Un modo de igualarnos!

ANGELINA.

Infamia!

ANDRES (*con calculada frialdad*).

Donde?—Allá?... Aquí?...—Mi hermana es, como tú su hermana...

ANGELINA.

Ella le quiere y yo te desprecio! Maldito! Maldito! (*los brazos extendidos, destacándose trágica sobre el azul del cielo*).

ANDRÉS.

Dí que la venció con su palabra como tu decías! El es diestro.—Que yo te venza con mis puños que tiene de extraño? Yo soy fuerte. (*sintiendo la obsesión de la frase hecha la repite variándola*) ¡Cada cual lucha con sus armas!

ANGELINA (*rebelándose contra la realidad*)

Pues llega aquí! Atrévete!

ANDRES (*sin cambiar de sitio*)

¡Piensas escapar por el camino de la Marta? (*riendo para disipar cierto sentimiento de cobardía que empieza á invadirle como una enfermedad*)—Mira antes pá abajo!

ANGELINA.

Crées atemorizarme? (*desafiándole, segura de sí misma*)—Pues miraré! (*se inclina sobre el precipicio agarrándose á la cruz y siente la angustia horrible de tener miedo; sin embargo todavía tiene fuerzas para gritarle con voz enronquecida, seca la garganta, dilatadas las pupilas, toda la carne cubierta de frio sudor*) Ya he mirado! Atrévete!—(*A un movimiento de Andrés que ella juzga acometida de la fiera, le grita escupiéndole al rostro las palabras, sintiéndose acorralada sobre el precipicio*) Ah! ¡Como se advierte que conoces el camino! ¡Antes tu tío Cipriano el ahorcado, ahora tú!

ANDRES (*sin comprender*).

Mi tío Cipriano?

ANGELINA (*con alegría feroz*)

Te duele? ¡Gracias á Dios que algo de duele! Sufre! Rechinal! Muérete de vergüenza!

ANDRES (*acorbado por el ímpetu de la agresión*)

Pero que dices?

ANGELINA.

¡Tendrás el mismo fin que el asesino de la pobre Marta!

ANDRES (*con grito de alegría salvaje; al fin comprende*).

Ah!—Cipriano asesino de la Marta?
—Y tú... tú me lo dices?

ANGELINA.

Yó!

ANDRES (*con alarido de triunfo*).

Tú?

ANGELINA (*desconcertada*).

Si... yó!

ANDRES (*violentamente*)

Pós mientes!... El asesino fué tu padre!

ANGELINA (*sintiendo de pronto toda la verdad y expresándola con un solo grito de horror*)

¡Jesús!

ANDRÉS.

Voy á seguir sus pasos! Atrévete á seguir los de Marta! (*Su flaqueza ha desapare-*

cido. Hace ademán de subir; ella extiende los brazos desesperada; vá hasta la cruz y retrocede con brusca cobardía de toda la carne) Si no irás! Eso está bien pá las probes pescadoras!

ANGELINA.

¡De frente, carbonero!

(Y se lanza al abismo, los brazos extendidos, frente á la cruz. Al caer, choca violentamente contra ella, y con los brazos aferrados á sus brazos, el cuerpo pegado al madero queda suspendida sobre el precipicio. Al choque, la cruz vacila, caen rodando y botando algunas piedras y de pronto se detiene espantosamente inclinada soportando la ligera carga. La gaviota sale huyendo, lanzando graznidos y aleteando ruidosamente).

ANDRES (lanza un grito de espanto, las piernas le flaquean y se derrumba al suelo, mortalmente pálido, invadido por un sentimicuto de cobardía, hasta de miedo á la cárcel que le rompe los miembros, tapándose estupidamente el rostro con ambas manos. En el silencio que sucede á la catástrofe solo se destaca el pesado aleteo de la gaviota que huye).

¡Que hice?... Donde está? ¡Dios mío!... ¡Virgen de La Luz!... Perdón! (Descubriéndose vá á lanzarse al promontorio, tal vez á huir, cuando la vé, blanca y sutil, aferrada al

madero, casi sin conocimiento. El estupor, como antes el miedo le paralizan y llorando y gritando y riendo exclama) — Milagro! Prodigio!... Ella! Ella, Dios mío! Por algo su padre clavó allí esa cruz! (quiere correr hacia el promontorio y sus piernas temblorosas se niegan á sostenerle; parece víctima de una pesadilla y exclama entre sollozos y risas) Cruz de su padre! Cruz del Dios de los cielos! Cruz de mi salvación!... Agárrate, echa raíces en la piedra, sostén su cuerpo de ángel que allá voy yó... allá voy á salvarla! (Al fin puede vencer su flaqueza y escala el promontorio, inclinase sobre el abismo agarrándose con la mano derecha á un resalte de la roca y la alcanza por la cintura con la izquierda. Después con los dientes apretados, la respiración anhelosa, con movimiento lento y seguro de hombre fuerte la levanta apoyándola contra su pecho y ya con ella en brazos vacila y cae sobre el promontorio besándola locamente entre sollozos y gritos de triunfo salvajes).

ANGELINA *(en voz baja, sin defenderse de la caricia y con los ojos cerrados).*

Ellos! Los otros!

ANDRES *(llorando).*

Un beso! Piedad!

ANGELINA (*besándole de improviso*).

Tóma!

ANDRES (*soltándola sobre el promontorio con
arrebato de alegría*).

A ellos! A salvarlos! (*corre hácia la vereda—ella queda desfallecida sobre la roca negra*).

III

La playa del Arrecife á las nueve de la noche. La vivienda de Monteverde parece abandonada; en cambio en la casa del Comandante se observa el bullicio de una fiesta. Las ventanas del comedor están intensamente iluminadas y del interior sale afuera un murmullo confuso como si muchas personas hablasen al mismo tiempo pero sin entenderse las palabras; choques repetidos de vagilla.— El corsario está en la playa con vela latina recogida en el mástil.— El mar y el cielo se confunden en la sombra intensísima de la noche.

Juan, Miguel y Sindo, muchachos de diez á doce años, con las narices pegadas á los cristales de las ventanas contemplan

curiosos y extasiados el interior de la casa del Comandante. La Curra, de catorce años, llevando una talla bajo el brazo izquierdo, se ha detenido con el mismo objeto; la Maruca, de nueve años, no alcanza y se empina sobre la punta de los piés inútilmente.— Todos andrajosos y descalzos.— Conchilla, sentada sobre una roca, la cabeza apoyada en las rodillas, estas sostenidas en flexión por las manos entrelazadas; lleva traje blanco de zaraza muy aplanchada, cabeza al descubierto adornada con flores.

MIGUEL

Dígote que es la pura veldá. Aquer mesmo, de las barbas blancas y los ispijuelos doráos fué el que le cortó la pierna á Juan Vizcaino.

JUAN.

¿Aquer es el méico der hospital?

MIGUEL.

Er mesmo.—Ese día cuando la maqui niya der Pérez Galdós le cogió la pierna ar pobre Vizcaino, fime tras la tartana

onde diba berriando y me colé en er santo hospital. Allí estaba ese con unos cuñillos tamaños así!... (*abriendo mucho los brazos*).

LA CURRA.

Tamién yo le conozco: es don Florencio, er marío de aquella señora gordufa que está atiborrándose con sarchichón... ¡Qué manera de engullir, jijos!... Se llama D.^a Ricarda. Yo le he vendío marisco, y por cierto que es más agarráa!... más regateaora!—Qué pides tú medio tostón?—Pues á seguía ella te ofrece un rial plata.

JUAN.

Aquella otra debe ser la jija... aquella que está sentáa á la vera de D. Paco.

MIGUEL (*sorbiendo saliva*).

Guapa jembra! Verdá?

LA CURRA.

Es su novia; se casan pá el mes de la Pascua.

LA MARUCA (*interesada*).

No puéo arcanzar!—Ayúame, jija!

LA CURRA (*soltando la cántara y tomando en brazos á la chica*).

Mira, hija.

(*Todos callan contemplando aletados el interior*).

SINDO (*que aún no ha hablado*).

¡Qué güena comía!

MIGUEL.

Trujéronla de la fonda.

MARUCA.

Aquella vestía de negro?—Aquella es la novia?

LA CURRA (*con importancia*).

No, hija; esa es la Srta. Josefina. La otra, aquella de las flores.

MARUCA.

Qué guapa!

SINDO.

¡Qué será aquer plato grande con aquello amarillo y fofo?

LA CURRA (*dejando en el suelo á Maruca*).

A ver?

JUAN.

Bueno, sin dúa!

LA CURRA.

Aquello lo jacen con leche, güevos,
harina y mucho dulce...

SINDO.

¡Si me dejaran aprebar no más que un
pizquitito con la punta del dedo chico!

MARUCA (*subiendo á una piéda que colocó bajo
la ventana*).

Déjame mirar! úpame, Curra!

LA CURRA.

Upate, jija.

MIGUEL (*filosóficamente*).

¡Cára comía pá probes!

MARUCA.

Y son novios?

LA CURRA.

Claro que sí.

MARUCA.

¿Pos no dicían que D. Paco era novio
de la Concha?

JUAN (*con soberano desprecio*).
Estúpia!

MARUCA.

¡Si yo mesma los tengo vistos muchas veces solitos y jablando bajo por la playa palante!

(*La Curra ríe maliciosamente*).

JUAN.

Y eso qué?

MARUCA (*á la Curra*).

Pol qué te ríes? (*Vuelve á mirar*).

MIGUEL (*de pronto*).

¡A correr! Qué vienen!

(*Todos huyen, menos la Maruca que no puede descender fácilmente de las piedras y es sorprendida por D. Carlos que abre la ventana: el rumor de las voces y los choques de cristalería se perciben claramente*).

D. CARLOS.

Qué buscas, chiquilla?

MARUCA (*sobrecogida*).

Naita, mi Comendante.

D. CARLOS.

Quiéres un dulce?

MARUCA.

Sí.

D. CARLOS.

Vaya, tóma.

D.^a RICARDA (*dentro*).

Cierre V., amigo Vélez.

D. CARLOS (*cerrando*).

Al momento, D.^a Ricarda. (*Al cerrar, apágase de nuevo el rumor de la fiesta*).

SINDO (*acercándose a la Maruca*).

Cómes?

MARUCA (*comiendo*).

Sí.

SINDO (*después de una pausa durante la cual contempla a la chica avidamente*).

Quién te dió eso?

MARUCA.

Er comendante. (*Nueva pausa. Ella sigue comiendo*).

SINDO.

Y qué es eso?

MARUCA (*encogiéndose de hombros*).

Pós no sé.

SINDO.

Y es güeno?

MARUCA (*en éxtasis*).

Güenísimo!

SINDO (*después de vacilar*).

Déjame aprebar! Pol ver... náa mas que pol ver... un pizquitito ansinal...

MARUCA.

Pos. apreba. Un pizquitito náa mas... (*Al alargarle el dulce, Sindo se lo arrebató bruscamente y huye por la playa volviendo inquieto la cabeza. Maruca permanece suspensa por breve rato y al fin rompe á llorar con desesperación*) Dámelo!... Dámelo! (*Le sigue amenazadora hasta la playa y allí de pronto se deja caer al suelo con los puños en los ojos*).

CONCHILLA (*levantando lentamente la cabeza*).

Quién llora?—Eres tú, Maruca?—Por qué lloras?

MARUCA (*sollozando*).

Sindo me robó un durcel

CONCHILLA.

Lloras por un dulce?

MARUCA.

¡Sí! (*amenazando con el puño*) Robón!
Dáme er dulce! (*De nuevo rompe á llorar*)
Dáme er dulce! A tú madre se lo digol
Dáme er dulce! (*se aleja sollozando; su voz se percibe cada vez más lejos repitiendo monótona las mismas palabras*).

CONCHILLA (*con acento lamentable*).

¡Por una golosina!—Y lloraba como si le hubiesen robáo el novio!... ¡Ay, María Santísima! (*de nuevo oculta la cabeza entre sus rodillas*).

(*Angelina, con traje negro, abre una ventana de la casa del Comandante, apoya sus brazos en el alfeizar y queda pensativa, los ojos fijos en la sombra. Desde que se abre la ventana aumenta el rumor de la fiesta y se oyen las palabras con bastante claridad en el silencio profundo de la noche*).

D. CARLOS (*con voz fuerte que se destaca sobre el bullicio en el punto mismo en que se abre la ventana*).

....y lo repito. Desengañense Vds.: calumniamos por costumbre esta tierra;

todos contribuimos á la obra *nefanda* (con énfasis) de descrédito: es necesario ausentarse para saber el valor de estos peñascos. Pero Vds. siempre han vivido hartos de pátria y por eso vomitan ingratitudes...

D. FLORENCIO (*voz chillona*).

Carlos!

D.^a RICARDA (*con su marido*).

Comandante!

D. CARLOS.

Sí, señores: vómito de ingratitudes! No retiro la frase. (*gran tumulto*).

PACO (*golpeando con un cuchillo en un vaso*).

¡Orden, padres de la pátria, orden!
(*La algazara continúa; risas de Teresa y Paco*).

D.^a RICARDA.

¡Si no lo digo por tanto! (*á voz en cuello*)
¡Dejen Vds. que me explique! ¡Déjenme hablar!

PACO (*como antes*).

Orden! Que se rompa la campanilla!
Orden!

D.^a RICARDA (*aprovechando una trégua*).

Si yo no hablo mal de estas piedras!—
En eso soy más patriota que Vd.: «*Mi casa y mis tres teniques*»... pero sí diré y lo gritaré, que en esta tierra atlántica no se reconocen méritos de talento como los diplomas no vengan firmados por gente de afuera.

D. FLORENCIO (*acento convencido*).

Eso es verdad.

D.^a RICARDA (*coibrando bríos*).

Y tanto!—Cualquier extranjero, por serlo, es mas rico...

D. FLORENCIO.

Verdad.

D.^a RICARDA.

...Mas noble...

D. FLORENCIO.

Verdad.

D.^a RICARDA.

...Mas sábio...

D. FLORENCIO, PACO Y TERESA.

Verdad!

D. CARLOS.

Palabras, mi señora doña Ricarda...

D.^a RICARDA.

Hechos, mi señor don Carlos!

PACO Y TERESA.

Verdad!

D.^a RICARDA (*furiosa*).

Silencio, monifatos! (*ellos ríen estrepitosamente*).

D. CARLOS (*elevando la voz*).

Cite V. un ejemplo... uno solo!

D.^a RICARDA (*titubeando*).

Un ejemplo?... Uno solo quiere Vd.?

D. CARLOS.

Uno me basta.

D. FLORENCIO (*que ve apurada á su esposa, acude en su auxilio*).

Centenares!... Por lo mismo que hay muchos es difícil citar uno.

D. CARLOS (*triunfante*).

Lo ven Vds.?—Entre los dos no citarán uno solo!

D.^a RICARDA.

Quiére V. uno?... Quiére V. uno?

PACO (*golpeando una copa*).

Atención!—Hable V. Excma. Senadora por *Tres Teniques*.—Ya esperamos... adelante *verbi gratia*... (*un momento de espectación silenciosa*).

CONCHILLA (*en la sombra, balbuceando*).

Paco!... Rey de mi vida!... ¡Ay, Dios mío, como se divierte!

D. CARLOS (*zumbón*).

Que no lo dirá...

TERESA.

Que si lo dirá...

PACO.

Que nó!

TERESA.

Que sí!

D.^a RICARDA (*decidiéndose de pronto*).

Pues allá vá, aunque ustedes rían! por ejemplo... mi marido! (*grandes risas*).

D. FLORENCIO (*avergonzado*).

Mujer! Qué dices? (*Las risas aumentan*).

D.^a RICARDA (*su voz se destaca en medio de las risas*).

¡Sí, señores! Mi marido es lo mejor del mundo! Creen ustedes que Florencio en otra tierra se hubiera contentado con la corona de espinas?

PACO (*aplaudiendo*).

Bien! Muy bien! (*á Teresa*) Aplaude, chica!

D. CARLOS.

Espere V., señora, espere V.... una aclaración...

D.^a RICARDA (*sin soltar la palabra*).

De espinas!... Esa es la corona que este pueblo dá á un médico! En otra parte, de laurel la ceñiría!

D. FLORENCIO.

Mujer, por Dios!

PACO.

¡Bravo al amor conyugal! (*grandes risas*).

D.^a RICARDA (*encolerizada*).

¡Calle V., muñeco!

PACO.

El acabóse! Echemos á vuelo las campanas! Ayúdame, Teresa.

(Grande algazara de voces, choques vibrantes de cristales en tonos diferentes... las palabras no se perciben... solo de vez en cuando, mientras hablan Angelina y Concha, se escucha la voz de D.^a Ricarda gritando ¡Un sábio! y la de don Carlos que replica riendo ¡Sí, señora, sí!)

CONCHILLA *(levantando la cabeza)*.

¡No se acuerda de esta probel... ¡Y se ríe! *(Los brazos extendidos desesperadamente á la casa)* ¡Pero tú ya no me quieres?

ANGELINA *(echando el busto fuera del cuadro de la ventana y procurando escudriñar el hueco negro de la noche)*.

Quien és?

CONCHILLA *(ahogada por el llanto)*.

¡Ay, señorita Angelina!

ANGELINA.

Concha!

CONCHILLA *(de rodillas, suplicante y desesperada)*

¡Tengan tóos piedá de esta disgra-ciada!—Venga á mí!... Venga á mí!

ANGELINA (*con mucha bondad*).

Espera, hija mía, espera.

Se retira cerrando la ventana. El rumor de la fiesta se amortigua... ya no se distinguen las palabras.— Conchilla, vencida por el dolor, sigue de rodillas con la cabeza en tierra. Angelina aparece en la puerta, ciérrala de nuevo, se acerca y se arrodilla junto á la pescadora. Vá vestida de negro, con la cabeza al descubierto y un chal echado sobre los hombros).

ANGELINA.

Levanta, hija mía; cuéntame tus penas.

CONCHILLA (*sollozando*).

Sí... tóo lo diré, señorita... tóo!

ANGELINA (*obligándole á levantar la cabeza*).

Tranquilízate...—¿Prometes obedecerme?

CONCHILLA.

Sí, señorita, sí...

ANGELINA (*con tono que quiere ser festivo*).

Estás hecha una lástima... los ojos hinchados, el peinado deshecho, las flores deshojadas... Vaya, que estás muy féa.

CONCHILLA (*con acento de niño mimoso*).

Mejor!... Que me importa?

ANGELINA (*imitándola*).

Mejor... que me importa?

CONCHILLA (*furiosa*).

Pós si: mejor! Y que?

ANGELINA.

Habla bajo. Pueden oírnos y no es cosa de que todos se enteren.—Figúrate que vás á confesarte, que llegas arrepentida...

CONCHILLA (*siempre de hinojos, hosca la mirada, ronca la voz*).

Arrepentida?... Pero, sino lo estoy! Si siento aquí un gorpe continuo de maréa que sube con ánsias rabiosas de romper... de dislocar tóo esto (*abarcando el espacio negro con gesto amplio*) tóo esto que está mal hecho y arrastrarlo... y arrastrarlo (*sin encontrar la frase*) y arrastrarlo... ¡que se yó?... pá allá, pá allá lejos... donde nenguno pudiera sacarlo!

ANGELINA (*con sequedad al tiempo de levantarse*).

Si continúas en ese tono, no he de oírte.—Amenazas?... A quien?... A mi hermano?

CONCHILLA (*reteniéndola humildemente por la falda*).

No se vaya, señorita, no se vaya. Yo no amenazo á nadie. Perdóneme porque soy una bestia...—Amenazarle? A él?...—Fuera lo mesmo que si V. que es una santa amenazára á Dios.

ANGELINA (*con tono dogmático*).

No basta: ni á él, ni á ella has de decir.

CONCHILLA (*otra vez hosca*).

Náa tengo que ver con esa... Que los demonios se la lleven!

ANGELINA.

Concha!

CONCHILLA.

Ni la conozco!—Porqué he de tenerle lástima?—La que ella tuvo de mí!

ANGELINA (*haciéndola levantar*).

Vén acá, bestia... ¿No te enfada que te hable de este modo?

CONCHILLA (*llorosa*).

¡Si lo soy, señorita Angelina, si lo soy!

ANGELINA (*con mucha bondad*).

Bueno... no llores.—¿Nunca te ocurrió pensar que esa niña tuviera tanto derecho como tú para hacerse amar de Paco?

CONCHILLA (*negando obstinadamente*).

Que no lo tiene! Que nó! Que nó!

ANGELINA.

Dije mal. Mas derecho que tú. (*la otra ríe burlona*).—No quiero hablar de relaciones de familia, de posición social, de analogías de educación...

CONCHILLA.

Eso... eso!...

ANGELINA.

Espera.—..... ni de proyectos en que los viejos se gozan anticipando temerosos el porvenir. Quiero hablar solamente de cifras, de fechas, de cosas que no permiten la duda: ella le amó antes que tú.

CONCHILLA (*negando desesperadamente*).

Mentira!

ANGELINA (*suspensa*).

Pues tiene gracia! Y lo dices así?...

CONCHILLA.

Digo la verdad! Que yo le amaba de antes... ¡ni yo sé dende cuando!... Que él tamien me amaba, me esperaba sin saber de mí, sin conocerme... (*con acento de triunfo, segura de la verdad*) ¡Si él mesmo me lo dijo!

ANGELINA (*algo confusa*).

El te dijo?

CONCHILLA (*afirmando con todo el cuerpo*).

Sí!

ANGELINA.

No sé como pudo decir eso... En fin, así sería.

CONCHILLA.

Así fué. (*callan por un momento. Andrés aparece en la playa; parece receloso*).

ANGELINA (*su palabra no es tan segura como antes*).

No creas que busco trabajosamente argumentos artificiosos para defender la causa de mi hermano.—La causa es buena, sí.—Aunque no he vivido en con-

tacto con esas miserias del corazón, se me alcanza pensar que... puestos en ese terreno... ¡fíjate bien!... puestos en ese terreno, la mentira no es tan grave pecado, ni Dios lo ha de castigar con penas tan grandes como en otros lances prosáicos de la vida. (*pausa*). No me entiendes? (*Ella es la que no sabe por donde salir; al cabo continúa con inspiración fresca*).—Un enamorado, por el arrebató ciego de la pasión puede mentir, hasta engañar... (*su conciencia no le permite torcer la línea recta*) No!... Eso nunca! (*Otra vez transige*) Bien, sí...—no seamos tan rígidos—...puede engañar sin intención de producir daño grande.—No créas que el cariño me lléva por camino de excusas... puedes estar cierta de que juzgo imparcialmente. Es que las cosas son así... Yo tampoco lo creía; pero desde ayer veo claro en estas materias. ¡Lo triste es que tú no me entiendes porque no estás educada en esto del Código penal para delitos de amor... en lo que llaman circunstancias atenuantes... en la sujestión inconsciente de la voluntad y... de la palabra... (*Se detiene sin hallar salida, descontenta de sí misma*

y del éxito de su indigesto sermón) Inútil! No puedes entenderme!

CONCHILLA (*sencillamente*).

Dice bien... no entiendo.

ANGELINA (*triumfante*).

Ya te lo decía yo!

CONCHILLA (*con tremenda fé*).

Pero es cierto que lo dijo!

ANGELINA.

A empezar de nuevo?

CONCHILLA (*sin oírlo*).

Y aunque él se engañase, que importa? También me lo dijo la mar... y esa no engaña.

ANGELINA (*con exajerada severidad*).

Estoy perdiendo el tiempo miserablemente... Ahora sales con absurdos de pagana... Eres una salvaje.

CONCHILLA.

Porque V. no ha nacido á la orilla de la mar, porque no ha escuchao su voz que nunca calla en el silencio miedoso de las noches... por eso no lo crée. No lo dijera

V. si á V. le hablára como á mí aquella tarde en que me arrempujó á los brazos abiertos de mi amo que me aguardaba en la arena hecha un ascua de oro por los rayos del sol!

ANGELINA.

Cálmate hija mía, mas bajo...

CONCHILLA (*bajando la voz que luego alza inconscientemente*).

El tamien entendió en aquel punto sus palabras:—*Tómala, tómala!* me contó que le decía... Puede preguntarle si esto es la verdá purita, puede preguntarle...— Y aluego por las noches, sobre La Baja, tumbáos sobre el lomo resbaladizo y húmedo de la piedra ¡cuantas veces escuchamos sobrecogíos sus voces que venían de muy lejos, de pá allá lejos, del fondo del horizonte, de las costas cortáas á pico, de las playas de arena, de tóas partes, cantando cosas de amores, aplaudiendo rabiosamente, estallando en alaríos de triunfo al ver á la probe pescaora, corgáa al cuello, pegáa á los labios, mirándose en los ojos del señorito!

ANGELINA (*dominada por la lástima*).

Mas bajo, hija mía, pueden oirnos...

CONCHILLA (*llorando*).

¡Ay, señorita de mi arma!

(*Andrés continúa en la playa sin tener osadía para acercarse; pero deseando ser visto*).

ANGELINA.

¿No entiendes que esas ilusiones son delirios de un espíritu mal equilibrado que la pasión desquicia?

CONCHILLA (*secándose las lágrimas*).

No; sino es de ahora... es de tóa mi vida... Mire: cuando la madre se ajogó era yo muy chica... dicen que no puéo recordarla. ¡Y yo me acuerdo... ¡por ésta!... (*besando fervorosamente el pulgar de la diestra*) yo me acuerdo de haber tenío madre! ¡Yo estoy segura de que tóas las noches una voz me arrullaba cantando... cantando... cantando... ¡Era la mar!

ANGELINA.

Mas bajo, hija mía...

CONCHILLA (*bajando la voz*).

Y mas tarde, tamien me acuerdo, que como á las otras chiquillas su madre, la

mar me contaba á mí cuentos maravillosos... uno, de un príncipe que buscando fortuna se casó con una probe; otro, de la Virgen Santísima que se le apareció á una muchacha y le dió un filtro ó melicina pá curar la tristeza de un gran Rey que al recobrar la alegría sentábala en trono de oro y piedras finas; otro, de una pescaora que recogió en la playa un príncipe náufrago y perseguyó y que al fin lo sarvó ocurtándolo á tóos sus enemigos y que al marcharse le prometía tornar, y tornaba y la llevó por la mano á su palacio entre banderas, por arfombras de flores, entre nubes de incencio, estampío de músicas y gritos de la gente! Siempre fueron ansina: hombres muy hermosos, muy valientes, muy ricos y muy nobles y mujeres muy probes, probecitas!

ANGELINA.

Calla, Concha. Tú no puedes entender la compasión que me inspira esa mezcla de ideas buenas y falsas. ¿Quién piensas tú que habla en el mar?

CONCHILLA (*con acento convencido*).

Que quienes hablan en la mar?—Tóos los que se ajogaron!... Tóos!—Mi madre que resbaló en la caleta, la Marta que se arrojó del Castillo, tóos los navegantes que dende el principio del mundo perecieron por atreverse sobre las aguas, tóos los míseros pescaóres que se hundieron rezando en día de tempestá, tóos los sordáos del Rey que se agarraron furiosos á la bandera destrozáa del barco vencido! ¡Tóos hablan á la vez! Por eso, en la mar hay voces que rezan y otras que lloran y otras que cantan y otras que mardicen!

ANGELINA (*sufriendo apesar suyo la influencia de aquellas ideas fantásticas*).

Pues bien... sí... como quieras y adonde quieras he de seguirte.

Yo también durante la noche pasada he escuchado la voz de ese mar. (*Dirigiendo su vista al horizonte*) Ese mar no es tuyo solamente, tambien es mío... (*De pronto se interrumpe; ha descubierto á Andrés, los brazos cruzados, de cara al mar*) Calla! Nos escuchan. Mira allí, junto á la orilla...

CONCHILLA (*con indiferencia*).

Sí. Es mi hermano.

ANGELINA (*sin poder reprimir el grito*).

Andrés! (*El se conmueve, saliendo de su quietismo y va á acercarse*). No; ahora no... Después... Espera... no te vayas... He de hablarte.

ANDRÉS (*volviendo á su primera actitud*).

Bueno.

ANGELINA (*en voz baja, procurando ordenar sus idéas*).

Nó!... Esto primero... mi hermano!... Escucha tú, atiende... que te decía yo? ¡Pero que estaba yo diciendo, Dios mío?— Espera... eso es... eso... ¡Gracias á Dios! Oye: tu que comprendes las voces del mar, que escuchaste, brotando de su seno las historias maravillosas de príncipes y villanas ¿nunca oíste la de aquella pobre niña que se sacrificó por su amante, sufriendo silenciosa las torturas de la vida por hacerle feliz uniéndole á una princesa? ¿Que murió abandonada, sola, sin que ninguno sospechase su sacrificio y á quien

Dios en el postrer instante, ya cerrados sus ojos, bañándose su espíritu en la paz infinita de la eternidad, concedió la visión fulgurante, sin la amargura de la envidia, de la felicidad ajena?—...No; espera... todavía hay mas... esto es largo... Oye: ¿díjote alguna vez el contentamiento íntimo de la conciencia cuando los labios se mueven para el perdón, cuando las manos se levantan solemnes para bendecir, cuando las rodillas se doblan humildes para implorar, cuando toda la carne, rechinando,—rechinando, sí, en eso está el mérito,—destrozada, sangrienta se doblega resignada y gozosa á la obra santa del sacrificio? (*Conchilla la mira con asombro*) ¿Tampoco entiendes esto?

CONCHILLA.

Eso sí! Lo otro no lo entendía. Que él me quiere... ¡me quiere!... sin eso no entiendo náa; pero que yó soy una mísera pescaóra... que no puéo hacerle tan feliz como la otra... ¡y que si yo le quiero de verdá, debo morirme!

ANGELINA (*con un grito*).

Nó!... Eso nó!...

CONCHILLA (*con terquedad*).

Eso sí!... ¡Si yó tamien lo he pensáo de antes, tamien lo he dicho... ¡cuando no imaginé que llegaran estas tristezas!... Y he de hacerlo! Ya verá como voy firme y tranquila á la mar y entro en ella hasta que el fondo falte bajo mis piés! Ya lo verá!

ANGELINA (*temblando*).

No; eso nunca!... Eso no es triunfo: es vencimiento de un alma cobarde por el dolor!

CONCHILLA.

Pos entonces, que quiere?

ANGELINA.

Que vivas!—Que te sacrifiques!

CONCHILLA

Jesús!

ANGELINA.

Piensa que has pecado, que necesitas expiar la culpa!

CONCHILLA

Jesús!

ANGELINA (*echando á fuera todo su pensamiento*).

Si tu mueres ¿que será de él aquí y en la otra vida? (*Conchilla calla mirando al suelo*)—
¡Ay, Concha, no créas que me guía el afán egoísta de salvar á mi hermano; nó... pienso en tí... en tí para quien reservo con los dolores del martirio, el triunfo luminoso de los cielos! (*Conchilla sigue en la misma actitud, toma arena del suelo y la deja escurrir lentamente entre sus dedos*).—No contestas? Habla por Dios! (*El desasosiego de la señorita de Velez es grande... tal vez siente remordimientos... tal vez siente la obsesión del carbonero que espera silencioso en la orilla del mar*).

CONCHILLA (*lentamente, como si le preocupase mucho la idea de contar los granos de arena*).

Y eso... es difícil?—Es grande prueba?—
Por tal la tiene? (*Deja de jugar con la arena y le mira de muy cerca*)—La mayor de toás?...
de que soy buena... de que le adoro...

ANGELINA.

Sí.

CONCHILLA (*con decisión lastimosa, arrojando la arena que guardaba aún entre sus manos*)

¡Pues ruegue á Dios que me ayude, porque á ella voy!

ANGELINA (*con un grito de alegría*)

Si te ayudará... No lo dudes! (*De pronto siéntese dudosa*) — Pero es decisión reflexiva? No será un impulso vehemente y poco duradero de tu corazón? Piénsalo.

CONCHILLA (*otra vez jugando con la arena*).

Que sé yo! — Sé que entiendo lo que me pide, que he sentío de pronto ansias muy grandes de sacrificio, afán de humillaciones... ¡Ya lo verá! — Es necesario que yo desaparezca... no tema... sin morir... ¡Yo no quiero que Dios ponga en el platillo de sus curpas el cuerpo de una ahogada!... ¡Yo no quiero que él sufra lo que el otro debe sufrir!

ANGELINA (*en voz baja, acercándose mucho*).

El otro?

CONCHILLA.

Sí, el otro... el de la Marta.

ANGELINA (*con terror*).

Calla!... Eso! Eso! (*muy turbada*) ¡Dios mío, será bueno todo esto? Será un sacrilegio intervenir en los designios de tu voluntad?

CONCHILLA (*compadeciéndose de la señorita*).

Esto es bueno, Señorita, no lo dude: esto es maravilloso. ¡Cosas que no se vén sino en los libros! Ahí es náa: dos míseras mujeres que se empeñan en sarvar un arma! Y la sarvaremos! En esta misma hora voy á emprincipiar. Sígame. (*Queriendo llevarla hacia la casa*).

ANGELINA (*en lucha con el remordimiento*).

¡Dios mío, esto era mejor anoche cuando lo imaginaba que ahora al alcanzarlo!

CONCHILLA (*en la puerta*).

Vamos.

ANGELINA.

No.—Es preciso que hable con tu hermano... Vé.

CONCHILLA (*al abrir la puerta, en la fulguración de la luz, casi sonriendo al través de las lágrimas*).

Está contenta de mí?

ANGELINA.

Más que de mí!

(*Al abrirse la puerta se oye intensamente el vocerío del interior; percíbense algunas voces que gritan "Concha... por aquí!... vén!,"—Al cerrarse continúa como antes el rumor confuso sin distinguirse las palabras*).

ANGELINA (*acercándose instintivamente á la puerta*).

Andrés! (*Luego en voz baja con verdadera angustia*) Ay Dios mío de mi vida! Ay Virgen de la Portería!

ANDRÉS.

Voy. (*Se acerca tímido y torpe*).

ANGELINA (*sin poder dominar el temblor de la voz*).

Todo el día te he buscado y hasta ahora no logré encontrarte.

ANDRÉS.

Buscarme? Dijo buscarme?

ANGELINA.

Así dije. — ¿Porqué te has ocultado?

ANDRÉS.

Ah! Timideces de bruto!... Vergüenza de la luz del sol... que sé yó?

ANGELINA (*dando paso á la verdad*).

Quizás fué miedo!

ANDRÉS (*desconfiado*).

Miedo? Por qué?

ANGELINA.

Porqué... si yo hablase!

ANDRÉS (*con acento duro en que despunta la ironía*).

Por eso no hay miedo: no hablará! (*Angelina retrocede*) Ah! Perdone... la ofendí! (*en voz baja, desfigurando torpemente su emoción con frases rebuscadas*) ¡Si supiera cuanto sufro... cuanto...! (*se detiene intencionalmente por juzgar de más efecto la interrupción*).

ANGELINA.

Sigue.

ANDRÉS (*siempre empeñado en apagar la llama de incendio que caldea su interior para alumbrarse con farolillos de colores*).

¡Cuanto te amo! (*Gran rumor en el interior de la casa; él continúa con acento falso, amanerado*) Ya lo dije otra vez! Allá y aquí soy el mismo!

ANGELINA (*sintiendo cierto desencanto que no puede explicarse*).

Pero, vamos... porque no he de hablar?

ANDRÉS (*engañado, acercándose sin medir la distancia que los separa*).

Olvida eso... Perdóname... Me has buscado?

ANGELINA (*irguiéndose de pronto y rebelándose contra la familiaridad del carbonero*).

Atrás! No estamos solos al borde del abismo! Cerca está quien puede ampararme!—¡Qué no vuelva á oír ese *tú* que me recuerda tu infamia y mi cobardía!

ANDRÉS (*desconcertado*).

Qué dice?

ANGELINA (*con voz clara y vibrante*).

Qué digo?—Esto.—Que cedí... que te besé... que te quise por miedo á la muer-

tel... ¡Yó, que imaginaba esperarla resignadamente, casi desearla! (*hosca*) Te debo aquella vergüenza que aún quema mis labios y este desengaño que me arroja á la tierra! (*Después con voz tranquila en la cual, sin embargo, vibra una nota falsa*) Dios lo permitió. Para nuestro bien será... Te perdono.

ANDRÉS (*sintiendo sin darse cuenta de ello con pasmosa claridad el artificio de la frase*).

Eso nó! (*con mucha energía*) ¡Afuera tóa la verdad pues que con ella me aplasta!— ¡Diga que calla como se dejó besar, como llegó á quererme... Como me besaría y adoraría otra vez!... Por miedo!

ANGELINA (*sobrecogida*).

Miedo?

ANDRÉS.

Sí. Por miedo á que se sepa esta vergüenza ó resucite la historia mal olvidáa de la Marta! Oh! Como yo quisiera!... (*avanzando hacia ella con gesto amenazador, casi le pone las manos sobre los hombros*).

ANGELINA (*con grito de alarma*).

Paco! (*su voz estridente rasga el silencio de la noche*).

ANDRÉS (*retrocediendo, los brazos cruzados sobre el pecho, dilatadas las narices*).

Llama!... Quiere ponernos frente á frente?... Mejor!

ANGELINA (*amparándose á la ventana*).

No!... Eso nó!... Eso nó!... Mi hijo de mi alma! (*mirando afanosa por los cristales*)
Me ha oído!... Se acerca!—Dios mío ¡Que no te véa... que no te véa!... Huye!

ANDRÉS.

Huir yo?... Pues que hice?

ANGELINA (*con voz entrecortada*).

Después... después... Ya hablaremos...
Lo que quieras... después...

ANDRÉS (*encogiéndose de hombros y en dirección á la playa*).

Bueno. No se afane... Cuando quiera.

PACO (*en la ventana—al abrirla se destaca el rumor alegre de las voces y el choque de los vasos*).

Veremos quien tiene razón.—Me llamaste, Angelina?

ANGELINA (*su voz tiembla ligeramente*).

Llamarte?

TERESA (*apareciendo junto á Paco*).

Vés? Vés?... Chico, el anisado!

PACO.

De veras, no has llamado por mi nombre?

ANGELINA.

Otra vez?

PACO (*insistiendo*).

Pero, si sonó aquí... (*mirando al interior*)
Eh! Concha, serían las voces del mar?

TERESA (*riendo*).

Deja á la *pescaora*, que ya me vá dando que pensar.

PACO (*á Angelina*).

Oye. ¿Sabes que la Concha bebe como una esponja? Le ha dado por hablar de sus sacratítimos deberes... de las voces del océano... (*riendo*) Es un espectáculo graciosísimo.

ANGELINA.

Dejarla... Pobrecilla!

TERESA.

Bueno anda este para sermones. Díle que no beba más. Le hará daño.

PACO (*retirándose de la ventana*).

Tontería! Eh! Concha!

TERESA.

Todos iguales, hija mía... Hasta papá!

ANGELINA.

Cuida de ellos.

TERESA.

No entras? Que haces ahí?

ANGELINA.

Pronto voy. (*Teresa se retira cerrando la ventana*) Andrés! Andrés!

ANDRÉS (*adelantándose*).

Aquí esperaba. (*Los dos callan largo tiempo*) Parece que se divierten... (*su voz resulta cambiada, fría, segura, con levísimo dejo de ironía*).

ANGELINA.

Te pesa?

ANDRÉS.

Porqué? (*Resolviéndose á hablar y haciéndolo con cierta afectación*) Mire: he pensáo en este tiempo, que tiene razón que le sobra. Desde luego renuncio á... eso que parecía prometerme.

ANGELINA.

Yo, prometer? Cuando?

ANDRÉS (*sin poderse contener*).

Ahora mismo! Aquí! Prometía diciendo *después... después...* yo no sé lo que prometía!

ANGELINA (*acorralada*).

Espera... te he de explicar...

ANDRÉS (*con gesto violentísimo como si cortase el espacio*).

Nada!... (*en voz baja que se agranda hasta alcanzar una sonoridad espantosa*) Mentira! Mentira! Mentira!! (*Angelina tiembla ante la cólera del carbonero; este vuelve de pronto á hablar con voz segura y calmosa*) Dije... que le sobra razón. Mas vale olvidar tóos... Vd. lo mío... yo lo de su

padre y hasta lo de su hermano. Quien sabe? Puede que no sea cierto.

ANGELINA (*con explosión de alegría*).

No lo és.

ANDRÉS.

Mejor. (*pausa*) Pues, lo que decía: nosotros tenemos mucho miedo á la cárcel... parece que se hizo pá nosotros... (*La frase la aprendió de Los sanos*). Y bien pensáo, si Vd. no lo dice, por mí nenguno lo sabrá. Le parece bien?

ANGELINA.

Sí, eso! (*reprimiendo su satisfacción*) Porque, al fin, nosotros tenemos influencia, y, á yó querer castigarte, no creas que me detuviera lo vergonzoso de la aventura...

ANDRÉS (*interrumpiéndole*).

Eso mismo. Con decir que le robé unas cuantas monéas, en vez de un beso...

ANGELINA (*aceptando aquella salida*).

Ya véis. Pero, no temas. Todo está olvidado.

ANDRÉS.

Gracias. (*Los dos callan sin saber que decirse*) Naaa más? (*en el acento del carbonero hay un ténue dejo de esperanza*).

ANGELINA.

Nada.

ANDRÉS.

Pues me voy. (*A medio camino se detiene*).
¡Como se conoce que adora V. en su hermano!

ANGELINA.

Todo por salvarle.

ANDRÉS.

Vaya, adios.

ANGELINA.

Andrés! Escucha, yo también quiero ser buena, pagarte con algo...

ANDRÉS (*los brazos extendidos á ella, sin fingimiento, esperando lo imposible*).

Diga, por Dios!

ANGELINA.

Mañana nos vamos. Yo... y él.

ANDRÉS (*dejando caer lentamente los brazos*).

Yá... Sí... entiendo...

ANGELINA (*la señorita de Velez miente*).

No es por mí... es...

ANDRÉS.

Por mi hermana. Es V. muy buena. En todo piensa. Yo no me acordaba de ella.

ANGELINA (*la Srta. de Velez miente con descaro*).

Quiérela mucho!

ANDRÉS.

Vaya... pues otra vez adios... sino vuelvo á verles...

ANGELINA.

Dios te acompañe... ¿No me engañas?

ANDRÉS (*desde la playa*).

Engañarla?... Y pá que cosa?

PACO (*abriendo de pronto la ventana con una copa en la mano*).

Voy á brindar. Entrás?

ANGELINA.

Sí. (*entra en la casa*).

(El paisaje queda solo y en sombras. Ahora se percibe con más claridad el bullicio interior de la fiesta: todos hablan á un tiempo, sin que puedan distinguirse las palabras. De pronto resuena el estampido de una botella de Champagne al descorcharla y se destacan algunas voces).

D. FLORENCIO, D.^a RICARDA Y TERESA.

Que brindel!...—A brindar!

(Después, separada de estas voces y muy distinta).

D. CARLOS.

¡A ver como te luces, hijo!

(Sigue un largo silencio: es que Páco brinda. Andrés desde la playa contempla por largo tiempo los cristales incendiados de la casa. Aquel fulgor que rasga la sombra, es como rayo de alegría, burlador y provocativo, riendo frente á su tristeza infinita. La realidad se ajusta tan exactamente á su aventura que, sin esfuerzos psicológicos complicados, se impone á su espíritu el contraste de la luz y de la sombra, de la felicidad egoísta en contraposición á su miseria y á su abandono irremediables. Por eso va á la luz con los brazos extendidos y amenazadores, por eso se inclina buscando guijarros entre la arena mientras murmura palabras que no se entienden. Pero aquel impulso de destrucción imbecil se extingue y arroja las piedras con gesto despreciativo).

ANDRES.

No!... Otra cosa!... Otra cosa!

(Bruscamente grandes risas estallan en la casa, como si ellos se burlasen de su ridícula tentativa. De nuevo se oyen algunas palabras que brotan de sus crispados labios).

ANDRÉS.

A él!... Eso!... Pero como?... Como?

(Otra vez siente la fascinación de la luz y avanza hasta la ventana por cuyos cristales mete los ojos desesperadamente. Un ligero murmullo, ininteligible, monótono como un rezo se percibe en el silencio de la noche: es el discurso de Paco. Y de pronto la voz infantil de la Concha se distingue claramente).

CONCHILLA.

El Corsario! No orvidar al Corsario!

PACO *(esforzando la voz).*

El Corsario!... *(las palabras se extinguen en confuso murmullo y solamente al final se destaca con precisión)* El Corsario es un símbolo! Brindo por el Corsario... *(y no se oye más).*

(Los ojos del carbonero se apartan de los cristales y lentamente giran hasta fijarse decididos y amenazadores en la lancha pescadora; poco á

poco su cuerpo se sustrae á la atracción de la ventana luminosa y se dirige á la playa sombría. Después tira de la amarra y se encorva examinando el fondo del barquichuelo, Entonces ríe silenciosamente y parece repetir las palabras de Concha).

ANDRÉS.

No olvidar al Corsario!

(De nuevo se acerca á la casa, mirando á todas partes como buscando algo que le faltase para la ejecución de su idea; por último se dirige á la choza de Monteverde y desaparece en su interior. En tal punto se oyen grandes risas en la casa del Comandante).

TERESA *(riendo)*.

Embustero! Embustero!

D.^a RICARDA.

Protesto!

D. CARLOS.

Dejarlo que se explique... que continúe!

(De nuevo el silencio. Andrés sale de la choza llevando algunos útiles de carpintería: entre ellos una barra de hierro y un martillo).

D.^a RICARDA *(su voz rompe inesperadamente el silencio con acento de profunda satisfacción)*.

Gracias!—Eso ya es otra cosa!

D. CARLOS (*imponiendo el silencio*).

Chist!...

(*Andrés vuelve al Corsario y penetra en él. Todavía experimenta una suprema vacilación, mirando á la casa con la barra levantada en alto. Su figura sobre el banco de la barquilla resulta siniestra, pero admirable, con líneas rígidas y duras de fuerza. Estallan dentro grandes aplausos que celebran el término del brindis y como decidido é impulsado por aquella explosión de alegría, levanta los brazos y hiere el fondo de la barca que se balancea locamente con él. Después, lentos, acompasados descarga otros golpes con un crugido de toda la madera*).

ANDRÉS.

Bebe, Corsario! Bebe, traga el agua de la mar!

(*El tío Monteverde llega por la playa completamente borracho, la calva al descubierto, la montera en la mano y se detiene junto á la choza*).

MONTEVERDE (*amenazando con el puño*).

Tramposos!... Fullerentos! (*palpándose los bolsillos*) Me limpiaron toito el tabaco! (*balbuceando, con hipo pertinaz*)—Si había salío er três y yo me arreservaba con er caballo... como fué que salió er condenáo

tres otra güelta?... ¡Fullera! Trampa! (*De nuevo é inútilmente busca en sus bolsillos*) Naa... ni un mardecío cigarro! (*avanza hasta llegar frente á la ventana y allí se detiene con las piernas muy abiertas para lograr el equilibrio*) ¡Jesús... qué resplandores!... Paece incendiáa la casa... Pó's esos tamién se divierten! (*con el rostro pegado á los cristales*) ¡Ay, mi comendante! siempre er mesmo... y como llena el vaso á la Conchilla! (*con exageración de borracho*) ¡Jasta allí llegó la fenura y de allí no pasó!... Dále gracias, marcriá!

D. CARLOS (*dentro*).

La Concha! La Concha!

PACO.

¡Animo, Conchilla, ánimo!

(*Gran algazara en el comedor. Andrés, entre tanto, encorvado en el fondo de la barquilla realiza su obra á golpes de martillo*).

MONTEVERDE (*suspenso, ante los cristales*).

¡Pó's qué demonches la quieren?

D. CARLOS (*confusamente*).

A brindar, chica, no hay más remedio!

PACO (*voz muy clara*).

Sobre la mesa! (*Aumenta el bullicio, algunas copas se caen, rompiéndose. Todos ríen*).

MONTEVERDE.

¡Pá qué la subirán sobre la mesa?—
Condenáa, que vás á jacer entre tanto señorío?

VOCES (*muy confusas en el interior*).

Silencio! chist!... silencio!

D. CARLOS (*después que se restablece la calma*).

A la una! A las dós! A las...

CONCHILLA (*de pronto, esforzando su voz infantil*).

Milores y madamas!... (*su voz se pierde en un murmullo ininteligible*).

MONTEVERDE.

Y si atreve! Y está jablando!... Que dirá?... Ave María purísima!.....—Náa oigo.—Eh! Callarse tóos! (*Los golpes del martillo se perciben sordos y acompasados en el silencio de la noche*). Yo tamién quieo oír! Es mi jija (*pausa*) Siempre er mesmo gorpel (*de nuevo pretende escuchar pegando el oído á la ventana*) Náa! Y dále que dále! (*con acento de cólera*)—¡Silencio vos digo,

que no me dejan oír!... (*comprendiendo de pronto de donde parte el ruido*) Pos si es allá abajo (*esforzándose por ver*)—¡Condenáo, quien séas, que jaces ahí á estas horas?

ANDRÉS (*con voz breve*).

Ya lo vé.

MONTEVERDE.

Náa veo.

ANDRÉS.

Ni páqué.—Váya á dormir.

MONTEVERDE (*de pronto sumiso y separándose de la ventana*).

Está bien... (*para sí*) Ni un cigarro! (*se detiene indciso*) Oye: tú que jaces?

ANDRÉS.

Cuando los viejos se ajuman, los hijos han de velar y trabajar.—Náa: una avería del Corsario.

MONTEVERDE (*con hipo sollozante*).

Y no me dás un cigarro?

ANDRÉS.

Tóme. (*Le arroja una petaca de cuero. El viejo al buscarla torpemente, concluye por caer sobre la arena en el centro del paisaje. Ya no vuelve á levantarse*).

MONTEVERDE.

Gracias, mi hijo. (*Apenas acieria á hablar ni á liar el cigarrillo*) Y eso... es cosa de cuidiao?

ANDRÉS.

De mucho, me parece. Pero aquí estoy yo. Una herida en el costáo, como quien dice en el corazón.

(*De pronto estalla en la casa una tempestad de bravos y aplausos*).

MONTEVERDE (*levantando la cabeza*).

Eh! Que será eso?

ANDRÉS (*saliendo del Corsario con las herramientas para llevarlas á la choza*).

No haga caso. Duerma.

MONTEVERDE (*muy torpe*).

Paéceme que esas parmáas... son pá ella.

ANDRÉS.

Quien es ella?

MONTEVERDE.

Tu hermana. Vale mucho. Está destinada á grandes cosas.... No ti paéce?

ANDRÉS.

Sí.

(*Un largo silencio. En la casa se oye rasguear una guitarra.*)

MONTEVERDE (*como despertando*).

Que jacías tú, muchacho?

ANDRÉS.

No lo dije?

MONTEVERDE.

No mi acuerdo.—Aspéra... me paeció que machacabas, machacabas... ¿Rompías piedras de calbón?

ANDRÉS.

Eso.

MONTEVERDE (*riendo estupidamente*).

Miá tú lo que son las cosas!

ANDRÉS (*acercándose inquieto*).

Como són?

MONTEVERDE.

Imaginaba que las marditas piedras al quebrarse, se quejaban como argo vivo.

ANDRÉS.

Feguraciones. Duerma.

MONTEVERDE.

Ar móo, así serían. (*riendo*) Paecióme que matabas á arguien.

ANDRES.

Vd. si que se mata bebiendo.

MONTEVERDE (*llamándole por señas*).

Oye. (*con voz misteriosa*) Pá bebías de caliáa... allí drento.

ANDRÉS.

Duerma.

MONTEVERDE (*volviendo á su primera idea*).

Ni un cigarro! Afegúrate que yo tenía er caballo de bastos y lo juego confiáo... y miá tú... sale er tres de bastos y lo mata... lo mata de un gorpe. Espera tú!... Eso es lo que yo oí endenantes... que eran como gorpes y gritos... eso mesmo! (*muy satisfecho de su descubrimiento*) Fué cuando er tres mató ar caballo! (*apenas se le entiende; al fin concluye por dormir, tumbado de espaldas sobre la arena*).

ANDRÉS.

Eso sería. (*Sin poderse contener, los ojos clavados en el Corsario*) ¡Ah, viejo, tú tam-

bién has olfatiáo la muerte! ¡Si está en el aire, si el mar lo grita! *(Lentamente vá á la playa, atraído irremisiblemente por el Corsario. Su figura se destaca entre las sombras, de cara al mar, los brazos cruzados sobre el pecho. Conchilla sale de la casa cautelosamente llamando por señas á Paco que la sigue).*

CONCHILLA *(con voz tenue).*

Vén... és un gran secreto!

PACO *(copiando su acento ponderativo).*

¿Secreto?

CONCHILLA *(con solemnidad exajerada).*

De mitá con la santá de tu hermana!

PACO *(riendo sin motivo).*

Que es ello? *(Conchilla le mira fija y seriamente, él sigue con cómica exajeración)* ¡Gravísimo?... Habla!

(Los dos se miran en silencio y rompen á reir).

CONCHILLA *(llorosa de pronto).*

¡Si tu supieras!

PACO *(lo mismo).*

¡Si yo supiera!

CONCHILLA (*riendo*).

Bóbo! Bóbo! (*Otra vez llorosa*) Argun día (*calla un momento*)... entonces sabrás como te quería esta pobre Conchal!

PACO.

Bueno. Tendremos paciencia.

CONCHILLA (*reventando por decirlo*).

Dichoso tú que puées tenerla!—Una cosa... atróz de cariño!

PACO.

Voy á preguntarlo á Angelina.

CONCHILLA (*deteniéndole*).

No.

PACO.

No?

CONCHILLA (*con acento mimoso*).

Que nó... Que no quiero...

PACO.

Pues me voy.

CONCHILLA

Espera!... No hables así que me dá angustia... Aunque nó: bien miráo, tú no debes quererme, ni menos decirlo... por

más que en el fondo me conserves un poquitito de ley (*con efusión repentina*) ¿Verdá que me has de querer siempre?

PACO.

Ya lo créo.

CONCHILLA.

Me querrás mucho, muchísimo; pero cuidiao con decirlo... ni á mí! Y yo debo paecer mucho... ¡mucho!... verte del brazo con tu señora pasando por la Alaméa y alegrarme... sí, alegrarme, aunque después llore... y... (*De pronto*) ¡Ya véis si tóo esto es dificurtoso! (*Con mucho dolor que resulta verdadero*) ¡Es pá ajogarse de pesambre! (*De nuevo domina aquel impulso y resulta afectada*) Pero esta es la obrigación y hay que cumplirla.—Tiene esto mérito?—¿Sí ó nó?

PACO.

Ya lo créo. Pero, díme: porqué te has portado tan mal hoy. Has sido ingrata, inconveniente.

CONCHILLA (*sonriendo*).

Siéntate aquí.—No quieres?—Bueno... pós seguiremos á pié firme.—Oye tú: yo

fuí mala; quería romper por tóo y tomarte en brazos y contigo correr hasta la fin del mundo... pero, ahora...—Ahí está el secreto... náal Que no lo puéo decir...

PACO (*riendo*).

¡Pero si lo has dicho!

CONCHILLA.

Que nó... calla... no te rías.—Esto es muy triste! Es pá llorar sin consuelo!... Y el busilis está en que debo reir, en que debo estar contenta... (*con exagerado alborozo*) Y lo estoy!—¿Verdá, Rey de mi mi vida, que estoy contenta? Verdá?—Mírame, bóbo.

PACO.

Sí, Conchilla, eres muy buena; pero nada de eso es necesario...—Quien te dió esas flores?

CONCHILLA.

Sí! Es necesario... pero no te aflijas.—Estas frores las merqué pá paecerte guapa.—Espera: (*con mucho misterio*) Tú, náa sabes de esto... de esto... es decir de lo otro... Tú, vives con tu mujer sin pensar

en mí, sin recordarme pá náa, sin remordimientos... porqué... una probe muchacha como yo, nunca debe ocupar tu imaginación, ni ser causa de pecáo que te condene en la otra vida...

PACO.

Buena mezcla! Buena! Ya se conocen las manos que trabajaron la masa. ¡Si dan ganas de llorar y de reir!

CONCHILLA (*muy extremosa*).

Ríe, Rey de mi arma, ríe!—Llorar tú?... Eso queda pá mí; pero tu nunca debes saberlo...

PACO.

Tú llorar?

CONCHILLA.

Ya lo créol... Máres de lágrimas!... Pero esto no debe producirte amargura: es mi obrigación y además... (*Muy seriamente: resulta grotesca*) ¡Sabes tú el contento interior que llega cuando la boca se abre pá el perdón, cuando las rodillas se doblan pá rezar, cuando tóo lo que está aquí

drento se decide de mala gana á la obra magnífica del sacrificio?

PACO (*riendo y desilusionado por lo grotesco de la frase*).

Eso no es tuyo. Hay anduvo la mano de Angelina.

CONCHILLA.

Eso és. Verdá que es bonito?... Yo no sé decirlo bien...—Y además, sabe... pero esto en voz muy bajita... no me tengas mucha lástima, porque cuando yo esté en la hora de la muerte, con los ojos fecháos, muy fecháos... así... con el alma ya hundida en la mar de la eterniá, una mar sin fondo, sin playa, ocurta, negra, calláa... entonces Dios me mandará una visión divina, como una gran luz en las tinieblas, la visión de tu felicidad y de tu sarvación por mi causa, por mi cariño, sin sentir como entoavía siento esta desgarradura de los celos, ni este tormento de la envidia, ni estas cosas, estas cosas rebeldes que están dentro de mi cuerpo y lo empujan impacientes en esta vida al tuyo, prometido pá la otra vida, pá la otra... pá la otra de allá arriba...

PACO.

Cálmate chiquilla. Has bebido mucho. Todo eso es delirio de dos románticas que bebieron anisado. Estás echando fuego. (*acariciándola. Ella aferrada á su cuello.*)

CONCHILLA.

Ay, niño mío, esto se concluyó! Que lástima tan grande, Virgen Santísima!

PACO (*estimulado por un deseo repentino de posesión.*)

Se concluyó? Y porqué?

CONCHILLA (*siempre aferrada á su cuerpo.*)

Y parecía que no había de tener fin! Virgen Santísima!

PACO (*en voz baja.*)

Escúchame, Conchilla...

CONCHILLA (*sustraida á la realidad.*)

Ir con él á La Baja! Una sola vez! La última! Virgen Santísima!

PACO (*siempre en voz baja pero con acento persuasivo.*)

Lo quieres?... Lo quieres?

CONCHILLA (*separando los brazos de su cuello*).

Atiende... ¿Oyes las voces de la mar? No parece que nos llaman!... Escucha, escucha, niño de mi corazón.

PACO (*estrechándola y acorralándola*).

Quieres ir? Conmigo?

CONCHILLA.

Escucha... No entiendes?... Yo sí...— Dice que guarda un secreto pá hacernos felices... (*de pronto se detiene vacilante y al fin sigue*) Oye... tú...

PACO (*acentuando mucho*).

Quieres ir? Dílo!

CONCHILLA

Oye.... ¡Si fuera verdad!.... Quien sabe?...—La mar es tan grande... tan honda!

PACO (*arrastrándola*).

Vamos.

CONCHILLA (*de pronto como si volviese á la realidad*).

Adonde?

PACO.

A La Baja... á la mar!

CONCHILLA (*conteniendo su inmensa alegría*).

Yo... y tú?

PACO.

Los dos!

CONCHILLA.

Ahora?

PACO.

Pues ahora!

CONCHILLA.

Y esos?...

PACO.

Que nos importa de esos?

CONCHILLA (*encogiéndose de hombros, de pronto decidida*).

Pos miá tú que es verdá! Y á mí qué?
(*Los dos abrazados se dirigen á la playa y en mitad del camino descubren al viejo dormido*).

PACO.

Quien és.

CONCHILLA.

El viejo. (*Riendo*) Jumerá del domingo. (*De pronto se siente conmovida é inclinándose le besa*) Toma, pobre viejo! (*Después continúa su marcha y desde la orilla tiran de la amarra que retiene al Corsario*).

ANDRÉS (*surgiendo de la sombra*).

Adonde van?

PACO.

Quien és?

CONCHILLA (*volviendo rápidamente la cabeza*).

No te importa.

PACO.

Vamos hasta La Baja.

ANDRÉS (*como si se tratase de algo imposible, absurdo*).

Ahora?... Ahora?

PACO (*riendo é imitándole*).

Sí... ahora!—Mar quieta y brisa fresca.

ANDRÉS (*repitiendo estupidamente su pregunta*).

Pero... ahora?... ahora?

CONCHILLA (*ya dentro de la barca*).

Pues que tiene de extraño? (*á Paco bajando la voz*) Entra. Toma los remos hasta la Puntilla y después echaremos la vela.

ANDRÉS.

Ahora? — Ahora? (*Corriendo hasta el sitio donde duerme su padre*) Padre! Padre!... Despierte! (*Su voz revela grandísima angustia; al sentir inevitable la catástrofe, comprende todas sus consecuencias y se acobarda*).

MONTEVERDE (*sentándose, con los ojos cerrados*).

Que hay?

ANDRÉS.

¡Atienda, por Dios, á esto que le digo!
Atienda! Despierte!

MONTEVERDE (*tartamudeando*).

Bueno, hombre, bueno...

ANDRÉS (*sacudiéndole*).

¡Mire que nos vá la honra y la vida!...
¿Me oye?

MONTEVERDE (*dormido*).

Sí, hombre sí...

ANDRES.

La Concha se vá en el Corsario... conesel... con el hijo del Comendante!... En el Corsario!... La Concha!... Dígale que se quedel... Entiende?

MONTEVERDE.

Sí... sí...

ANDRES (*desesperado*).

Hable! Despierte! Remedie esto... ¡esto que es horrible!...—¿No sabe lo que va á pasar?... Escuche! Padre! (*sacudiéndole con furia*) Padre!!... Inútil! Borracho! (*Suelta el cuerpo que cae sobre la arena. Mientras tanto el barquichuelo se separa de la orilla: Paco lleva los remos, Conchilla vá al timón. En la casa el rumor de la fiesta, que ya es orgía, llega á su máximo; la guitarra suena furiosamente un tango. Angelina aparece en la puerta, mientras Andrés corre á la playa y grita*) Eh!... Aquí!... No se sale!

CONCHILLA.

Tú no mandas!

ANDRES.

A tierra! Al momento! Yo lo quiero!

CONCHILLA.

El padre en tóo caso.

ANDRÉS.

El lo dice!

PACO (*riendo*).

Boga! Hasta la vuelta! Boga!

ANDRÉS.

Bueno. Póos yo iré también! Esperarme!

ANGELINA (*acudiendo á la playa*).

Adonde vais?

PACO (*riendo*).

Al otro mundo! Bóga!

ANGELINA.

Y tu palabra Concha?

CONCHILLA (*lastimosamente*).

La última vez, la última!

ANGELINA.

Eso no está bien.

ANDRÉS.

Atraca ó salgo á nado! (*despojándose del traje*).

ANGELINA (*aferrándose á él*).

No!—Tú no! (*á Paco*) Huye! Aléjate!
(*El Corsario apenas se divisa en la sombra*).

ANDRÉS (*forcejeando*).

Conque yo nó! Nó? Nó?

PACO.

Boga!

ANDRÉS (*á Angelina*).

Llámales! La lancha está rota... rota!

ANGELINA.

Mentira! Huye! (*á Paco y siempre aferrada á Andrés*).

CONCHILLA (*desde muy lejos*).

Perdóneme.

ANDRÉS (*deshaciendo con supremo esfuerzo de Angelina*).

Espera!

ANGELINA (*abrazándose á sus rodillas*).

Sigue! Sigue!

ANDRÉS (*cediendo de pronto*).

Bueno.

(*Ambos permanecen silenciosos y jadeantes*).

ANGELINA (*con voz rápida llena de cólera y emoción*).

Que pensabas? Creías que no había de entenderte? Si ya no vivo en las nubes! Si ya no soy ángel! Soy mujer y entiendo estas cosas abominables que antes no imaginaba!... ¡Si ya no necesito escuchar la palabra; si mis miradas penetran por tus ojos y llegan al calabozo de tu conciencia y sorprende el crimen, la idea de muerte que te empujaba á acompañarles!

ANDRÉS.

Que idea? Diga... diga!

ANGELINA.

Valerte de tu fuerza, de ese argumento irresistible de trabajador aprendido rompiendo piedras! Ahogarle entre tus brazos... lanzarle al abismo... qué se yó?... matarle!... No para vengar tu honra... ¿tú, que sabes de cosas del honor?... para vengarte en lo que más quiero, para consolarte estupidamente con la igualdad horrible del dolor!—Pero, yo vélo! Vengo á la lucha, llégo á tiempo, á tiempo de salvarles... y les salvo!

ANDRÉS (*con acento indefinible*).

Vd.?... Vd.?... Tú!

ANGELINA.

Como sobre el volcán, junto á la cruz desolada, sobre el abismo negro, te devuelvo tus palabras impías.—¿Piensas que todo esto lo hizo Dios?...—Mentira!—Yó, yó, la débil mujer, yo lo hice!

ANDRÉS.

Tú!

ANGELINA.

Yo ablandé mañosamente el corazón romántico de Conchilla, confieso el crimen! Clavéle en el alma la pasión del sacrificio! Ella renuncia á ese amor origen de pecado, de remordimiento tardío, tal vez de condenación eterna! Todo iba bien! Mi hermano estaba salvado! Salvado!

ANDRÉS.

Cállate! No sigas!

ANGELINA (*siempre rapidamente*).

Nó, si todavía no he concluído...—Salvado!... Y ahora, cuando un accidente

imprevisto iba á comprometer mi obra, cuando la casualidad iba á ponerlo en tus manos, llégo á tiempo para impedir que les acompañes, para hacerles ir solos... solos!

ANDRÉS (*con mucha energía*).

Adonde? Adonde?

ANGELINA (*sin responderle*).

No sé... no sé...

ANDRÉS.

Adonde?... Pero, dílo!

ANGELINA.

Adónde sea!—A la vida que tú pretendías arrebatarle!

ANDRÉS.

A la vida?... Y tú imaginaste tóo *eso!*—Tú, Providencia?—Tú has creído salvarles alejándoles de esta orilla, del contacto de estas manos?

ANGELINA.

Salvados!

ANDRÉS (*los dos extremadamente agitados*).

Tuya esta obra?—Tuya!—Y la tienes por buena?—Y es buena?—Pero, no sientes frío bajo esas plumas de ángel de la guarda?—Nada?—Nada?

ANGELINA.

Salvados! Por mí!

ANDRÉS.

Sabes lo que pienso?—Que tanta infamia no puede salir triunfante! Que alguno ha de vengarnos, á nosotros pobres de espíritu que no atinamos con tales sutilezas! Que aun espero!

ANGELINA.

Esperanza en tí?

ANDRÉS.

Esperanza de muerte!—Esperanza de que la mano de Dios...

ANGELINA.

No profanes su nombre!

ANDRÉS.

Pues bien no hablaré de Dios!—Hablaré de la mar!... de esa mar que en

argo se le parece!... cómo El grande, profunda, impenetrable en sus furores como en sus misericordias! (*Señalando hácia el mar con violento gesto que sobrecoge á la Sta. de Vélez*)—Allí están! Tú, Providencia se los entregaste! Están en la mar! Por tu culpa! Por tu voluntad! Ay de ellos si te equivocas! (*Quiere alejarse*).

ANGELINA.

Que dices?—Andrés!

ANDRÉS (*en la playa, destacándose fuertemente enérgico y trágico*).

Digo que ván sobre el abismo en una tabla carcomía! Que el Corsario vá herido de muerte! Que el Arrecife es peligroso y ellos solo atienden á besarse! Que la playa está solitaria... que los míos duermen rendidos por el trabajo... y esos, los tuyos están borrachos! Ni una lancha pá ir en su busca... ni una mano que les defienda!— Que la sombra tóo lo traga... que el rumor de las olas sorbe los gritos de socorro, de agonía y de muerte! Que están sólos, sólos con la mar! Y que nosotros, tú y yó, estamos reducidos por fuerza á esperar,

á esperar atados de piés y manos, temblando de miedo, en esta playa, los desig-
nios de tu Providencia! (*desaparece muy
agitado por la playa dirigiéndose hácia la dere-
cha del paisaje*).

ANGELINA.

Andrés! Andrés!—Espera! Quiero ir
contigo!

MONTEVERDE (*despertando*).

Quien grita?—Eh! Tú!

ANGELINA (*acudiendo á su lado*).

Agustín, responde por Dios y su santa
madre!—Corren algún riesgo en el mar?

MONTEVERDE (*con lengua muy torpe*).

En la mar! Nó... en la mar no hay peli-
gros... la mar es mía...

ANGELINA (*sacudiéndole para despertarle*).

Mira! Indaga!—Tú debes saber de
esto...—¿Hay señales de tormenta?

MONTEVERDE (*riendo estupidamente*).

Tormenta?—Bah!

ANGELINA.

Dicen que tus ojos alcanzan á ver desde muy lejos...

MONTEVERDE.

Eso dicían en mis tiempos... Eso era... asperarse un poco... fué eso, que el Comendante...

ANGELINA.

Mira hácia allá... en el mar... al través de las tinieblas...—Les descubres?

MONTEVERDE.

Pos náa véo...

ANGELINA.

Nada?—Por Dios! Mira!... Despierta!

MONTEVERDE.

Ah, sí!—Es mi comendante! Viva mi comendante! (*La exclamación en el punto en que se abre la puerta y aparece, en la fulguración de la luz, D. Carlos con una guitarra. Lleva traje de americana azul y chaleco blanco; la expresión dura de su semblante persiste apesar de la borrachera.*)

ANGELINA (*corriendo á la playa*).

¡Solos... solos!

D. CARLOS.

¡Hola viejo! Porqué no entraste?

MONTEVERDE.

Viva mi comendante!

D. CARLOS.

Para tí la guitarra! (*entregándosela*)—
Vamos á cantar el *Mambrum*!

MONTEVERDE.

Entoavía se recuerda de aquellos tiempos (*Los dos ríen estúpidamente. El viejo comienza la canción; su voz es ronca y estropajosa. A veces el comandante refuerza el canto con la suya de bajo profundo. Angelina está en la playa*).

Malbrum se fué á la guerra,
Bironton, chicotin, tiranilla la leva,
Malbrum se fué á la guerra
no sé cuando vendrá!...

D. FLORENCIO (*en la ventana con una botella*).

Estás muy acalorado!

D. CARLOS (*riendo*).

Borracho! Dí toda la verdad.

D. FLORENCIO (*obstinándose*).

No, señor, nó! Estás acalorado... como yo... y ese vientecillo fresco de la mar puede hacerte daño. Lo advierto como médico!

D. CARLOS (*riendo*).

Y yo lo niego como marino!

D.^a RICARDA (*apareciendo por detrás de su marido*).

Si continúas hablando en esta ventana vás á enfermar de pulmonía.

D. CARLOS.

Eso quisiera él para prueba de su tésis!

D. FLORENCIO (*furioso, como si le hubieran inferido una grave ofensa*).

Venga esa pulmonía, si ha de servir para convencer á un ignorante! Acepto el papel de víctima!—El martirio por la ciencia!

D.^a RICARDA (*pasándole un gabán*).

Abrígate, viejo loco...

D. FLORENCIO (*apartándola*).

Mujer!

D. CARLOS (*riendo*).

Un mártir con gabán!

D. FLORENCIO.

¡Aparta, sirena, tu cariño no conseguirá
distraerme del cumplimiento de mi deber!
Aparta, sirena!

D. CARLOS.

Una sirena en escabeche!

D.^a RICARDA.

Groserote! Barquero!

TERESA (*en la ventana*).

Por Dios, papá!

D. FLORENCIO (*con ademán trágico*).

Otra!... La madre!... La hija!

D. CARLOS.

El gabán es de cobardes!

D. FLORENCIO (*levantando las manos al cielo*).

Cobarde me ha llamado!

D.^a RICARDA (*á D. Carlos que ríe estrepitosamente*).

Calle V., pícaro!

D. FLORENCIO.

Apártense, señoras... *(al Comandante)*
Ya verás! En camisa he de salir! *(Despojándose de la levita)* Me ha llamado cobarde!
(Desaparece en el interior de la casa).

D.^a RICARDA *(afigidísima en la ventana).*

Vé V. como le ha puesto?—Un hombre tan pacífico!—Ahora enfermerá y para mí los apuros...

D. CARLOS.

No tenga V. cuidado. Esto es salud.

ANGELINA *(en voz baja á su padre y llevándole aparte).*

Papá... escucha...

D. CARLOS *(cariñosamente).*

Que quieres, chiquilla?

ANGELINA.

Paco está en el mar...

D. CARLOS.

En el mar? A esta hora?

ANGELINA.

En el mar... con la Concha!

D. CARLOS (*comprendiendo y tapándole la boca*).

Chist!... Ese no es asunto para señoritas... No te mezcles en eso...

ANGELINA.

Hay peligro!

D. CARLOS.

Donde? Peligro con este tiempo tan hermoso?

ANGELINA.

Escúchame...

D. CARLOS.

Nada... Nada... Habrá pícaro!

D. FLORENCIO (*en mangas de camisa y pantalón negro—usa gafas de oro. Bajo la acción inusitada del alcohol su tipo de hombre tímido y pacífico se ha transformado grotescamente: agresivo y terco manotea furioso*).

¡Con que el gabán es prenda de cobardes?... De cobardes!—Pues allá voy sin coraza! A la conquista de la gloria! A tomarla por asalto!

(*Sale corriendo por la playa hacia la izquierda. El comandante ríe desesperadamente, apretándose el vientre*).

D.^a RICARDA (*arrastrando su mole respetable en persecución del esposo emancipado*).

—Viejo mío!—Florencio!...—¿Adonde vás?—Ya vé V. (*con ira al Comandante*) recreése V. en su obra!—Florencio! (*perdiendo la paciencia*) Viejo endemoniado! (*Desaparece en la misma dirección*).

TERESA (*que sale de la casa*).

Papá!

D. CARLOS (*riendo siempre*).

A ese paso no se detienen hasta llegar á Atlántica!

TERESA (*acongojada*).

Y ríe V. padrino? Mal corazón!

ANGELINA (*tomándoles de las manos*).

Silencio, por Dios!—¿Nada oyeron?

TERESA.

¿Que tienes?—¿Que pasa?

D. CARLOS.

Chiquilla, tú también bebiste?

ANGELINA.

Un grito!

D. CARLOS.

La voz de mi comadre.—Vamos, sígueme... apóyate en mí.

(Desaparece con Teresa por la playa siguiendo á D. Florencio. Monteverde se ha dormido abrazado á la guitarra. El silencio es profundo. Por las ventanas del comedor abiertas de par en par se descubren la mesa del banquete arrasada; la luz del interior ilumina una parte del paisaje haciendo aparecer más densas las sombras de la playa).

ANGELINA *(en voz baja)*.

Dios mío!... Madre mía de la Soledad!...—Sólos!... Sólos!... *(Con grito prolongado que vibra en el silencio de la noche)*—Paco! *(Todo vuelve á quedar en silencio)*.—Respondieron? *(Dirigiéndose al viejo borracho)*—No es verdad que respondieron, Agustín?—Despierta! Anímate!

MONTEVERDE *(medio dormido)*.

Otra güelta? Ah, Concha mardita!

ANGELINA *(casi abrazada al marinero, amparándose de él)*.

Calla! No maldigas á tu hija! Ojalá fuese ella la que á tí se ampara! Soy yó,

Angelina... Atiéndeme! Escucha los ruidos que llegan del mar!—Nada oyes?—Habla por Dios, que me espanta este horrible silencio!

MONTEVERDE (*resignándose á la voluntad de la señorita*).

Bueno. Póseguiremos cantando.

La dama se acongoja
Bironton, chicotín, tiranilla la leva,
La dama se acongoja
y á la torre se vá...

(*Canta en voz baja, la voz es monótona, estro-pajosa... pronto deja de cantar y sigue ras-gueando la guitarra. El instrumento muy des-afinado*).

ANGELINA (*desde este momento el terror la inva-de hasta dominarla. Huye del recuerdo de las palabras de Andrés, del silencio, de la sombra y de la soledad y encuentra como único amparo el cuerpo del borracho*).

Calla, calla por María Santísima! Ese sonsonete estúpido va á ser desde hoy la eterna pesadilla de mis sueños!—Escúchame: verdad que no hay peligro? Verdad que *eso* no puede ser?

MONTEVERDE (*complaciéndola*).

No puée ser... nó...

ANGELINA.

Eso es lo que yo decía! Eso mismo. (*perdiendo de nuevo la confianza*) Pero, sabes tu acaso lo que dices? Me entiendes? (*El viejo no responde*) ¡Virgen de la Soledad. apiádate de todos... de todos! (*de rodillas, sollozante*)—Pero, Dios mío, que horrible silencio, que horrible soledad!—Habla, hombre, habla, rompe este silencio que me dá miedo! Habla... pero no cantes... eso nó... todavía siento *eso* en mis oídos!—Sabes rezar? (*Desesperada*)—Vamos, hombre, despierta! Como has podido beber tanto? Parece imposible... ¡Todos borrachos, inútiles! ¡Será esta la voluntad de Dios?—No: Dios no puede haber determinado su muerte!—Reza conmigo, Agustín... repite mis palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos.....* (*su voz se pierde en un murmullo confuso, mientras el viejo rasguea inconscientemente las cuerdas de la guitarra; de pronto su voz se eleva sollozante con expresión de invencible angustia*) ¡...y perdo-

na nuestras deudas! Nuestras deudas!... Todas!... La de mi padre, la de mi hermano, la mía! Misericordia, señor!— Agustín! Agustín! Es necesario que despiertes y me escuches y me comprendas! No hay tiempo que perder! Es preciso que perdones, tú... tú el más ofendido! Mírame en tierra. Es la hija del Comandante la que se humilla ante el viejo siervo! La hermana de Paco que grita perdón para su hermano ante el padre de Conchilla! Es toda mi raza la que por mis labios pide perdón á la tuya!

No importa que seas pobre é ignorante, no importa que estés borracho... quiero que les perdones, que nos perdones á todos para que Dios nos perdone! Habla, por piedad, habla pronto! Quien sabe si en este momento se fragua lo irremediable! Dí que nos perdonas! Dílo!

MONTEVERDE (*con énfasis de ébrio*).

Bueno... por mí... toos perdonáos...

ANGELINA (*con tono fervoroso*).

Eso! Gracias! Ahora estoy más tranquila... Ahora puedo esperar... (*asaltada*)

de nuevo por la desconfianza) Pero tú me has entendido bien? Sabes lo que has perdonado? Me oyes?...

MONTEVERDE.

Síí... mujer.

ANGELINA.

Bueno.—(*No puede permanecer callada*) Oye, Agustín: no te parece que convendría hacer algo... algo... Llamar?... Buscar gente?... auxilio humano en espera del divino?—Es necesario que venga alguien... ¡no los míos! Los míos no sirven... Los tuyos, sí. Verdad? Hay que despertarles... los pobres duermen rendidos por la fatiga... pero ellos son buenos, fuertes, saben luchar con las olas... ¡Hay que golpear á las puertas!

MONTEVERDE.

Eso.

ANGELINA (*levantándose*).

Eso és. Descansa; yo debo ir... que preparen un bote... no es cierto?

MONTEVERDE.

Er Corsario.

ANGELINA.

El Corsario? Pero no has entendido lo que pasa?—Dios mío este hombre está borracho! (*Retorciéndose las manos*) No hay otro bote en esta playa?

MONTEVERDE.

Toos se fueron pá la otra banda... al calbón...

ANGELINA.

Ninguno?

MONTEVERDE.

Er mío... er Corsario...

ANGELINA.

Virgen de la Soledad! Sólo... sólo! (*procurando serenarse*) Vaya, Angelina, valor... ¡cuidado que estoy excitada! Y tal vez sin motivo!

MONTEVERDE.

Claro! (*De nuevo se tumba en la arena*):

ANGELINA (*de improviso*).

A la playa! A gritar! A llamar! (*En la orilla, viniendo de la derecha aparece, entre las*

sombras, Andrés llevando en brazos el cuerpo inerte de Conchilla. Su respiración se oye entrecortada, su cuerpo se encorva rendido, las ropas chorreando agua. La cabeza de Conchilla cuelga y de ella, aun sujeto el ramillete de flores blancas — Angelina se detiene rígida por el terror, sin distinguir claramente los detalles del grupo). — Jesús! (retrocediendo) Ese! Ese! Quien es ese, Agustín, quien es ese?

ANDRÉS (voz muy sofocada).

Yó... Andrés... (Sus fuerzas se acaban y vacilando cae en la orilla con su blanca carga).

ANGELINA.

No! Sino es eso! Ya te conozco... Lo otro! Lo que tráes! Eso que te rompe los brazos... eso que te dobla las rodillas... eso que te tumba en el suelo!

ANDRÉS (incorporándose—el cuerpo de Conchilla queda abandonado en la playa).

No, todavía puedo... espere... espere... (avanzando con los brazos extendidos) Venga á mí!... De mí náa tema! (La emoción y el cansancio ahogan su voz, á cada palabra se detiene para tomar aliento). — He lucháo mucho... he sufrido mucho... vengo muerto! (Sollozando á gritos) Piedá! Perdón!

ANGELINA.

Si piedad, perdón! Eso te digo, eso clamo á gritos!... Piedad para todos! Yo también me humillo ante tí, ante Dios cuya voluntad quise torcer!... Yo me someto! ¡Pero díme... que es aquello!

ANDRÉS (*deteniéndola*).

Espere... luego... yo le diré...

ANGELINA.

Que es esto?—Estás chorreando agua!— De donde vienes?—Del mar! (*con voz enronquecida*) Calla! Entonces... aquello és?...

ANDRÉS.

Lo que pude salvar! Lo que saqué á tierra son riesgo de mi vida... (*muy bajo*) el cuerpo... náa más.

ANGELINA (*cayendo de rodillas*).

Jesus!

ANDRÉS (*bajo—su voz resulta monótoua*).

El cuerpo de mi hermana...

ANGELINA.

Jesus!

ANDRES (*de la propia manera*).

El alma queóse allá, allá abajo, agarráa al otro... al otro que no parece...

ANGELINA (*con voz estridente*).

Calla! No quiero oír... no quiero saber... que nó! (*De pronto*) Mi hermano ha muerto!... (*Andrés calla obstinadamente*) Porque te callas? También esta noche maldita se te ha metido en el alma? Tu también eres sombra y silencio!—Dónde está mi hermano?—Tú lo has matado! Tú! Tú!

ANDRÉS (*tiritando*).

Oh nó! A salvarlo iba!... Por eso fuí á nado... lejos... muy lejos... ¡llorando, gritando!... he sufrido mucho... solo yo pueo saberlo! Mire: he tenido miedo!—En medio de la mar, en la tiniebla, en el silencio!... Creí volverme loco de miedo!

ANGELINA (*postrada en el suelo, con voz ronca*).

Sigüé... sigue.

ANDRÉS.

Náa más.—Pregunta por él?... A él no le ví... hundióse sin duda antes... no supo

nadar ó le arrastró la corriente ó cayó bajo la lancha... no sé... no le ví. (*Su voz monótona hasta ahora se anima de pronto*) Ella sí... luchaba pataleando como un perro que se ahoga... la alcancé... la traía viva, salva! (*Levantándose la manga de la camisa*) Mire aquí... me mordió... rasgaa, sangrando la carne... fué un dolor horrible... y la solté!... (*su voz vuelve á adquirir el tono monótono, casi indiferente*) ...la solté... quería morir con el otro, el otro sin duda la llamaba... y yo tuve miedo de morir tambien y nadé... nadé huyendo y gritando... y más después torné á divisarla y volví á agarrarla... pero ya no se défendía... y yo pensé que estaba muerta... y la traje... allí está... (*De pronto estremeciéndose de miedo*) ¡Yo no quiero verla! (*tiritando de miedo y de frío*).

ANGELINA (*siempre en el suelo, la cabeza hundida entre las rodillas, de vez en cuando en voz baja murmurá*).

Pero... porqué?... Porqué?... Porqué?... (*De pronto levanta la cabeza y dice con extraordinaria energía*) Escucha: yo le maté! Yó!

ANDRES.

Oh, nó!

ANGELINA (*obstinándose*).

Sí; yó!... Tú no querías... acuérdate.
Tu no querías...

ANDRÉS (*con voz monótona*).

Yo quería salvarles...

ANGELINA.

Eso. Luchaste conmigo... yo me agarré
á tí... Y tú gritabas que el bote iba herido... Acuérdate!

ANDRÉS (*tiritando siempre*).

Yo quería salvarles.

ANGELINA.

Eso... y yo también... pero les maté.
Y tú gritabas que estaban borrachos, que
la noche era oscura, que el arrecife era
peligroso... Acuérdate!

ANDRÉS.

Yo quería salvarles.

ANGELINA.

Yo también... Y dije que aquella salvación no era obra de Dios; que era obra mía! Acuérdate... así fué!

ANDRÉS.

Yo quería salvarles.

ANGELINA.

Sí... yo también... pero les maté! (*Largo silencio — al fin se levanta y dice sencillamente*) No; todo esto es impío, todo esto es falso. Eso no es obra mía, ni del mar; eso... lo hizo Dios! (*Lentamente se dirige á la playa*).

ANDRÉS (*tiritando convulsivamente*).

Adonde vá?... No me deje sólo... Yo también quiero ir!

ANGELINA (*deteniéndose*).

No; tú nó. Tu puesto está ahí, junto á tu padre. Yo voy á buscar el mío! (*Sin poder acallar sus sollozos*) Oh! Maldita deuda! Ya está pagada! Todo se paga! Todo!— (*Conteniéndose*) No; esto no está bien... Vamos á consolarle, vamos á la vida!

Esta miserable criatura está condeñada á vivir! (*otra vez con voz tranquila*) Yo he de decírselo! Yo misma! (*Desesperadamente*) ¡Pero, Dios mío, como se dice esto?... En fin... Dios dirá... allá veremos... Tú ahí... Pobre viejo! Quiérole mucho! Aférrate á su cuerpo para que no sienta frío!... (*rompe á llorar*).

ANDRÉS (*sin poder contener la palabra*).

Angelina! Yo rompí el fondo de la lancha! Yó! (*Cae de rodillas asustado de su confesión*).

ANGELINA (*con un grito amenazador*).

Ah! Tú!... (*serenándose de pronto*) No; tú nó: fué Dios! (*Lentamente desaparece por la playa*).

ANDRÉS (*sollozando con impulso irremediable*).

Ah! Nunca seremos iguales! Ni aun revolcándonos juntos en el abismo del dolor!—(*Acercándose al viejo*)—Padre! Despierte!... Mire!... Su hija!—No me entiende? (*El viejo afirma con la cabeza*—¡Conchilla!... La pobre Concha! Ahogada... muerta!

MONTEVERDE (*tartamudeando*).

Mejor pá ella... (*No se dá cuenta del suceso y continúa cantando en voz baja por largo tiempo*).

Musiú Malbrum ha muerto
Bironton, chicotín, tiranilla la leva,
Musiú Malbrum ha muerto
y yo lo ví enterrar....

LOS INERTES

I

Nacieron en la misma semana y desde el primer estremecimiento en el seno de la madre prensa, los dos periódicos se cuadraron, cruzando los envenenados floretes. Así comenzó aquel combate memorable en que los artículos de fondo estallaban como granadas homicidas y las gacetillas escocían como crueles sinapismos.

¿Quién se acuerda hoy de «La Legalidad», órgano del círculo titulado la Confianza y de su adversario «El Progreso», representante del Centro artístico, literario y científico, dividido en tres secciones: Artes, Literatura y Ciencias? Pues conviene saber que en La Confianza dominaban los elementos aristocráticos ó que por tales se tenían y que su colorete

político era el que entonces se llamaba alfonsino. Tres veces á la semana el órgano del partido dejaba oír sus augustos sonos, pulsado por la mano crasa del Abogado Mejías, sujeto gordo y pálido, de canónica aperiencia, cuyo padre, tío Miguel Mejías, había vendido en otros tiempos quesos de *flor* por las calles de la Ciudad. Dábanle al fuelle, como auxiliares y acólitos modestos, unos cuantos muchachos de buena familia que estudiaban la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla.

El círculo era demócrata, republicano y libre-pensador, desde el Conserje, Juanito el *fañoso*, hasta el Presidente don Cristobal Romero, Capitán de la Milicia nacional, Venerable de la logia masónica y Administrador del Puerto franco, viejo acartonado, mujeriego y guitarrista, el mismo que echó á vuelo las campanas de la Catedral; el día que se recibió en Atlántica la noticia de la gloriosa revolución de Septiembre. Dirigía la sección de Artes el requinto de la banda miliciana, Andresito Sanchez, conocido por Sancho

el Craso, verdadero fenómeno de obesidad casi femenina. Presidente de la Sección literaria era un bachiller del Instituto local, despierto y rubicundo, célebre por haber leído íntegra la Analítica de Sanz del Río y en fin la presidencia de la Sección científica correspondía de hecho y de derecho al profesor de Historia natural del Instituto, un chico peninsular llamado Palomares, moreno, barbudo y miope, materialista implacable y frío, cuyas formidables opiniones consternaban á sus correligionarios que eran, después de todo, buenas personas, inofensivas y hasta sumisas á los preceptos de la Iglesia, por obra de la encantadora *cuquería*, característica de los habitantes del suave país atlántico.

Prescindiendo de El Progreso, que el bachiller Periquito dirigía, tenía el círculo otras manifestaciones de la vida del espíritu, tales como cátedras para los obreros en los salones de la calle del Libre pensamiento (antes del Buey) en que la sociedad se había instalado. Se congregaba allí por las noches una *insalla* de zapateros, carpinteros, herreros y mamposteros, para

recibir lecciones de Economía política, Historia, Física y hasta de Derecho Internacional. De vez en cuando había conferencias y discusiones sobre temas históricos y filosóficos de alta trascendencia. Por ejemplo: si Don Pedro de Castilla debe ser llamado el Cruel ó el Justiciero, juicio que á los ojos de la Historia debe merecer el condestable Don Alvaro de Luna, origen de la especie humana según la revelación y la ciencia (aquí de Palomares) etc. Es fama que una noche dos ó tres abogadillos y otros tantos bachilleres pusieron á Felipe II que no había por donde cojerle. En otra ocasión, disertando el tabaquero Ruiz, andaluz sin pizca de vergüenza, acerca del poder temporal de los Papas, como acertara á pasar *Su Majestad* por la calle (le llevaban el Viático al maestro Nicolás, el Latonero) todas las mujeres y gran parte de los hombres se arrodillaron al oír el *tilín* de la campanilla.

La lucha entre las dos sociedades trabóse al principio en el terreno incoloro y extraño á las ideas, de los bailes de máscaras. Los miembros de las Juntas

directivas recorrían las casas de familia con objeto de comprometer á las muchachas y asegurar una asistencia numerosa; recontábanse febrilmente las parejas y hubo noche en que Joaquinito Perez, el piloto, para obtener la mayoría, metió en el baile del Círculo á sus cinco tías, solteras y mayores de cincuenta, arrebujaadas en colchas de zaraza. En otra ocasión el sargento Sosa se valió de su ascendiente pasional sobre una criada para propinar una purga clandestina á las siete niñas, hermanas de Don Paulino el Mayorazgo, apellidadas las Colaltas, estratagema digna de un Apache, por obra de la cual la Confianza perdió naturalmente siete más-caras.

Con tales antecedentes, imaginaos el efecto que produciría en los elementos del Círculo la noticia de que la sociedad rival pretendía organizar representaciones dramáticas. ¿Y cual fué la obra elegida para el estreno de los artistas del bando retrógrado? Pues una perla, una joya cincelada y purísima de la literatura romántica, *Flor de un día*, como quien no dice nada.

El viejo señor Pelaez, veterano de las comedias caseras del año cuarenta, se encargó de la dirección de escena. ¡Cuánto sufrió el pobre señor para que los improvisados artistas llegaran á diferenciar la z y la c de la s! Por las noches, cuando el infeliz anciano ponía la cabeza en la almohada y cerraba los ojos, culebreaban debajo de sus párpados las tres letras peliagudas, que el deajo atlántico nunca acertó á diferenciar.

Merced á insistentes ruegos y á poderosas influencias, la elevadísima señora de Chopagris, discípula de Pelaez, se prestó á encarnar el tipo delicadísimo de Lola y el negro fué traído directamente de la Palma, ni más ni menos que si fuera una simple *rapadura*. Era un jóven de auténtica nobleza isleña, que consintió en dejarse llenar la cara de betún á cambio del gustazo de recitar con el lánguido acento de su tierra el famoso parlamento

—El color de mi cara

os dará á conocer que fué, señora...

Aquel ruidoso triunfo de los reaccionarios, aquella función memorable en que

todos los artistas *rayaron á grande altura*, según afirmó el Abogado Mejías en «La Legalidad» y sobre todo la amenaza de presentar en breve término la segunda parte del romántico engendro «Espinass de una flor», sacó de quicio á los libre-pensadores. Era preciso imaginar algo, concebir un proyecto artístico para *majar*, para reducir á polvo á los obscurantistas de la Confianza. Y la idea brotó del cerebro de Andresito Sánchez, redondo y enorme como una esfera armilar. Una ópera, era menester representar una opera, con lo que para siempre quedaría hundido el Círculo rival, que carecía de elementos cantábiles y orquestrales.

Una ópera! En ardorosa y febril sesión de la Junta directiva quedó aprobado por unanimidad el pensamiento. Pero al tratarse de la elección de la obra, surgieron enormes é inextricables las dificultades. Pensóse primeramente en el *Fausto*. Insistía en ello el tenor, un oficial de barbero llamado Tomás el *revejido* á causa de su menguada estatura, el cual se comprometía, bajo su palabra de honor, á dar el

do de pecho en el *Salve, dimora, casta e pura*; pero se tropezaba con inconvenientes nacidos de la maquinaria teatral. No había que pensar en trampas para la salida de Mefistófeles. Además el amigo Palomares declaró, sin razonar su dictamen, que el *Fausto* era una obra reaccionaria y todos bajaron la cabeza. Fué desechado, pues, el *spartito* de Gounod y acto seguido propuso no sé quien *Lucrecia Borgia*. Aquí se levantó Pancho Vega, el bajo cantante, que había ejecutado el terceto en algunos conciertos caseros y no tenía rival en el famoso *Taci*, que parecía articular con la boca del estómago. Pero, señores, ¿cual de las aficionadas se prestaría á vestirse de macho, para cantar el papel de Maffio Orsini? No había que pensar en ello. Dijose que *Il Trovatore* estaba muy *relajado*, faltaba la tiple ligera para los gorgoritos de la *Traviata*, y nadie quería vertirse de clérigo para la ejecución de *El Barbero*.

Después de mucho discutir, ya cerca de las diez de la noche, y á tiempo que uno de los vocales proponía concretarse

modestamente á la *Marina*, la Junta directiva se decidió por la representación de *Rigoletto*.

A la siguiente noche, se hizo el reparto de los papeles en esta forma: *Duca*, Tomasito el *revejido*: *Rigoletto*, Cayetano Solís, piloto, conocido por *Bitácova*: *Sparafucile*, Pancho Vega.

Hasta aquí, la delicada operación se hizo tranquilamente, sin celos ni polémicas, tan clara era la indicación de los favorecidos; pero el papel de *Monterone* estuvo á punto de producir un cisma en el partido, porque se lo disputaban con encarnizamiento el maestro de calzado conocido por *Tembladera*, uno de los oradores más conspicuos de la gallería y el mampostero Santos, que reunía muchos votos en Fuera la portada. Optóse al cabo por el primero y consolóse al segundo con la promesa de hacer entre bastidores los relámpagos y los truenos de la tempestad del último acto.

Resuelta esta dificultad, presentóse la grave, inmensa y espinosa del elemento femenino.

Una comisión, compuesta de las personas más selectas de la sociedad, recorrió al día siguiente las casas del partido. Y aquí empezó aquello de—Yo no salgo sino sale Fulanita—Ay mi madre, si yo saliera, me moría de *cerote*.—Porqué no salen las niñas de Don Cristóbal, que es el Presidente?

Total, que hubo que renunciar al coro femenino y, que confiar el papel de la contralto á un muchacho imberbe, hijo de Juan el fañoso, el conserje de la sociedad y con tanto celo se puso á estudiar el chico su papel y con tanta asiduidad dió en asistir á los ensayos, que en los exámenes de Junio le aplicaron el gran carpetazo en Geografía, lo que le valió una solemne tollina del indignado padre. Así, por la puerta del dolor, entraba el infeliz en la carrera artística.

Restaba Gilda, la inocente, la desventurada Gilda. Andresito se tiraba de los pelos. Imposible valerse en este caso de un varón, so pena de atraerse la merecida rechifla de los reaccionarios de la Confianza.

Ahora se verá como el partido contrajo

deuda de eterno agradecimiento para con uno de sus más fervientes adalides, empedernido sectario de la fé progresirta. Era éste el maestro Narciso el barbero, hombre de más de sesenta años, calvo hasta el cogote, y provisto de luenga barba blanca con toques amarillos, personaje grave, de palabra reposada y sentenciosa, figura semejante á la que los pintores suelen dar á los prelados guerreros de la edad media. Desempeñaba en la Logia uno de los puestos más conspicuos (¿era primer Vigilante ú orador?) y aunque alguien pretendió negarlo, con el malévolo propósito de mermar su legítima gloria, es lo cierto que él con sus propias manos fué el que derrumbó, *cuando la Revolución*, la corona de yeso que remataba el escudo colocado en el frontis del Ayuntamiento, entre los dos guerreros, el castellano y el canario, corona que más tarde fué sustituida por un gorro frigio.

Todo el mundo conocía en la ciudad al maestro Narciso, cuya tienda de barbería se hallaba hacía más de treinta años frente á la Recoba vieja. Se casó, allá por

los años 30 ó 31 con Micaelita, hija de un patrón de barcos á la costa y había tenido once hijos, de los cuales seis vivían: Domingo, el mayor, que servía de oficial á su padre: Rosario la guapa, que acababa de cumplir veinte años: Pepe, pintor de brocha gorda y *albeador* caso necesario, suerte de indígena gigantesco y *doblado*, luchador famoso, conocido por Pepe el canario: Carmen, Angustias y Adriana, tres chatillas blancas y linfáticas como su madre. El nombre de la última fué un testimonio de la profunda impresión que en el padre produjo la lectura de *El Judío Errante*.

Cuando el maestro Narciso ofreció solemnemente que su hija Rosario que, según la fama, era una soprano admirable, se encargaría de la parte de Gilda, el entusiasmo de la Junta Directiva y de la sociedad en masa se desbordó como el Guiniguada en temporal de invierno. Aquí conviene decir que Rosarito había sido educada á modo de señorita por su madrina D.^a Eulalia, aristocrática señora fallecida en la Orotava. Y era tal la per-

fección estética de la simpar muchacha que todo el mundo en las dos Islas la conocía por la *guapa*. Cuando venía á Atlántica á pasar breves temporadas con su familia, el callejón de Doramas, donde aquella vivía, era constante lugar de peregrinación para los pollos y aun para muchos hombres maduros de la localidad. Allí hubiérais visto en aquella época lejana á Chano Pedregal, galanteador sempiterno é inofensivo, conocido por el Gallo Morón: al sargento de Artillería Gumersindo Sosa, buen muchacho que murió luego en la campaña de Cuba: al teniente fiscal Pozo negro, hombre largo, moreno y temeroso, apellidado la *Tranca del Infierno*: al ayudante de Marina Jiménez Calvo, que se teñía los bigotes y escribía versos en que tuteaba á Dios, al Océano y á todo el mundo; á D. Cristobal Romero, al bachiller Periquito y hasta al grave y docente Palomares. Dominaba en aquel enjambre de abejones el elemento distinguido y culto, por lo cual Micaelita, la vieja, solía decir que había tardes en que pasaba por su calle toda la *caballería*.

II

Escasas son las noticias é incompletos los pormenores que han llegado á la posteridad de aquellos famosos ensayos, pues por acuerdo de la Junta Directiva, se prohibió severamente la entrada á los que *no tomaban parte*, con el objeto de no *relajar* la obra. Verificábanse en el salón de actos de la sociedad, situado en la planta baja de una casa de la calle del Libre Pensamiento (antes del Buey), salón que en otros tiempo había servido de almacén y que aún conservaba el vago perfume de los garrafones de ron y de los quesos de Charna, por tanto tiempo allí depositados. Formóse el escenario por medio de gruesos tablones, que descansaban sobre varias hileras de toneles vacíos.

Súpose únicamente que Andresito Sánchez desplegabá una actividad febril, inverosímil en aquel cuerpo casi monstruoso. Sentado frente al pupitre, manejando la batuta con gestos de epiléctico, graznando como un pavo á la más ligera equivocación de las instrumentistas, saltaba de pronto sin saberse cómo al escenario, cantando con voz de falsete la parte de este ó del otro artista, accionando con el donaire y la gracia de un oso domesticado. Su mujer no daba avío á plancharle las camisas y su americana de hilo crudo se llenaba todas las noches por la espalda de anchas placas de sudor.

Rosarito la guapa llegaba á las oraciones, rodeada de la cohorte parlanchina de las hermanas y parientas, más de una docena de mujeres de nube á la cabeza, que dejaban el salón lleno de feroces pulgas. Los de la orquesta hacían elogios desmedidos de su voz y estilo artísticos con lo que la curiosidad de los excluidos aumentaba gradualmente, como un acceso de fiebre. Tomasito el *revejido* ensayaba con las manos en los bolsillos y el som-

brero puesto, apuntando solo las notas altas, que acompañaba con un culebreo de cejas. Indiferencia desdeñosa de un artista, seguro de triunfar á su tiempo. La actitud de Sparafucile encubría ciertamente un misterio, algún efecto sorprendente y deslumbrador, cuyas primicias reservaba el *indino* para la solemnidad del *debut*. En cambio el buen Bitácora llevaba su escrupulosidad y celo hasta figurar la joroba del personaje, cantando á grito herido todo el papel, con lo que se llevaba siempre para su casa una ronquera alarmante y un tremendo dolor en el espinazo.

Al fin llegó el día del estreno y desde las seis de la tarde tenía que ver la calle del Libre Pensamiento (antes del Buey). Junto á los dos portales que daban acceso al antiguo almacén habia una cola formidable. Cuéntase que bajó muchísima gente de Telde, de Arúcas y de otros pueblos más lejanos de la Isla. De cuando en cuando oíase el estallido de los voladores que la Junta Directiva echaba desde la azotea y no faltaban en las esquinas las

cajas de turrón, ni más ni menos que si se tratase de la fiesta de S. Juan ó de S. José.

A las siete y media se abrieron las puertas del local y el tumulto y las aperturas fueron tales, que la mujer de Ricardito el tabaquero perdió el zapato del pié izquierdo y aquella misma noche pescó el reuma que no se le quitó en todos los días de su vida. A un municipal que pretendía restablecer el orden, le destrozaron completamente el uniforme de hilo crudo y el sable pareció al día siguiente en el barranco. Al teniente fiscal Pozo negro le hundieron el *medio bollo* hasta las cejas.

A los diez minutos, el salón quedó lleno de bote en bote, ocupando las sillas y bancos las señoras de los socios, vestidas con trajes de Jueves Santo. Los hombres se amontonaron en el fondo ó en los huecos de las puertas que daban al patio (las de la calle fueron cuidadosamente cerradas) con lo cual el calor alcanzó desde los primeros instantes proporciones infernales y de aquel horno candente y endiablado, brotaba de continuo rumor de risas,

cuchicheo de conversaciones, mariposeo de abanicos, ronquido de toses, todo ello interrumpido á trechos por el alarido becerril de ún gracioso que gritaba desde una de las puertas del patio—*Táifa!*

Entre bastidores reinaba un desorden y una confusión delirantes, aumentados por los *ukases* de D. Cristóbal Romero y Sancho el Craso, que andaban por allí, convertidos en un par de déspotas. A última hora, como suele suceder, faltaban detalles importantísimos. Se había traspapelado el cojín que servía para figurar la joroba de Rigoletto y el pobre Bitácora corría de uno á otro lado de la escena, gritando como un loco.—¿Dónde han puesto mi corcoba? La contralto, ó sea Manuelillo, el hijo de Juanito el *fañoso*; para cobrar ánimo, se había llenado el buche de cerveza y ron y tenía una soberbia *gata*, que en vano procuraban disipar los de la Junta con tazas de café y zumo de limón. El papá, furioso, le buscaba por todas partes, armado de un rebenque, para darle la gran *felpa*.

Entretanto los carpinteros metían un

ruido de todos los demonios, clavando aquí y allí el armatoste de la decoración. Y lo que más fastidiaba era la turba de curiosos y de intrusos que invadía á cada instante el escenario, turba que el bachiller Periquito se esforzaba vanamente en alejar, empujando á éste y al otro y gritando con su voz de falsete.

—Señores, hagan el fãvor! Los que no toman parte, fuera!

Y de cuando en cuando, asomaba Andrésito Sánchez por un bastidor su cabeza planetaria, vociferando como un insensato:

—Andense, caramba, ándense, que el público se impacienta!

Los únicos que no molestaron aquella noche fueron Rosario la guapa, confinada en el cuarto de señoras, rodeada de la cohorte mareante y parlanchina de las hermanas y parientas que se afanaban en ataviarla y Pancho Vega (Sparafucile) que se paseaba serio y solo por el patio trasero, vestido todo de encarnado, con media vara de bigotes y tales toques de corcho quemado en las cejas y en las ojeras, que

daba miedo el mirarlo. De cuando en cuando detenía el paso y se probaba la voz—Hum, hum! El infeliz no había tomado sino un huevo pasado á las tres de la tarde, por tener entendido que el estómago repleto dificulta la emisión de la voz y se estaba muriendo de hambre. Cada vez que pasaba por delante de la cantina se le iban los ojos tras de los bizcochos lustrados.

Por fin, ya cerca de las nueve de la noche, subió con mucho trabajo el telón. El coro masculino, ataviado con percalina de varios colores, rompió á cantar fuera de compás, sin mover pié ni mano. Y hete aquí que se presenta el buen Duca, Andre-sito el *revejido*, verdadera imágen de una sota de oros, descolorido como un difunto, dando el brazo á la condesa que no era tal, sino un conde hecho y derecho, pues no hubo quien se prestara á vestirse de hembra para desempeñar aquel papel. Y en la romanza «*Questa ó quella...*» oh ignominia! echó á volar hasta media docena de gallos, pero tan agudos é insolentes, que hubiérais dicho que estábamos

en plena aurora y que iba á salir el sol. Como el muchacho había comido á las tres papás y pescado salado, atribuyó toda su vida el fracaso á aquellos clásicos manjares y durante la noche entera se le oyó á cada instante murmurar con desesperación ¡Las papas!

La salida de Rigoletto levantó una tormenta de escandalosas risas porque, valga la verdad, jamás se ha visto en escena alguna un mamarracho tan extravagante. Por singular coincidencia, resultó ser la viva imágen del difunto maestro Nicolás el latonero, que en vida también cargó joroba y una de cuyas hijas tuvo que salir del salón, hecha un mar de lágrimas.

Pero el que no vió la maldición de Monterone, no ha visto nada. Tembladera había soñado con un triunfo y como su papel era tan reducido, se empeñaba en alargarlo, estirando los calderones hasta lo infinito. Si le dejan, allí se está toda la noche. Cuando los guardas, que eran dos milicianos nacionales, vestidos de blanquillo, armados de formidables escopetas, quisieron llevárselo, por poco se

embiste con ellos. Nada, que no quería salir de la escena y al fin le sacaron á empujones.

Cuando terminó el primer acto en medio de estrepitosas palmadas y de asordantes *aguijidos* el público se lanzó al patio y se abrieron al mismo tiempo cien bocas para respirar el aire puro de la noche. En tal punto entraba en el salón un muchacho alto y grueso, todo vestido de blanco, con frondosísima barba rubia y ojos azules y chicos, de tranquilo y afectuoso mirar.

Corrió D. Cristóbal Romero, el Presidente, á estrecharle la mano y circuló seguidamente la noticia de que el jóven rubio y gordo era Pepito Lentiscal, hijo de los Marqueses de la Laja, recién llegado de Madrid, donde acababa de obtener título de Ingeniero, hombre de ideas tan avanzadas, tan liberal y dado á los demonios, que muy atrás se dejaba al buen Romero y á todos los masones del pueblo, cosa que ni ellos mismos sospechaban. Y es lo cierto, aunque parezca raro á los que no conozcan el suave país

atlántico, que todos aquellos furibundos demócratas y niveladores se sentían halagados en lo más íntimo por la presencia entre ellos de aquel auténtico aristócrata.

Cuando sonó la campana que anunciaba el comienzo del segundo acto, el almacén se llenó de nuevo, en un abrir y cerrar de ojos. Vaya un calor! Las orejas ardían como áscuas, el sudor chorreaba de los miembros y la respiración de los espectadores se liquidaba, manchando las paredes con largos y caprichosos regueros.

Hay que confesar que el aria de *Rigoletto* resultó una verdadera calamidad. El pobre Bitácora estaba ronco perdido y además ni por casualidad emitía una nota que fuese afinada. Sofocadas risas partían de uno y otro lado del salón y como de improviso sonara en el hueco de una puerta una voz poderosa como el rebuzno de un pollino que gritaba—Mántenlo!, Bitácora, que tenía un genio de todos los demonios, cerró los puños y se encaró con el público, gritando á su vez.

—Váyanse al cuerno de su abuela,

baladrones, estropajos! El que tenga vergüenza, que venga conmigo á parte sola!

Fué tan enorme el estrépito, tan feroces las exclamaciones y tales garrotes blandieron en alto las irritadas manos, que allí mismo se hubiera acabado la función, con grandísima *magua* de Pancho Vega, que de un momento á otro iba á salir á la escena, si D. Cristobal Romero, encarándose en una silla, no hubiera dominado el tumulto, con la energía propia de un capitán de la milicia nacional.

—Orden, orden, señores! Oh! Que es ésto? Al que no se reporte, ahorita mismo lo mando al *cuarto de las cachuchas*.

Continuó, pues, la representación y al fin entró Sparafucile, pero con tan mala suerte que desde los primeros pasos se enredó en la capa y en la descomunal tizona que llevaba y á punto estuvo de dar un tremendo *perchazo* en mitad del escenario. Cuando presentó de lleno al público su horrorosa estampa, lanzaron las mujeres agudos chillidos. Oyéronse exclamaciones várias: Jesús! Mi madre!

Y la propia tía del bajo cantante, Madalena la del Terrero, dijo en voz alta:

—Panchillo, quién te hizo? Vaya una frescura!

El efecto que con tanta anticipación tenía preparado Vega, consistía en una nota grave que está al final del diálogo con *Rigoletto*. El bajo dice con voz cavernosa: *Spa-ra-fu-ci-le* y sale lentamente. Pues bien, me consta que Pancho daba aquella nota perfectamente, sin esfuerzo alguno; pero la noche aquella, no sé si por efecto del calor, del susto, ó de la debilidad de su estómago, no pudo atraparla, aunque lo intentó dos ó tres veces, tomando alientos formidables, bebiéndose él solo todo el aire de la sala y tuvo que echarse fuera con la boca abierta y la desesperación en el alma, mirando fijamente á *Rigoletto* y agitando el dedo índice, pero callado como un muerto.

De improviso, una salva de estrepitosos aplausos estalla en el salón. Es el saltido que el público dirige á Rosarito, á la mujer divina, soberbio ejemplar de la raza humana, maravilla de la carne, éxito

admirable del Creador. El cabello negro y rizado coronaba el dulce óvalo del rostro en el que fulguraban los ojos, dos portentos de expresión soñadora y meditabunda y serpeaban los labios rojos, que eran como la puerta del cielo y el centro de todas las dulzuras. ¿Y que diremos de aquel andar y actitudes suyas, resumen de toda la gracia, de toda la elegancia femeninas?

No era artista Rosarito. ¿Para qué faltar á la verdad, diciendo lo contrario? Tenía regular voz y cantaba con afinación, pero nada más. Ni era menester tanto, pues al verla, olvidábase uno de la música de *Rigoletto* y de todas las músicas del mundo. ¿Qué placer artístico pudiera compararse con aquel exquisito regalo, con aquella hartura de ideal que los ojos se daban al contemplarla?

Hubo aun escenas grotescas, episodios que provocaron más de una vez la risa. La contralto, cuya *surpía* persistía y aun parecía agravarse con los remedios que le propinaba la Junta Directiva, se echó á reír estúpidamente en pleno cuarteto.

Bitácora perdió enteramente el hilo de voz que le restaba y se quedó á seco; como el Guiniguada en día de Agosto. Y en fin, para colmo de desdichas, el maestro Santos se quemó la mitad de la barba al figurar con una *cachimba* llena de pedriega los relámpagos del último acto.

Cuando aquello terminó, sonaron voces estentóreas llamando á los artistas á la escena, llovieron ramos de flores sobre la guapa, cruzaron el espacio varias palomas, facilitadas por el patriotismo de los socios, y Monterone leyó con voz de púlpito unos versitos del Teniente fiscal Pozo negro, dedicados á la esclarecida *diva* Mariquita del Rosario.

—¿Quién es esa mujer encantadora
Que al rui señor eclipsa cuando canta?
Que tiene esa señora en la garganta
Que al público suspende y enamora?
Y contesta una voz, en lo infinito:
Es la diva sin par, es Rosarito.

Alrededor de la hermosa Gilda y ocupando el centro de la escena, se había formado un nutrido y bullicioso corro masculino. Allí estaban todos los admira-

dores, viejos y jóvenes. D. Cristobal Romero, en cuyo rostro enjuto la pintura de los bigotes, desleída por el sudor, formaba extraños manchurriones, se paseaba como un loco, perpetrando en un rincón de su fantasía un tremendo parricidio. (Era casado, desde el año 21, con D.^a Romualda Canelo, de los Canelos de Agüimes).

Como divisara en un rincón á Pepe Lentiscal, serrote y meditabundo, llegóse á él y le dijo, con mucho acaloramiento.

—Pero hombre, qué Vd. nunca se entusiasma? Vaya con el niño! Parece un inglés. Venga, venga que le voy á presentar á la gran soprano, á la emperatriz del arte y de la belleza.

Y hecha la presentación, en el paroxismo del *embullo*, sintiendo la necesidad de rematar el acto con un par de vivas bien pulsados, adelantóse hacia el prosenio y alzando los brazos, clamó con bárbara energía:

—Viva la encantadora Gilda! Viva la perla de los mares atlánticos!

Otra voz, la de Periquito el bachiller, chilló en un extremo de la sala:

—¡Viva el progreso! Vivan los derechos individuales!

Y otra, en fin, bronca y estentórea como el rebuzno de un pollino, gritó desde el hueco de una puerta:

—Abajo el fielato!

Y con esta típica exclamación, inevitable y fatal en todas las reuniones populares, terminó la velada memorable, el triunfo soberbio, la espléndida apoteosis que Rosario la guapa no había de olvidar jamás.

III

En los primeros días de Agosto la familia de maestro Narciso el barbero se trasladó al Puerto de la Luz, donde todos los años solía pasar unos quince días de temporada.

El viaje se realizó por la mañana, antes de salir el sol, los grandes á pié, los chiquillos encaramados en la carreta que llevaba la carga, sobre el altísimo montón de los colchones, entre las patas de las sillas y las cañas de pescar, delgadas y cimbreantes.

La residencia veraniega de la familia de Rosarito era la casa de la Virgen, que en aquellos tiempos se facilitaba gratuitamente á las personas formales de la Ciudad. Era un edificio viejísimo, derrengado y vacilante, con tantas grietas en el

tablado, que á cada paso se exponían los moradores á quebrarse los tobillos. Nadie pudo contar jamás las cucarachas y perinquenes que pululaban en el caserón ruinoso. Por el lindero del naciente había un ancho corredor al que faltaban sinnúmero de barrotes y desde el cual se dominaba la majestuosa planicie del Atlántico, la curva elegante de la playa de Santa Catalina, bordada de sempiterna espuma y más lejos, el blanco caserío de la Ciudad, silencioso y dormido bajo el cielo del verano, luminoso y sin mancha.

Flotaba en el paisaje solitario y melancólico, la severa poesía del mar, golpeando aquí, monótono é incansable la negra roca volcánica y más allá deslizándose con felina caricia por la dorada arena de la playa. Días ardientes y purísimos en que el sol sonreía, paternal y espléndido desde la altura infinita, noches de luna transparentes é ideales, amenizadas por la música de las olas y el fugitivo beso de la brisa.

Las únicas familias de la Ciudad que allí estaban de temporada eran la del maestro Narciso en la casa de la Virgen

y la de Juanito Ossorio en la del Mesón. Dos ó tres artilleros dormían una siesta perpetua en el Castillo de la Luz y había además unas cuantas casas de pescadores diseminadas aquí y allí, por los arenales del Puerto y del Arrecife. Las mujeres, súcias, desgreadas y descalzas, guisaban los caldos de pescado y papas en braseros colocados al aire libre: los hombres, después de las horas de faena, dormían á la sombra de los muros ó jugaban al tute ó al *pericón* sentados en corro, negros y silenciosos como salvajes.

Como allí no había entonces tiendas ni mercado, era preciso traer de la Ciudad los víveres para toda la temporada y como tampoco se hubiera encontrado en todo el Puerto una gota de agua dulce, cada familia venía provista de una enorme barrica llena del líquido indispensable y desde los primeros días todos se ponían á ración, como las caravanas que atraviesan el Sahara.

Levantábanse las muchachas al albita y cargando con la estera y los ropones, dábanse un baño interminable en la playa

del Cayo, retozando como locas en el seno del agua limpia y transparente. Sus chillidos se oían á mucha distancia. Después de almorzar los tres hombres, el maestro Narciso, Domingo y Pepe el canario se marchaban á la Ciudad á pié, siguiendo la línea tortuosa de la playa y las mujeres se sentaban á coser. A eso de las once, pasaba invariablemente por la carretera próxima un hombre alto y rubio que miraba con afán hácia la ventana de la sala, detrás de cuya cortinilla blanca nunca faltaba en tal instante la cara resplandeciente de la guapa, sentada en el poyo, con la falda llena de calcetines agujereados. Al cabo de un cuarto de hora, las pisadas lentas y cadenciosas de la bestia sonaban á espaldas del caserón, la cortina se entreabría nuevamente y el enamorado ingeniero regresaba á la ciudad, con las espaldas calcinadas por el rayo abrasador de la canícula.

Por la tarde, antes de comer, la familia, calzada con viejos *chancos*, solía mariscar en el negro caletón frontero á la casa y una vez llenos los cestos de lapas, erizos

y *burgados*, acudían las hembras á poner la mesa. A la tardecita regresaban los hombres y después de comer, si la noche era de luna, se sacaba una estera á la playa y allí permanecían tendidos hasta las diez cantando á coro danzas y fragmentos de las zarzuelas de aquel tiempo (la *Marina*, *El Relámpago*, *El Diablo en el poder*), acompañadas por Rosarito, que sabía tocar *por música* la guitarra. Otras veces, trocando el placer musical por el literario, reuníase la familia en torno de la lámpara y mientras las mujeres hacían *crochet*, y los hombres fumaban, tendidos en el suelo como *lebranchos*, Rosario leía en alta voz *El Conde de Montecristo*, *El Judío Errante* ó los *Misterios de Paris*.

No obstante la soledad y aislamiento del paraje, las dos únicas familias que en él veraneaban no podían entablar relaciones de amistad.—Las separaban inmensas distancias sociales. La familia del barbero pertenecía al pueblo y la de Juanito Ossorio á la clase media y es cosa sabida qué la mesocracia transige mucho menos que la nobleza en lo de admitir

trato con las gentes que estima colocadas en un grado inferior de la consabida escala social. Doña Dolores era hija de un zapatero, el maestro Filómeno, que tuvo tienda abierta por muchos años en el barrio de Santo Domingo; pero su hijo Juan estaba empleado en el escritorio de una casa inglesa. El no era artesano, sino empleado en el comercio. La familia, pues, pertenecía sin disputa á la clase media.

.....

Un domingo por la mañana oyóse en el Puerto un estrépito casi desconocido en aquellos parajes. Era el rodar de un coche, un *charabán* de alquiler ó de la empresa, como entonces se decía, grande como una fragata, que se detuvo junto á la portada de la casa de la Luz. Venía todito lleno de *pollos* del Círculo, es á saber, D. Cristobal Romero con sombrero de jipijapa, vestido de blancas telas, como el arcángel San Gabriel: Periquito el bachiller, con su cara de convaleciente y su enorme nuez de Adán en la garganta: el naturalista Palomares, con mucha barba y mucho

cuello de camisa, siempre encastillado en sus formidables negaciones y en fin, el ingeniero Lentiscal, el inspirador del viaje, con su frondosísima barba rubia y sus ojos azules y chicos, de tranquilo y afectuoso mirar.

El propósito de los viajeros era pasar un día de pesca y de jarana en la playa del Confital. Venían en busca del maestro Narciso; pero sin duda otros acuerdos había tomado la Junta Directiva durante el trayecto, pues nos consta que D. Cristobal solicitó con cierta pesadéz la grata compañía de D.^a Micaela y de la perla de los mares atlánticos, que no tardó en aparecer, resplandeciente y gallarda, robando las miradas de todos, como si en ella se concentrasen toda la luz y la alegría toda de aquella espléndida mañana. Pero el maestro Narciso era un hombre chapado á la antigua, temeroso de los *alegatos* de la gente, y ello es que el coche se marchó con dirección al Confital, llevándose tan solo al viejo y á Pepe el canario que, sentado en el pescante, se apoderó del látigo, aporreando á las bestias sin piedad.

La expedición regresó al Puerto á cosa de anochecer, trayendo un cesto mediado de sargos, verdes y pachonas y también algunas robustas *gatas*, no extraídas del seno frío y transparente de las aguas, sino del fondo de los frascos de vino, ginebra y anisado. A Pepe el canario hubo que sacarle del coche entre cuatro, sin más vida que un cadáver, y arrojarle sobre un catre de *viento* en el que durmió sin parar hasta el siguiente día. A Andresito Sánchez le había dado por acordarse de una tía suya, muerta hacía más de veinte años; *cuando el cólera*, y á cada instante se echaba á llorar, con profundo desconsuelo: Periquito se había quedado afónico en fuerza de pronunciar discursos: el maestro Narciso prorrumplía á cada instante en escandalosas risas y Palomares buscaba en vano un oyente á quien consternar con sus formidables negaciones (somos materia y á la materia fatalmente vamos). Solo D. Cristobal estaba como si tal cosa, pues el maldito viejo tenía cabeza y estómago de hierro. Todos traían pegado á la ropa y al aliento el innoble

perfume del alcohol, excepto el ingeniero Lentiscal, que se había pasado el día, lamentando la lentitud del movimiento rotatorio de la tierra.

Sentáronse todos en la estera, frente al mar que ondulaba y gemía vagamente en las tinieblas y á las ocho salió la luna, ahuyentando las sombras hácia la falda de las montañas. Las olas llegaban desde muy lejos, hinchando poco á poco el dorso, coronado de hirviente plata y luego se deshacían bruscamente, tendiendo en la arena diáfana la falda recortada de sus espumas. Más allá de la línea indecisa del horizonte había como el presentimiento de regiones tropicales, lejanas y espléndidas, dormidas bajo el rayo amoroso de la luna, y á veces parecía llegar del fondo vago y obscuro, el hálito perfumado de flores invisibles, alucinando brevemente los sentidos.

D. Cristobal dijo:

—Acompañe, Rosarito.

Y empezó á cantar, con su voz ronquilla, temblona y enfática:

—Al ver, en la inmensa llanura del mar...

Y mientras los fragmentos de zarzuela y las danzas lánguidas, arrulladoras y sentimentales vibraban en el aire tibio y luminoso de la noche, confundidas con el zumbido melancólico de la guitarra, Pepe, sentado junto á la guapa, en un rinconcito de la estera, sentía cosas extrañas, inverosímiles, que no eran de este mundo, anhelos de gritar, de revelar á todo el mundo su entusiasmo, ansia de realizar acciones heróicas y sublimes, hervidero de estrofas y de ritmos, oleadas de ternura que le empeñaban las pupilas y conmovían los dedos de sus manos con temblor nervioso.

Sus ojos se embriagaban al mirarla, deliciosamente. La cabeza armoniosa, coronada por el montón obscuro del cabello, finísimo y suave como las hebras de la seda: los ojos negros, inmensos, la mirada profunda y luminosa, la mejilla tersa y exangüe, levemente matizada de blanco por los polvos de arroz; el trazo firme y elegante de la nariz, la boca fresca y pura y después de la curva deliciosa de la barba, las maravillas del busto, el talle

redondo y largo, la amplitud torneada de las caderas y el dulce regazo en el que brillaban las manos estrechas y pálidas, sobre el fondo sombrío de la falda.

IV

Dos meses más tarde, celebrábase en el Puerto de la Luz la fiesta antiquísima de la Naval, conmemorativa del triunfo de Lepanto.

Hacía una semana que Pepe el canario estaba *albeando* y pintando la casa de D. Paulino el mayorazgo, quien mañana y tarde seguía al muchacho como una sombra, mareándole con sus impertinentes y minuciosas observaciones. Caso necesario, le sustituía una de sus siete hermanas, apellidadas las Colaltas, en la tarea de fastidiar al canario, quien mil veces las hubiera mandado á *freir bogas*, á no ser la respetuosa consideración que aquella familia infundía al maestro Narciso, protegido y *cliente* de la casa.

Por la mañana, antes de marcharse á

la tienda, el buen maestro había dicho á su hijo:

—Cuidadito con que me sueltes el trabajo antes de las cuatro. Y si te llegas á enjajaranar, más vale que te embarques.

Apesar de estas paternales recomendaciones, al canario se le caía la brocha de las manos. Imagínense Vds. que aquella tarde estrenaba unas espuelas de plata, regalo de Pepe Lentiscal y que le esperaban en el Toril tres distinguidos *sportmen*, á saber: Tomás el *revejido*, Canabuey y Tiburcio el herrero, para ir juntos al Puerto, cabalgando otros tantos fogosos pollinos.

Así es que, apenas vibró en la atmósfera cálida y luminosa del mediodía el esquilón de la Catedral, que se toca después de las dos y media, se apresuró Pepe á recoger sus bártulos y sordo á las recriminaciones de las Colaltas, se escabulló, sutil como una sombra.

Aprovechando la ausencia de su madre, que había ido á *pelar* al oidor D. Jerónimo de la Cueva, soltó los cacharros en el cuartocho del patio trasero y se vistió

á tropezones. Daba gusto verle, alto y fuerte como una palma, con su ropa de paño cenizo, su faja de color jazminado y la *cachorra* ladeada en su cabeza de pájaro. Sus espaldas cuadradas y sus manos enormes y callosas infundían cierto respetillo.

Viéndole á punto de salir, le dijo Micaelita.

—Pepe, tú ten mucho cuidado. Ya oiste á tu padre. No me bebas, y á las oraciones en casa.

—Ya se sabe, señora, ya se sabe.

Salió del Toril la vistosa cabalgata, y en menos de cinco minutos se plantaron los ginetes en Fuera la portada.

Que animación, señores! La carretera cruzada á cada instante por los charabanes y carretelas de alquiler, entre el chasquido de los látigos, los gritos de los cocheros y la discordante vibración de las campanillas. Mulos, caballos y burros á centenares levantando tempestades de polvo, las ventanas de las casas *terreras* cuajadas de muchachas compuestas como *burras*, con los moños floridos como jardín en día

de primavera, cajas de turrón en todas las esquinas, lumbre de sol por todas partes.

Al Puerto! Los cuatro burros salieron á galope.

Pero al llegar á la esquina de la plaza de la Feria, hubo de apearse Tiburcio, después Canabuey y luego los demás. Era preciso matar el bicho y efectivamente el insecto pereció, envenenado sin duda por la copa de ron que les despachó Aniquita Alemán, la tendera de la esquina. Allí se detuvo un rato la comitiva porque á Joaquín Pérez (Canabuey) se le puso en ios cascos regalarle una libra de turrónes de *gofio* á dos criadas de casa que iban de paseo, con sus mantillas blancas á la cabeza y sus trajes de zaraza muy almidonados. Una de ellas era de la Atalaya y la otra de los Llanos de Telde, según afirmó Joaquín, que conocía á todas las criadas de la población. Lo indudable es que ambas eran negras y feas *como riñones*.

Un poco más adelante tuvo lugar la resurrección del confisquido bicho y hubo que matarlo nuevamente; pero ahora el arma insecticida fué una copita de ginebra.

Y de este modo, muriendo y renaciendo el tenaz insecto, cuando los cuatro expedicionarios llegaron al Puerto, el que más, el que menos, tenía su *tranca* muy regular.

Según costumbre, á la una de la tarde, bajo la hoguera inmensa del sol, había comenzado la luchada en los arenales, á corta distancia de la carretera. Batíanse enconadamente los dos bandos rivales, el del Norte y el del Sur de la Isla y desde muy lejos se oía la horrible trapisonda de *aguijidos* y palmadas que saludaba el triunfo de cada atleta, que así llamaba la prensa local á los *maduros* que tomaban parte en aquel clásico ejercicio:

Al llegar los cuatro burros cerca del improvisado circo, el comisionado del sur, en mangas de camisa, colorado como un tomate, corrió hácia la carretera, vociferando como un insensato:

—Eh, muchacho! Pepillo, *arrejálate* pa cá.

—A mí? Y pa qué me quiere? Pa agarrar?

—Pues claro. Andate, hombre, que estás haciendo muchísima falta.

—Yo no. Está loco? Si el viejo lo llega á saber, me mata.

—Esas son cosas tuyas, jinojo.

—Palabra, compá Marrero. No tenga suerte de meniarme de aquí.

Y los cuatro burros siguieron á media carrera hácia el Puerto.

Había allí un gentío inmenso. De todos los pueblos de la Isla acudía gente á pagar promesas á la Virgen de la Luz y desde la carretera se veía una fila casi continua de hombres y de mujeres que, vela en mano, recorrían de rodillas la distancia entre la portada del patio y el altar en que se adora la imágen.

A uno y otro lado de la carretera, ventorrillos y cajas de turrón. Los cuatro parrandistas entraron y salieron en esta y en la otra venta y copa va, copa viene, no tardaron en ponerse en *buenas piedras*, como ellos decían.

Después de pasear de grupo en grupo, *guaseándose* con hombres y mujeres, dejaron los burros en la Casa del Mesón, y dieron con sus cuerpos en una *taifa* de marineros. Cada cual sacó su pareja para

bailar una *porka mazurka*. Al principio, la cosa marchaba con mucha compostura. Los cuatro chicos, apesar de la *surpia* que les aguaba la vista, bailaban con *retranca*, gravemente, al son de una guitarra más tiznada que una sartén que pulsaba un viejo lampiño, ahumado y entero como un arenque. Pero al cabo de rato, yo no sé que perreria le hizo Canabuey á la muchacha con quien bailaba, protestó ésta con destemplada voz, llamándole *ordinario* y *poca-verguensa*, paráronse los sones y en ésto un hermano de la ofendida que allí apareció de pronto, como llovido del cielo, declaró que iba á dar una *folia* de trompadas á los pollitos de la Ciudadá y con ésto, y con intervenir varios *roncotes* en defensa de la ultrajada, armóse un *rebumbio* espantoso, en medio del cual oíase la voz tonante de Pepe el Canario, ofreciendo *bollos* y *estupiduras* á todo bicho viviente.

No se sabe como hubiera terminado aquello, sino entra de improviso en la *taifa* el señor Marrero, comisionado del Sur y talabartero de profesión, colorado

como un tomate, en mangas de camisa, vociferando como un insensato:

—Eh, muchacho! Pepillo! Andate, hombre, que estás haciendo muchísima farta!

Pero el canario no le hacía maldito caso y vuelto hacia el *roncote* le gritaba.

—*Ajoto* que estás en tu casa, *alegas* ahí lo que te da la gana. ¿A que no sales conmigo á parte sola?

—*Arretírese*, mí que le *jincho* un ojo.

—Tú? Pues anda, hombre, pues anda!

—Caballeros, la paz de Dios!

—Pero, señor, no anda por ahí ningún municipal?

En efecto, el municipal no parecía. Al fin, el compá Marrero pudo llevarse á los tres amigos (Canabuey se había volatilizado desde el comienzo de la contienda) y aunque el canario alegaba la prohibición del viejo, al fin pudo el comisionado reducirle á que *agarrara un par de caídas* en defensa del partido del Sur, pues el Guerrero de Gáldar había tumbado *arreo arreo* cinco hombres y llevaba trazas de *quedarse con el terrero*.

La entrada de Pepe el canario en el

redondel produjo en la gente del Sur una explosión de feroz entusiasmo. Allí fué el levantarse todos, agitando las *cachorras*, lanzando alaridos dignos de una horda de salvajes.

En un abrir y cerrar de ojos, *desaflojóse* el luchador, quedándose en camisa. La luz dorada de la tarde brillantó sus piernas blancas, redondas y fuertes como columnas de mármol. La camisa entreabierta dejaba ver el vello rubio y rizado del robusto pecho. Y puestos los récios calzoncillos de faena, hundiendo en la arena cálida y movediza sus anchos piés desnudos, el luchador entró pausadamente en el *terrero*, noble, derecho y arrogante «como antaño los gladiadores en el circo, bajo la mirada augusta de los Césares», oportuna y erudita reminiscencia de los tiempos clásicos, que hallareis en una revista de «El Pueblo», publicada por Periquito el Bachiller, dos días después.

En menos de un cuarto de hora, Pepe el -Canario se *fumó* cinco hombres, uno tras otro, tres *majoreros* y dos de los Altos de Guía. Introducía el pulgar de la

mano izquierda en la pretina del calzón, ovillaba la derecha en el lienzo flotante de la pierna del adversario, inclinábanse ambos hasta quedar hombro con hombro y acto seguido, con soberano arranque, el Canario *pegaba la levantada* y el antagonista abandonaba el suelo, soliviado por los tremendos músculos del *atleta del sur* y sus espaldas retumbaban en el pavimento arenoso con formidable empuje, que el público saludaba con asordante aclamación.

Después de la quinta *cáida*, cesaron de improviso los silbidos y los clamores y establecióse como por encanto un silencio absoluto, casi religioso. Era que el Guerrero se estaba poniendo los calzoncillos.

Tendido en el suelo, cogiendo y soltando maquinalmente puñados de arena, el Canario miraba con afectada indiferencia hácia el grupo de la gente del Norte, mientras el corazón golpeaba en sus entrañas con bruscas y formidables sacudidas.

Era el Guerrero un hombre en toda la fuerza de la edad, seco, moreno, mem-

brudo, afeitado como un sacristán, ceji-junto, y de aspecto funerario.

Comenzaron los preliminares del agarre, que fueron por demás largos y fastidiosos. Discutían encarnizadamente los comisionados: acudían desde el público varios inteligentes á asesorarles y aquello llevaba trazas de no acabar jamás, cuando al fin sonó una exclamación impaciente, feroz:

—Afuera los entrometidos!

Y el silencio reinó de nuevo, profundo, absoluto. Moríase lentamente, detrás de las montañas, la luz del sol y el cielo diáfano, sin una nube, parecía dilatarse, agrandarse, hasta lo infinito. Corrían precipitadamente por el llano, gesticulando con violencia, varios curiosos, atraídos por la noticia del desafío.

Una vez agarrados, los dos luchadores se movieron lentamente, hundiendo sus anchos piés desnudos en la arena cálida y movediza. Y de pronto, con la rapidez del rayo, el Canario *pegó la levantada* y todos los del sur, con las bocas entreabiertas, fruncido el ceño, fija y llameante la mirada, hinchadas las venas de los

cuellos, le acompañaron inconscientemente en el éxuerzo.... y el Guerrero abandonó el suelo lentamente, soliviado por los tremendos músculos del *atleta del sur*; pero cuando ya todos le consideraban en tierra, vencido y humillado, la *burra tenaz* y resistente como un garfio de hierro, trabó sus miembros con los del Canario y después de largo y violento forcejeo, el Guerrero descendió poco á poco, trabajosamente y al fin, sus plantas negras y crispadas se hundieron en la arena con violencia. Oyóse una exclamación atronadora, el resuello formidable de mil pulmones oprimidos por la angustia y el silencio tornó á reinar, profundo, absoluto.

Los luchadores, agarrados como antes, se movían de nuevo lentamente, pisando con fuerza la arena, cálida y movediza. Permanecieron así algunos segundos, girando pesadamente, como si ejecutasen los pasos de un baile extraño y monótono. Y de pronto, un remolino vertiginoso, una embestida violenta y brutal. Era un *desvío* del Canario, que el otro resistió, firme como una roca. Quedáronse de nuevo

inmóviles, oíase el jadear anheloso de sus robustos pechos y el cansancio empalidecía sus rostros y enfriaba el sudor de sus miembros. Ya comenzaban á circular en el público rumores de impaciencia, cuando el Guerrero se inclinó replegando sus miembros, con celeridad felina. Era aquello la famosa *agachadilla*, la suerte predilecta y hasta entonces irresistible del *campeón del Norte*. Tambaleóse el Canario como una peña conmovida en sus cimientos y en tal punto agolpóse la sangre á su cabeza, acometióle un impulso de rabia salvaje y homicida y atrayendo sobre su pecho el duro cuerpo del adversario, lo levantó de nuevo, con fuerza sobrehumana. Dió de este modo algunos pasos, llevándole á cuestras, grande, sublime, magnífico como una torre que echara á andar y desasiéndose con supremo exfuerzo del abrazo tremendo del contrario, arrancando de su cuerpo la garra potente que le atenaceaba, lo arrojó desde lo alto, con el mismo desdén con que se arroja un fardo inanimado. Y las cien bocas del público lanzaron un alarido

salvaje, una aclamación violenta y feroz, que vibró largamente, y se desvaneció á lo lejos, en el ambiente luminoso de la tarde.

Y en aquel punto acabóse la luchada, pues fué tal el entusiasmo de los unos y la rabia de los otros, que nadie pudo permanecer sentado y el circo se deshizo, en medio de un tumulto espantoso. Algunos tenaces energúmenos del partido del Norte vociferaban que la lucha era *puerca* y que era menester *deshacerla*, pero sus protestas se perdieron en el confuso barullo. Corrió también la voz de que el guerrero estaba medio *trastumbado* á consecuencia de la caída.

Rodeado de una turba frenética de admiradores, fué Pepe el Canario conducido al Puerto, donde en casa de una tal Encarnación que *daba de comer*, hubo cena de cabrillas fritas y mucho trasiego de ron y vino tinto. Eran ya más de las diez y la gente de la Ciudad empezaba á retirarse, los unos á coche y á caballo, los otros á pié. Muchas familias de los campos se quedaban al raso y dormían aquí y

allí pacíficamente, tendidas en la arena cálida.

Solo Pepe el Canario se resistía á marcharse, empeñado en buscar al *roncote* con quien había tenido la pendencia aquella tarde. Llamaba á todas las puertas con tanto tesón y majadería, que al cabo sus tres amigos se cansaron y se fueron. Ya muy tarde, un muchacho artillero, natural de Agüimes, que conocía á la familia de Pepe, pudo, después de mucha brega, hacerle montar en el burro y despacharle para la Ciudad. Ya en camino, el hombre se despabiló un poco y toletazo tras toletazo avanzó por la obscura carretera, graznando con la pesadez de la borrachera el mismo estribillo, hasta lo infinito.

Virgen de la Peña
Reina y soberana
Dame tus auxilios
Que no se pierda mi alma.

Pero héte aquí que, poco antes de llegar á las Alcantarillas, le salen al encuentro tres hombres, de entre la sombra espesa de los tarahales. Uno de ellos detuvo al burro, asiéndole fuertemente por la cabezada.

—¿Quién es? gritó el Canario, sacudiendo el letargo que le obscurecía el cerebro. Joaquinillo, no seas *machango*, larga el burro, que me vas á tumbar.

En ésto, uno de los hombres le aplicó un tremendo garrotazo en las espaldas y otro le agarró una pierna, con intento de arrojarle al suelo.

Entonces el Canario, soltando una rociada de feísimos vocablos, se bajó de su cabalgadura, y la emprendió á trompadas con los tres desconocidos.

Una escena feroz, salvaje, encarnizada, se desarrolló silenciosamente en las tinieblas. Uno de los hombres, á quien acertó á agarrar por el cuello, le clavó los dientes en la mano, con la ferocidad de un mastín, y mientras otro de ellos le molía las costillas á garrotazos, el tercero le machacaba el cráneo con una piedra. Tan apurado se vió el pobre muchacho, y tan abatidas sus fuerzas por el cansancio y la embriaguez que, sin cesar de bregar y de repartir mandobles, se echó á llorar como una criatura.

—¡Ay mi madre, ay mi madrita de mi alma! Virgen del Carmen, favoréceme!

Si no es un coche que en tal punto llegaba con dirección la Ciudad, allí mismo hubiera acabado tragicamente la biografía de Pepe el Canario. Mas el cochero hubo de oír la trapisonda, detuvo los caballos, y un hombre, saltando velozmente del coche, corrió hacia el grupo y sujetó por los brazos al que manejaba el garrote. El de la piedra le asestó dos ó tres golpes de mano maestra que le rompieron el sombrero, pero como en ésto acudiera el cochero armado de su rebenque, los tres facinerosos salieron corriendo hácia la playa, perseguidos por la voz indignada del buen auriga, que era viejo y gordo y les gritaba:

—Apresidio! Bándidos, baladrones, traicioneros!

Cuando al fin por mandato del amo, trajo un farol de los del coche, ambos reconocieron al herido, que se hallaba sentado en el suelo, lanzando gemidos que partían el corazón.

—Pepe el Canario!

—Quiere su mercé hacer una apuestita, dijo el cochero con mucho énfasis, á que

los *delinquentes* son el Guerrero y comparsa? Como se quedaron tan rascados con la *cáida* de esta tarde!

Entre los dos metieron en el coche al descalabrado, que se lamentaba sin parar, con monótono gruñido. En la caseta del fielato le aplicaron unas vendas de agua y vinagre á las heridas del cráneo, que no eran muy profundas y allí reconoció Pepe á su libertador.

—D. José, ay D. José del alma, Vd. fué quien me libró de aquellos caribes! Castigo de Dios, por haber desobedecido á padre! Ay mi madre, ay mi madrita de mi alma!

—Cállate, hombre, le dijo Pepe Lentiscal. Un luchador llorando! No te da vergüenza?

—Sr. D. José, dijo uno de los fielateros, no le sentaría bien al muchacho un buchito de ron?

—Ron? Está Vd. soñando? Si hubiera un poco de café...

Pero no lo había. Siguió el coche su camino, y al llegar á la esquina del callejón de Doramas, se bajó Lentiscal para preparar á la familia.

Esta se hallaba con la zozobra que es de suponer. El maestro Narciso y Dominiguito habían salido cada uno por su lado, á indagar el paradero del Canario. Estaban, pues, las mujeres solas y armaron la gran *torería*, cuando vieron bajar á Pepe del coche, con la cabeza vendada. La una, tapándose los ojos con las manos, lanzaba agudos chillidos, la otra amenazaba con un histérico, la de más allá invocaba á la Virgen y á los Santos y una mujer de la vecindad, toda *elementada*, se *tiró un salto* á la botica, en busca de árnica y tafetán inglés.

Acostaron en un catre al dolorido, que no cesaba de exhalar sordos lamentos, exagerando su dolor, con la mira de atenuar la ronca, que ya estaba viendo venir. El ingeniero ayudaba en aquellas faenas, hasta que de pronto la guapa dió un grito:

—Ay Dios mío, Vd. también alcanzó un golpe.

En efecto, por debajo del ala del sombrero roto, destilaban algunas gotas de sangre.

—Ay que sí! D. José, deje ver, haga el favor!

—Quite, señora, ésto no vale nada. Una caricia de aquellos buenos amigos. Verdad, Pepe?

—Uy, uy!

—Señor, lo que me tenías reservado para hoy! Hágase tu divina voluntad. Don José, le parece que mande por don Lucas?

—No, señora, no es preciso. Lo que él tiene es otra cosa, comprende? Si hubiera un poco de café...

Entonces cayó la vieja en que, además de los golpes, había en aquel caso algo y aun mucho de surpianta. Acercó rápidamente su cara á la del enfermo, para tomarle el *bajo* y apartóse al momento, exclamando con fuerza:

—*Fó!* Ves tú! Lo mismito que yo me estaba figurando. Siempre has de ser la afrenta de tu casa, borrachín! Ay si te viera tu padre!

Cabalmente entraba en ésto el señor Narciso quien, penetrado de la situación al primer golpe de vista, llegóse á la cama

y, cuadrándose delante de su hijo, le apostrofó de esta manera:

—Que comportamiento, que educación! Pedazo de vāgañete, si no fuera porque hay gente delante, ahorita mismo te daba una mano de guantazos como pa ti solo. Afrentoso!

Y como el muchacho solo contestara á las paternales reconvenciones con gemidos, cadá vez más hondos y plañideros, el buen maestro, algo conmovido, pero queriendo disimularlo, terminó de esta manera:

—El bobo soy yo que me apuro. Hijo, allá se te haya. Con la cuchara que cojes, con esa comerás.

V

Desde aquella fecha memorable, comenzaron las visitas de Pepe Lentiscal á la casa del callejón de Doramas.

Llegaba poco después de oraciones con el plausible pretexto de saber de su toca-yo, como él decía, y se quedaba allí hasta las ánimas, en conversación general con la familia, sin permitirse tener con Rosario otra plática que la elocuentísima y enamorada de los ojos.

Durante las primeras noches asistía á las tertulias Pepe el Canario recostado en una butaca, con el cráneo liado en trapos, fumando con pausa y delectación los puros que le regalaba el Ingeniero. Pero al cabo se cansó de representar el papel de enfermito y del régimen frugal de las tazas de caldo y desde la prima noche abandonaba

la casa paterna para no regresar hasta las diez, hora en que se cerraba la puerta de la calle. Un poco antes entraban el maestro Narciso y su hijo Domingo, de modo que Pepe Lentiscal pasaba aquellos ratos gratuitos en compañía de las mujeres, refiriéndoles escenas y aventuras de sus viajes por las tierras de *afuera*, mientras ellas cosían ó trabajaban en *crochet*, sentadas en torno de la lámpara.

¿Sabían los padres de Rosarito que el Ingeniero *gustaba* de la muchacha? Sí señor, de ésto no cabe duda como tampoco de que el señor Narciso y Micaelita eran dos personas formales. Pero se daba en ellos un fenómeno del espíritu no difícil de explicar. Primeramente, ellos no querían pensar en aquel caso del enamoramiento del caballero y voluntariamente cerraban los ojos para no ver la realidad, en parte por la pereza característica del país en punto á tomar resoluciones graves y definitivas y además por que, después de todo, no había aún motivo serio para dar y recibir un disgusto. También influía mucho en su pasividad el secreto orgullo que les

producía la pasión del aristócrata por el fruto de sus humildísimos amores y el respeto tradicional de la gente del pueblo á las *casas*, á las familias nobles y pudientes, aun en aquellos tiempos de nivelación y democracia. El hijo de los Marqueses de la Laja, sobrino de Don Paulino el Mayorazgo, loco por Rosarito! Es verdad que se trataba de un hombre casado, pero esta circunstancia era en aquel caso poco menos que indiferente, pues en matrimonio no había que pensar, aun siendo el galán soltero. Y en fin, por que no ha de decirse? Algo pesaban también los regalos, las constantes finezas de Lentiscal. Espuelas de plata y reloj de nickel para Pepe, trajes, pulseras, abanicos para las niñas, pájaros canarios para Dominguito, un libro de misa para la vieja, gallos ingleses de fina casta para el maestro Narciso. La familia no era venal, alto allá! Pero cómo poner en la puerta de la calle á quien con tanta delicadeza como generosidad procedía?

Así permanecieron más de dos meses, en estado de consciente ceguera, y mien-

tras tanto el público *alegaba lo mucho y lo bueno*. Se llegó á decir que Rosarito *estaba queriendo* al Ingeniero y una vecina muy ordinaria, encolerizada cierto día porque los chiquillos del barbero le tiraron piedras á una gallina suya, le *hizo un deshonor* á Micaelita, aplicándole un calificativo popular, bastante feo.

Las conversaciones de la gente tenían muy disgustado al señor Toledo, persona que desde antiguo apreciaba muchísimo á la familia del maestro Narciso.

Era el señor Toledo un hombre de más de sesenta años, que se había quedado viudo *cuando el cólera* y vivía con su hermana Jesusita, más vieja que él, en donde llaman el Carnero.

Tenía un empleito en la Contaduría de la Catedral y además se procuraba algunos cuartos haciendo particiones, trabajo que muchas familias le encomendaban, conocedoras de su proverbial honradez. Los ratos de ocio los dedicaba á componer instrumentos de cuerda y tenía siempre lleno su cuarto de guitarras y bandurrias averiadas, que sus dueños le confiaban

para que las *governara*. Soldaba el varillaje roto de los abanicos con habilidad pasmosa, curaba el resfriado de los pianos y devolvía la voz á los relojes afónicos. El fué el autor de los primeros daguerreotipos que en Atlántica se vieron y los mejores bastones de leña buena salieron de sus primorosas manos. Más de una vez se coló de rondón en el coto cerrado del arte y aun conservan algunas familias los cuadros al óleo con que él las obsequiara (un paisaje crepuscular en que el sol, declinante, parece un huevo frito con tomates: una Santa arrodillada que recibe en mitad del cráneo un rayo de luz, semejante al chorro de una ducha).

Era además el señor Toledo patriota, exaltado y furibundo. La única borrachera de su dilatada vida la pescó durante las fiestas de la división de la Provincia, y aunque era un hombre buenísimo, nos consta que más de una vez deseó una erupción del Teide, que cegara el Valle de Orotava, el cual, después de todo, no podía á su juicio competir con el *pintoresco pago de Tafira*. Su temâ favorito

era la luctuosa época del cólera, aquel fúnebre año 51, en el que *nuestros hermanos* de Santa Cruz le quitaron los timones á los barcos, para impedir toda comunicación con la isla infestada. Este detalle de los timones tenía el privilegio especial de sacarle de quicio.

Levantábase siempre antes de amanecer, y su primera diligencia era acudir á la plaza del mercado, donde daba unas cuantas vueltas, enterándose del precio de los artículos y pegando la hebra aquí y allí con los revendedores, eternamente vestido con su levita corta y verdinegra, el sombrero de copa ó *bollo* ladeado hacia la izquierda, su pescuezo de pollo pelado, sus patillitas blancas y sus ojos chicos y negros como los de un pájaro. Después de almorzar iba á la oficina, y á cosa de las dos, después de una corta estación en las puertas del Juzgado, donde se enteraba de las sabrosas nuevas curialescas, daba fondo en la barbería del maestro Narciso, para leer los periódicos y charlar con los parroquianos, entre el chasquido estridente de las tijeras y el mareante

gorjeo de los pájaros canarios. Por las tardes, después de la hora del puchero, salía de paseo en compañía del maestro. Casi siempre se dirigían á la punta del muelle, alcanzando alguna vez la inefable felicidad de ver echar un prisma.

Una tarde, paseando juntos por S. José, atrevióse al fin á mentar el escabroso tema de los amores del Ingeniero.

—Mire, maestro, lo que había de decir por detrás, se lo digo por delante. A mí no me está gustando tanta visita del Ingeniero á su casa, que quiere que le diga.

Detúvose el otro desconcertado y dijo:

—Como? Que visitas son esas?

—No se venga haciendo el nuevo, compadre, que Vd. sabe como todo el mundo, que el ingeniero recala por allí todas las noches.

—Adiós! Esta es la que nos faltaba. De modo que un caballero no puede entrar en la casa de un pobre sino para hacer una ruindad? Mire, Señor Toledo, déjeme el alma quieta.

—Maestro, no se *enroñe*, que yo le

hablo en buena conformidad. Espérese, fíjese. El niño ese...

— Parece que Vd. le ha cogido tecla.

— Tales padres, tales hijos. Ya usted conoce al Marqués.

— El padre será lo que quiera, pero el hijo es un caballero, un *bondón*.

— Espérese, carrizo! Será un *bondón* y un angel y todo lo que Vd. quiera, pero yo le certifico que está loco perdido por Rosario y Vd. no tiene necesidad de que á su niña se la critiquen. Pues no faltaba más! Amigo, el pobre tiene que defender su honradez, que es su única riqueza. Usted debe llamar á ese caballero y decirle que mucho lo siente y tal, pero que no vuelva á parecer por los alrededores.

— Está loco? Yo no soy capaz.

— Con política, se entiende, con política. Las cosas se dicen con política.

Siguieron tratando aquel enojoso asunto toda la tarde y al separarse de su amigo, iba el maestro Narciso abochornado y confuso.

Aquella misma noche, ya en la cama,

le habló del caso á su mujer. Por cierto que Micaelita se puso hecha una furia y dijo mil pestes de las personas que hablan por detrás. Pero el maestro Narciso había tenido tiempo de meditar acerca de los consejos de su buen amigo y comprendiendo que era preciso cortar por lo sano, así se lo dijo dijo á su mujer.

—*Correr* á D. José? Estás loco? Yo no se lo digo. Primero me matan.

—Señora, y quien le ha dicho á Vd. que se meta en eso? Aquí está el hombre de la casa. Pues no faltaba más!

—Bueno, bueno, *entendevos*. (páusa) Habráse visto, señor, lo que puede la gente *alegantina*.

—Mira, Micaelita, cuando el río suena... Demasiado sabes tú que el Ingeniero gusta de Rosario. Es así ó no?

—Está bien. Y que? Pa eso tiene los ojos.

—Mujer! Mira lo que estás diciendo! No me hagas cojer una incomodidad. De modo que tú quisieras ver á tu hija arrastrada por esos suelos?

—Yo no.

—Ah, pues entonces!

—Mira, Narciso, haz lo que quieras y no me vuelvas la cabeza loca. Señor, estas *traquinás* me van á acabar la vida.

—Tú ves? Demasiado sabía yo que tú estabas *laberintada* con estas cosas. Nada, hay que cerrar los ojos. Lo que debe hacerse, se hace.

Callaron ambos esposos y al dar la vuelta el señor Narciso dijo para sí, tapándose la cabeza con la sábana.

—Fuerte compromiso, caballeros, fuerte compromiso!

A las dos noches se lo dijo. Fué á la salida de una conferencia del Círculo, en la que se trató de la cremación de los cadáveres, saliendo todos muy convencidos de su conveniencia *bajo los puntos de vista*, social, económico, higiénico etc., pero firmemente resueltos á que les enterraran en campo santo.

El maestro Narciso llamó aparte al ingeniero.

—Sr. D. José, palabra.

Y ya en la Plazuela, paseo arriba, paseo abajo, se lo dijo con mucho trabajo y

vergüenza. Que la gente estaba alegando lo mucho y lo bueno, que él era pobre, pero honrado...

El ingeniero le oía temblando.

—Pero maestro, Vd. cree que yo...

—No, no señor. Está loco! De Vd. no tenemos ningún motivo. Pero quien le tapa la boca á la gente, Sr. D. José? Póngase en mi lugar. Yo no digo que de cuando en cuando, *de relance*... Mi casa siempre estará abierta... Yo siempre soy el mismo.

—Ya comprendo, dijo Pepe. No es preciso que me diga más.

Y se separaron, cerca ya de media noche, pensativos y tristes.

VI

Cuando estos sucesos ocurrían, el padre de Pepe, D. Sebastián Lentiscal y Alonso Vega, Marqués de la Laja y caballero gran Cruz de no sé que orden, tenía cerca de cincuenta años, y era alto, corpulento, macizo y redondo como una torre. Se parecía mucho á su hijo, pero no tenía en el rostro aquella expresión tan propia de Pepe, cariñosa y grave. Todo lo contrario: sus facciones, los ojos, la nariz, la boca, ios carrillos, hasta las orejas mismas parecían celebrar un perpétuo jolgorio. En aquella cara no había un solo detalle que fuese sério: reían los ojos chicos, azules y miopes: reía la nariz gorda y carnosa como una batata, reía la boca, roja y húmeda, sacando á luz una dentadura admirable, blanca y sólida. Con aquellas facciones

bastas y risueñas, rodeadas de ancha barba rubia, parecía un frailón de los buenos tiempos, bien nutrido y contento de vivir.

Se casó siendo aun muy joven con una viuda que le llevaba nada menos que catorce años y no tuvieron más que un hijo, Pepito Lentiscal. Su esposa D.^a Remedios, hermana de D. Paulino el Mayo-razgo, tenía entonces sesenta y cuatro años y era tan chica de estatura, que nunca se atrevió á salir á la calle, dando el brazo á su marido. Era una señora excelente, de facciones menudas y bonitas, que se pasó la vida riéndole las gracias al *niño*, que así llamaba ella al gigantón de su marido, tolerando con indulgencia casi maternal los enormes y frondosos cuernos con que aquel la obsequiara desde los primeros tiempos de la boda.

En efecto, el Marqués, en lo que respecta á sus relaciones con el bello sexo, tenía una fama detestable en todo el Archipiélago. Era un Napoleón de las faldas y Colón siempre sediento de nuevos territorios femeninos. El no tenía ideas

políticas, ni falta que le hacían, pero en en punto á mujeres, profesaba los inmortales principios igualitarios del 89. Con tal que fuesen jóvenes y que tuvieran su *reburujón* como él decía, lo mismo le daba que fuesen señoras, campurrias ó marineras. Es fama que en cada una de sus fincas mantenía una amorosa sucursal, además de las dos fijas y permanentes de la población, situada una en San José y otra en Fuera la portada. Cuando arribaba á las playas atlánticas una compañía de ópera ó de zarzuela, él era el primero en abonarsé, tomando invariablemente el palco de *tornavoz* de la derecha, desde donde podía flechar con toda comodidad á las artistas. Como nadie podía competir con él en cuanto al número y esplendidéz de los regalos, todas, desde la triple dramática ó de fuerza hasta la última corista, abrían al buen Marqués las puertas de su *camerino*.

Fué raro caso que de aquel *baladrón* de D. Chano naciera un hijo tan sério, estudioso y formalito como Pepe. Dióle desde su niñez por las matemáticas y se

pasaba las horas delante de una enorme pizarra, trazando números y signos diabólicos con un pedazo de *gzs.* Empeñado en seguir una carrera, su papá le envió á la Península recomendándole á varios de sus amigos que tenía por allá (como serían ellos) para que le despabilaran un poco. Pero ni por esas: el chico se pasaba todo el curso pegado á los libros como una lapa y cuando en los meses de vacaciones regresaba á su tierra, desembalaba una amenísima colección de planos, diseños y papelotes, entre los cuales su papá buscaba inútilmente una fotografía de mujer. Y como fin de fiesta, durante una primavera que pasó en Sevilla, el niño cometió la inocentada de enredarse con una de sus primas, Clarita Alonso Vega, y á escape y corriendo se casó con ella. Fué tan desgraciado aquel enlace, que á los pocos meses la muchacha perdió la razón y se quedó paralítica. Desde que los médicos de mayor fama negaron toda esperanza de salvación, Pepe se volvió á su tierra, dejando á la enferma en compañía de sus padres.

Cuando el marqués supo los amores del niño con Rosarito la guapa, fué como si le quitaran un peso de encima. Así lo dijo y lo repitió muchas veces. Aunque le quedaba mucha *magua* de la chica, á quien había echado el ojo desde la noche del estreno de *Rigoletto*, le consolaba del irrevocable desistimiento la idea de que el muchacho comenzaba á despabilarse, á salirse fuera del plato.

¿Quién podría describir la novelería extraordinaria de la ciudad atlántica durante aquel período de la pasión del Ingeniero por la hija del maestro Narciso? Altos y bajos, grandes y chicos, todo el mundo *alegaba* con frenesí de aquel asunto, en la plaza de Mercado, en la Botica, en los poyos de la Plazuela, en todas partes.

Después de la ruptura de relaciones, por decirlo así, con la casa del callejón de Doramas, andaba Lentiscal como un alma en pena, desmedrado y triste. Milagro fué que la gente no diera en burlarse de él y que no le colgaran un *nombrete*. Los miembros respetables de la familia, el

maestro Narciso, la vieja, Dominguito, hasta le negaban el saludo; exasperados por los anónimos crueles y hasta indecentes que de continuo recibían. Pero en cambio los dos elementos levantiscos; Pepe el Canario y Adriana de Cardoville, la más pequeña de las muchachas, eran partidarios encarnizados de la revolución. El primero, una noche, en San Juan, le dió una folía de trompadas á un pollito que estaba poniendo como un zapato al Ingeniero y la chiquilla traía y llevaba en el cestito de la escuela las epístolas de los novios.

La correspondencia amorosa había en efecto comenzado. Todavía conservan los interesados aquellas cartas, escritas hace más de veinticinco años, cuyo papel ha trocado el color blanco por otro; amarilloso y feo. Todavía, en una recóndita gaveta de su mesa de despacho, guarda Pepe una mata de pelo negro, sujeta con una cinta de seda azul.

Y no solamente se escribían, sino que también hablaban. Allá á las altas horas de la noche, cuando todo el mundo dormía

en la casa terrera del callejón de Doramas, Rosario se levantaba sigilosamente y acudía á la ventana baja de la *marea*. Allí permanecían hasta las dos ó las tres de la mañana, olvidados de todo, sumergidos en un éxtasis profundo y delicioso.

La pasión del ingeniero, de aquel muchacho formal, reconcentrado y tímido, era una idolatría infinita, delicada, respetuosa y casta. Nunca pasó del beso en las manos, prueba de sumisión antes que caricia, añejo resabio de los galanteos de otros tiempos. El amor de Rosario era más sensual, más humano. Ella esperaba todas las noches, deseándolo con todas las fuerzas de su sér enamorado, un atrevimiento de Pepe, un rasgo de audacia varonil. Y la idea de huir con él, del viaje en su compañía á lejanas regiones de Europa ó América, hervía en el fondo de su alma, pronta á formular la aceptación brusca y definitiva, á la menor indicación del amante. Y como tenía las creencias tenaces é irreflexivas de la mujer del pueblo, sostenía luchas crueles con el instinto pasional, mientras que el Inge-

niero flotaba, extático, en el firmamento de los amores serenos, no amargados por el remordimiento. El apesgar de estar unido por la *autoridad competente* á otra mujer, creía tener derecho al amor. Ella, al querer á un hombre que no era libre, tenía conciencia clara y dolorosa del pecado y la batalla con el catecismo, la rebelión contra la familia y la sociedad, le procuraban el encanto misterioso de vivir y de luchar.

VII

Al fin llegó la catástrofe. Enterados los padres por uno de aquellos implacables anónimos que de continuo recibían de las entrevistas nocturnas de los novios, acecharon una noche á la muchacha. En pleno éxtasis amoroso se hallaba Rosario, cuando sintió que le agarraban enérgicamente por el moño y al volver rápidamente la cabeza, recibió en mitad de la cara un par de guantazos, descargados con febril coraje. Casi al mismo tiempo que el grito de sorpresa y de dolor de la muchacha, sonó en el silencio de la noche la voz agria y destemplada de la vieja, que clamaba:

—Anda, entra pa dentro, pedazo de baladrona, *escachada*, que nos estás afrentando...

La arrastraron hácia el interior de la casa, cerrando con estrépito la ventana, y tras un breve rato de silencio, percibió el enamorado los lamentos agudísimos y angustiosos de su ídolo, interrumpidos por las irritadas voces paternas. Era aquella la costumbre tradicional en el pueblo. La desvergüenza de la hija merecía una buena *calda* y sin más tardar se la estaban aplicando.

Entonces Pepe se abalanzó á la ventana gritando á su vez, fuera de tino.

—Señor Narciso, Micaelita, déjenla por Dios, no la castiguen más.

Pero en ésto, oyóse gran rebullicio en la vecindad y todas las comadres del barrio, con sus respectivas niñas, se colgaron de las ventanas.

Sonaron voces femeninas, llenas de ardorosa curiosidad.

—Donde es?

—Que trapisonda es esa?

—Suena en casa del maestro Narciso.

—Ay mi madre, que le están dando á Rosario la gran tollina.

—Bien empliado, añadió una vieja.

—Por sinvergüenza, por loquinaria, por *enralada*.

No tuvo Pepe más remedio que retirarse para no añadir nuevas y más grandes proporciones al escándalo, pero la carbonera de la esquina, que había subido á la azotea para dominar el campo, gritó al verle:

—Ahí va el *jembro*.

—Vaya noramala el *tiesto*, *baladrón*, poca-vergüenza, que le ha vuelto loca la cabeza á una muchacha honrada.

Y como el ingeniero acelerara el pãso, muerto de vergüenza, la misma voz burlesca de antes le fustigó con estas palabras:

—Donde es el fuego, cristiano?

Al día siguiente toda la población se enteró de lo ocurrido y el escándalo fué enorme. Decíase que á Rosarito le había dado un *mal* á consecuencia de la *felpa* y que al Ingeniero le habían *atoriado* en la calle. D. Paulino el Mayorazgo, después de celebrar consejo con sus hermanas las Colaltas, cosa que siempre hacía antes de

tomar una resolución imporrante, se personó en casa de su cuñado Chano, quien acogió con grandes risotadas las pudibundas alharacas del otro, acabando por decirle que él tenía una casa desalquilada en S. Juan y que la arreglaría para morada de la ilegal pareja. Que horror! El buen mayorazgo, saliéndose de las reglas de urbanidad por la primera vez en su vida, le dijo á su pariente:

—Si se me permite la frase, te diré que eres un cínico, Chanito.

—Y yo, sin permiso ni nada, te digo que eres un *sanana*. Pues hombre, no faltaba más! Vaya un empeño de hacer la vida más triste de lo que es! Lo que yo digo, señor. Ellos se quieren? Sí. Ellos pueden casarse? No. Pues entonces, porque no han de...

—¡Jesús! Yo no puedo aguantar esto! Donde vamos á parar? Que educación!

—Sigue echando, hombre, sigue echando.

—Eres un perverso, un inmoral, un réprobo...

—Y tú más bobo que una cebolla.

—A que no me lo vuelve Vd. á decir?

—*Al campo D. Nuño voy...*

—Si señor, al campo, al campo...

—Mira, Paulinito, no la vengas echando de gallo inglés. Vete á rezar el rosario con las Colaltas.

Aquel mismo día el gran Don Chano se avistó con su hijo y de buenas á primeras, le espetó aquel proyecto suyo del rapto y de la morada anti-legal y diabólica en la casa del barrio de S. Juan. Pero se quedó como quien vé visiones cuando su hijo le salió con el siguiente rasgo que él juzgó absurdo, inverosímil.

—Papá, Vd. no me comprende.

—Pero hijo, que es lo que pretendes? Te figuras acaso que habrá causa criminal, cárcel y curia? Que equivocado vives! Estamos en España, bobo, y con dinero y empeños todo se arregla.

Entonces y como el escándalo alcanzaba proporciones febriles, intervino en el asunto el párroco de S. Juan Bautista, D. Jerónimo Gordillo, personaje angelical, varón persuasivo y dulce, eterno componedor de disputas y salvador de situacio-

nes escabrosas, hombre que hubiera sido perfecto, sino le aquejara el vicio irresistible de hablar, la pasión inveterada por el monólogo. Hablaba hasta en sueños y cuando pronunciaba un sermón, era la de apaga y vámonos.

El no veía otra solución en aquel espinoso asunto que el casamiento inmediato de Rosarito y como no había que pensar para ello en el Ingeniero, le había echado el ojo á otro pretendiente de la guapa, víctima ignorada y humilde, dispuesta á ofrecerse en holocausto. ¿Quién era el tal? Pues era Juanito Ossorio, el hijo de doña Dolores, señora de la clase media, empleado en el escritorio de los señores Bateson, Williams and Company, hombre de treinta y tantos años, modelo de virtudes, formalito, irreprochable, espejo de empleados y de hijos de familia, alto y flaco, con un hombro más alto que otro, coloradito como una manzana, con los ojos siempre dirigidos al cielo, como el S. Juanito de las procesiones de Semana Santa. Usaba siempre traje negro con hongo y chaquet, y un reloj de plata de

máquina tan poderosa como la de un vapor, cuyo fuerte latido anunciaba desde cierta distancia la llegada de su dueño. Su mamá le zahumaba la ropa blanca.

No había más solución que Juanito Ossorio. Así lo creía el buen párroco, que no solo obraba por impulso propio, sino también por virtud de altas insinuaciones recibidas en *Palacio*. El Illmo. Señor Obispo de la Diócesis deseaba también la terminación de aquel escándalo.

Nunca en su ya dilatada vida experimentó el Sr. Gordillo placeres tan exquisitos y tan refinados goces como en la ocasión aquella. Se pasaba el día y gran parte de la noche en el abuso de la palabra.

Visitaba primero la casa de los Marqueses de la Laja y allí se encerraba con Pepito, á quien desde niño conocía y trataba.

—Pero muchachito, le decía, tú tienes trastumbado el juicio. ¿No ves que te has metido en un callejón sin salida? Dicen... dicen... que la muchacha te quiere y que tú la quieres á ella. Está bien, conformes.

¿Y que sacamos de ahí pa las Animas? Eres casado, niño, y ya sabes que ese dichoso vínculo es tan peliagudo, que solo Dios puede desatarlo. Bien dijo el evangelista S. Mateo: *quicumque dimisserit uxorem suam...* pero ya sé que tú no respetas los sagrados textos, porque eres de los de cáscara amarga, como dice Su Ilustrísima. Pero en fin, tú reconocerás que hay principios inmutables en materia de moral y de justicia... No? Pues estamos frescos. Y en eso que la moral universal, tampoco crees? Claro. Eres igualito á ese Palomo ó Palomares que sermonea en la Gallera. Bonita sorpresa se va á llevar ese señor cuando doble las cajetas. Y tú tambien, tú tambien... ya verás. ¿Te ríes? Mira, niño, vete á la porra.

Por las noches, eran las grandes encerronas con Rosario que, después de la terrible escena de la *calda*, se había vestido de hábito del Carmen y estaba pálida y más guapa que nunca. El monólogo duraba allí hasta las diez de la noche.

—Rosarito, todavía estamos de jirimi-queo? Vaya con la niña esta de porra!

Señor, en que país vivimos? Estas criaturas se imaginan que al mundo se viene á gozar, á divertirse, cuando hasta los chiquillos de la amiga saben que la tierra es un valle de lágrimas y que hay que sacrificarse, que *jeringarse* para ganar el cielo. No sé que sacas de pensar en Pepito, boba. Irte de baretas al Infierno. Mira, niña, hazme el favor de pensar en el pobre Juanito, que es un *bondón*, un serafín, y está pronto á vivir contigo en cristiano matrimonio. Bienaventurados los que viven en paz con su conciencia, porque la paz es la vida. Es así ó no, Rosarito?

En la casa del maestro, todos eran partidarios de la solución Ossorio, menos Pepe el Canario, quien declaraba que antes quería ver difunta á su hermana que casada con aquel *guanajo*. También era hostil á Juanito, Adriana de Cardoville, la graciosa mensajera de amor. Cada vez que encontraba por la calle al infeliz enamorado, le insultaba con su boquita de rosa, diciéndole.—Fó! antipático, repugnantón!

Andaba Pepe Lentiscal por aquellos

días tan cabizbajo, tan desalentado y triste, que daba lástima verle. En vano se empeñaban en distraerle sus numerosos amigos, D. Cristobal Romero, Palomares, Chano Pedregal. Siendo como era tan amante del sueño, se pasaba las noches en vela, evocando la imagen de la adorada, la mirada negra, seria y profunda de los ojos incomparables, la boca fresca y pura como la flor intacta, el contorno ideal del cuerpo immaculado, surgiendo como un astro en la sombra tediosa de la alcoba.

Entonces fué cuando Pepe el Canario, que algunas veces le acompañaba por las noches en sus tetricos y solitarios paseos, llegó á proponerle su concurso para un rapto novelesco.

—Mire, D. José, yo me encargo de romper la puerta de la marea: tenemos un bote preparado en la playa, nos encajamos á bordo de un vapor francés ó inglés y adiós Canaria. Juanito Ossorio se queda *albiando*.

Pero Pepe miraba con singular repugnancia aquel proyecto. Dejar su país, sus

padres, su casa, romper el plan regular y placentero de su vida sin compostura posible, permitir que los simétricos, los defensores de la ordenada arquitectura social le condenasen en rebeldía, ésto era demasiado fuerte para Pepito y sobre todo, *tiempo había para ello*. La cosa no apuraba tanto. Mañana, si las circunstancias lo exigían, él no diría que no. Era preciso confiar en la constancia, en la firmeza de Rosario, en la palabra empeñada, en el juramento tantas veces repetido en la ventana baja de la marea.

—Sí. Fiate del santo y no corras, pensaba el Canario quien al fin, aburrido, abandonó también á Lentiscal, diciendo para sus adentros.

—El bobo soy yo. Allá se te haya. Nunca creí que D. José fuera tan *debaso*.

Y D.^a Remedios, viendo á su hijo tan abatido, tan sin ventura, le abrazaba á cada instante y le decía, mojándole la barba con el llanto de sus ojos.

—Tú no te apures, niño de mi vida, que tu madre nunca te faltará.

VIII

La noticia voló como un pájaro, esparciéndose instantáneamente por todos los ámbitos de la población, desde la playa hasta los riscos. Era el triunfo de la línea recta, el éxito de su Ilustrísima, del párroco Gordillo, del señor Toledo, de D. Paulino el Mayorazgo, de las Colaltas y demás elementos conservadores, regulares y ordenados de la sociedad.

El domingo siguiente, acudió numeroso gentío á la misa de ocho en la Parroquia de S. Juan Bautista, para oír la lectura de las proclamas ó amonestaciones, después de cuya publicación es costumbre siempre observada en Atlántica que la desposada se encierre á piedra y barro y no asome las narices á la calle hasta el día del casorio.

Juanito Ossorio andaba por aquellos días alelado y boqui-abierto, como si contemplara de continuo un cuadro seductor, la realización de un dorado sueño de su imaginación y de sus sentidos. Por primera vez en su vida de empleado, se equivocó en unas cuentas de cochinita de la respetable casa Bateson, Williams and Company, recibiendo su correspondiente raspapolvos del honorable Mr. Williams.

Todos los días, á solas en su cuarto, le daba aire á la levita de paño negro y al pantalón de jueves santo, rayadito de azul. Ya tenía designada la camisa de la ceremonia y hasta hubo de adquirir por tres pesetas una corbata seria, de las que se introducían en un aro de metal, según la moda de aquel tiempo. Lo que sí le traía realmente disgustado era el sombrero de copa, que contaba unos diez años de edad y era grande como un barco, de anchas alas y copa en forma de trabuco, siendo así que á la sazón se estilaban cortitos de ala y de copa cilíndrica. Pero aquello no tenía remedio. El no se sentía capaz de pedir á su mamá los cinco duros

que entonces costaba un *bollo* en Atlántica. Y menos para estrenarlo en semejante día, porque D.^a Dolores, miraba con grandísima repugnancia el matrimonio aquel y no tanto por las circunstancias anormales y hasta escandalosas en que se celebraba, como porque la muchacha pertenecía á la que llaman *gente cualquiera*, y por lo tanto no le *igualaba* al muchacho, que figuraba indiscutiblemente en la clase media.

La boda se celebró, si mal no recuerdo, á principios de Septiembre. Después de oraciones, la familia del maestro Narciso, dividida en secciones para no llamar la atención, se dirigió á la parroquia. Iba delante Micaelita, con las dos niñas Carmen y Angustias, que estrenaban vestidos de merino, uno azul y otro verde, con mantilla blanca recién aplanchada y mucho polvo de arroz en los hociquillos compungidos y traviosos á la vez. Un poco más lejos venía el maestro Narciso con Rosario, vestida de hábito del Carmen, recatando con la mantilla el rostro lívido y hermosísimo y luego Pepe el Canario con el señor Toledo.

Entraron en la sacristía por una puerta lateral y se sentaron en un banco, alumbrados por el resplandor vacilante de una vela, que un *monigote* había colocado en la enorme mesa central. Guardaban todos silencio y una ansiedad extraña, una suerte de impaciencia angustiosa les oprimía el corazón.

Al cabo de un rato bastante largo, llegaron Juanito Ossorio y su mamá, el primero con su levitón que le llegaba hasta las rodillas, estrenando botas de charol: la segunda con un antiquísimo vestido de seda negro y su mantilla de *centro*. Acompañábanles las niñas de Mederos, las que tuvieron y creo que tienen aún la *amiga* en el callejón de Bentejuí. Después de un ceremonioso *buenas noches*, el grupo Ossorio se sentó en otro banco, frente al grupo barberil. Y abrióse un abismo entre las mantillas blancas y las mantillas de centro. Un silencio estúpido reinó durante más de un cuarto de hora.

Celebróse la ceremonia en el altar de la Soledad, débilmente alumbrado. Detrás se abría el hueco sombrío de la iglesia,

la cavidad indecisa y gris en la que sonaban con prolongado eco el ronquido de las toses y el seco golpear de los tacones. Porque, apesar de la reserva guardada respecto á la fecha del acontecimiento, había acudido numeroso público, sobre todo femenino, que observaba la ceremonia con bestial y salvaje curiosidad.

D.^a Dolores y su hijo estaban serios, respetuosos, con la gravedad imbécil del burgués que asiste á *uno de los actos más trascendentales de la vida*. Micaelita sonreía estúpidamente, con las manos cruzadas sobre el vientre deforme. Al maestro Narciso se le aguaban á cada instante los ojos, fiel á su antigua costumbre de rociar con una lagrimita todas las solemnidades á que asistía. Las dos muchachas atendían con toda su alma, Pepe el Canario se entretenía en hacerle *regañizas* al monigote que mantenía la vela y Rosario no levantaba los ojos del suelo. Apenas se oyó su contestación á las tres preguntas de ritual.

De vuelta á la sacristía y mientras esperaban al buen D. Jerónimo Gordillo,

D.^a Dolores le decía en voz baja á una de las niñas de Mederos.

—Juanito lo quiere? Allá se le haya. Esa mujer le tenía cogido por el *bese*. Mire, y no lo siento porque sea una pobre, ni por lo que ha pasado con ese que llaman el Ingeniero, que será ó no será, sino por el familiaje que tiene. Que le pareçe á Vd. el Pepillo? Ha visto Vd. su comportamiento en la santa casa de Dios? Además, hoy he venido á desayunarme de que la niña es una *desconchavada* y una *botadora*.

En la casa nupcial, Micaelita tenía dispuesta su *media porquería*, como se dice en estilo popular. Una bandeja con merengues, otra con *sopa de ingenio*, dos libras de dulces, dos botellas de cristal con vino del Monte y un frasco de anís.

Si no es por el buen D. Jerónimo y su pasión desmedida por el soliloquio, aquello más que boda, hubiera parecido visita de duelo entre personas de mucho cumplimiento. Rosario se sentó lejos de la mesa, en una silla arrimada á la pared. D.^a Dolores estaba tan séria é inmóvil

como el busto de Cairasco que se alza en una de las plazas de la Ciudad. Juanito Ossorio tenía una *sorimba* extraordinaria, que determinaba en él la extraña sensación de estorbarle los brazos y las piernas. El Señor Toledo se llevaba *en bruma* los merengues y el Canario le daba besos tan prolongados y frecuentes á las copas, que al fin Micaelita hubo de guardar el frasco de anisado, por temor de que el muchacho se *jalara* y diera un triste espectáculo.

A las diez se retiró la familia Ossorio y hubo en el patio, durante la despedida, una escena de llantos y *jirimiqueos*, pues Micaelita abrazó á su hija con exagerados aspavientos, lamentándose de la pérdida de aquella prenda que se le marchaba de la casa, dejándoles tan solitos, á ella y á su compañero. Este último tornó á *rezumirse* y, sonándose con fragoroso ronquido, estrechó la mano fría y pegajosa de su yerno y llamó *comadre* á doña Dolores, intempestiva muestra de confianza, que la señora acogió con reconcentrada indignación.

Y lo más triste del caso fué que, reti-

rados los consortes, Pepe el Canario manifestó á grandes voces que iba á rescatar á su hermana y que *desnunciaría* á todo el que se opusiera á su justiciero proyecto.

—Mi hermanita de mi alma! gritaba. Tú eres una perla, una preciosidad y no puedes ser pa ese *manido* del jinojo. Más que lo diga padre, más que lo diga el cura!

Estaba borracho perdido. Las muchachas lloraban y el señor Narciso, muerto de vergüenza, tuvo que llamar al sereno, que era íntimo suyo y entre todos pudieron al fin recluir al Canario en un cuarto bajo, en el que lloró con desesperación gran parte de la noche. Al fin se quedó dormido.

.....
El zaguán era estrecho y largo, alumbrado por un triste farolillo, colgado ante una imagen de la Virgen de las Angustias. Cayó, con discordante repiqueteo de campanillas, la pesada hoja del postigo y doña Dolores gritó con destemplada voz, desde el pié de la escalera.

—Candelarilla, alumbra!

Pero antes que la luz del farol rasgase las tinieblas del patio, Rosario sintió una mejilla áspera y caliente junto á la suya y el contacto repulsivo de una mano fría y temblorosa, que buscaba los latidos de su corazón.

IX

Aquella misma tarde D. Sebastián se había llevado á Telde á su hijo Pepe, en el landó de la casa.

Detrás de las montañas ásperas y grises que limitan la carretera por el lado del Poniente, moríase á lo lejos, en un punto del horizonte invisible, la luz del sol y en el cielo del crepúsculo, en la inmensa bóveda color de violeta, palpitaba suavemente la estrella de la tarde.

Llegaban una tras otra, lentas y quejumbrosas, empujadas por la brisa del Norte, las campanadas de la Catedral, el toque familiar y melancólico de la oración y en las humildes casas del barrio de San José brillaban detrás de los cristales de las ventanas, las lámparas de petróleo.

Después de la vega espléndida en cuyo

verde sombrío fulguraba, como dotado de luz propia, el hilo plateado de las acequias, dilatóse bruscamente la playa inmensa de la Laja, bruñida y transparente como el pavimento de un salón de baile. De la línea indecisa y lejana en que morían las olas, llegaba el murmullo continuo y discreto del Atlántico encadenado, quejándose vagamente en la penumbra.

Brilló ante los viajeros una luz, que parpadeaba en la sombra medrosa de una caverna y el coche penetró rápidamente en el túnel, rodando con estrépito entre las paredes de basalto, con aristas de luz y huecos de negrura intensa, que parecían prolongarse indefinidamente en la masa profunda del risco. Más allá reapareció el espacio libre, la respiración cadenciosa del Atlántico, dormido bajo la serenidad inmensa del crepúsculo.

Cuando los viajeros llegaron á la vista de la Ciudad, la noche había cerrado enteramente y el caserío y la vega desaparecían bajo el pesado manto de las sombras, esmaltado de lucecitas vacilantes. Y al descender al fondo del valle y al

penetrar en el pueblo, el aire más tibio, saturado de las esencias de las huertas, las casas antiguas y dormidas, la luz macilenta de los faroles, el soplo impetuoso de la brisa del Norte, el ladrido quejumbroso de los perros, causaban la ilusión de la llegada á un pueblo viejo y triste, descansando en la paz y la ignorancia de los pasados tiempos.

La Palma de los Frailes, la preciosa finca que la señora de Don Chano había heredado de sus padres, se hallaba á poca distancia de la población. Apenas el coche se detuvo ante la verja de la casa, el Marqués se eclipsó, deseoso de visitar la sucursal del Sur que no lejos de allí se encontraba y Pepe se dirigió á la huerta, situada á espaldas de la casa, plantada de árboles viejísimos, cruzada por senderos irregulares y misteriosos, donde aún existían macizos bancos de piedra en los que reposaron en pasados siglos canónigos y frailes, mayorazgos y oidores de la ilustre prosapia de Alonso Vega.

Flotaba en el espacio la claridad imprecisa y vaga que descendía del cielo estre-

llado y el canto melancólico y gutural de las ranas hería á intervalos el solemne reposo de la noche.

Tendido en uno de los bancos, en el rincón más obscuro y apartado de la huerta, sentía Pepe una especie de amargo desconsuelo, una compasión infinita de sí mismo que le hizo llorar largo tiempo, con infantiles sollozos. Luego experimentó una sensación de tranquilidad extraña y vergonzosa, como si un peso hubiera dejado de gravitar sobre sus entrañas, la impresión de libertad que deja en los mortales la ruptura de un lazo que les sujetaba, la revuelta en un camino de la vida que nos revela de improviso nuevos é inexplorados horizontes.

Intentó reaccionar contra aquel estado de ánimo, evocando con energía la profanación humillante del ídolo, exforzándose en poner allí, á sus piés, ante su vista, la escena horrible que quizás en aquel mismo instante se realizaba y no pudo conseguirlo. Todo aquello se disipaba, se desvanecía, lejano, irrevocable, casi indiferente.

Y al cerciorarse de la incurable inercia de su alma, del letargo invencible de su voluntad, invadíale una tristeza lúgubre, ansia de no ser, de sumergirse en la inmovilidad terrible de las cosas. Muy cerca del sitio en que se hallaba, percibía vagamente dos cruces, plantadas en un rincón de la huerta. Allí habían enterrado *cuando el cólera* al mayordomo de la finca y á una hija suya, muertos en el mismo día. Y aquel descanso absoluto, aquel sueño que duraba más de veinte años, de los dos seres humildes é ignorados de los que nadie quizás guardaba entonces memoria, le fascinaba, le atraía poco á poco, suavemente.

Oyóse en ésto la voz victoriosa de Don Chano que gritaba á la entrada de la huerta.

—Pepe! Donde andas?

Cuando el gigante divisó á su hijo, abatido y humillado al pié del arbol, como un guerrero vencido antes del combate, llegóse á él y le abrazó con rápida efusión.

—Pobre hijo mío!

Y luego añadió, alzando la cabeza, con

los ojos brillantes y las narices muy abiertas, como si ante él se abriera de improviso la perspectiva rumorosa y deslumbrante de los grandes bulevares, con su rebaño de pintadas hembras, ondulando como serpientes entre la negra muchedumbre.

—Pepe, el veinticuatro nos vamos á París!

X

Doña Dolores Gil, madre de Juanito Ossorio, era una señora que pasaba de los sesenta años, pálida, obesa y pequeña, con una cabeza cuadrada y voluminosa, carrillos anchos como una plaza, nariz carnosa y algo colgante, cabello blanco-pajizo y poquísimos dientes amarillos en las anémicas encías.

Hacía más de veinte años que madre é hijo vivían en aquella casa vetusta y pestilente de la calle del Arcediano. Ganaba Juanito cuarenta pesos del país en el escritorio de los Sres. Bateson, Williams and Company y como el alquiler subía á diez pesos, les sobraban treinta para las demás necesidades de la vida.

En aquella casa se comía puchero pelado seis días en la semana, invariable-

mente. Desde muy temprano se ponía al fuego la media libra de carne, se sacaba el caldo á las nueve y con unas sopas, una taza de té y un cacho de pan almorzaba la familia. A las tres, humeaba en el centro de la mesa la bandeja del cocido, suerte de asamblea amazacotada y blanduzca, á la que concurrían invariablemente papas y garbanzos, batatas y habichuelas, calabacines y piñas, peras y calabazas. Esta miscelánea extravagante, secundada por una escudilla de *gofio escaldado*, formaba la comida. A las nueve de la noche, un platito de *tumbo* y á la cama.

Todos los viernes, sin falta, el puchero se eclipsaba, ocupando su lugar el *cherne* con su colorado *majo*, ó los *tollos*, amargos y coriáceos. Los días de mucho repique-teo, como el de Páscoa, el de San Pedro Mártir ó el Domingo de Resurrección, se esparcía por toda la casa el olor de los huevos fritos y de los chorizos del país. Ni faltaban las castañas el día de finados, los pasteles de carne por Navidad y el *frangollo* el día de San José. En las épocas del año en que abundaba la sardina ó la

albacora, hacía doña Dolores abundante acopio de ambos productos del Océano con los cuales confeccionaba un escabeche que, conservado en una orza, duraba eternidades.

Todas las mañanas, á las siete, salía Juanito Ossorio con su *tren* de americana negro y reluciente y su hongo lleno de grasa, con dirección al escritorio de los Sres. Bateson, Williams and Company. A la misma hora se levantaba Rosarito y barria toda la casa, pasando luego á la cocina para ayudar á su suegra en la preparación del almuerzo. La servidumbre empezaba y concluía en una vieja, negra y descalza, llamada tia María la *gaga*, que hacía el mandado de la plaza y les traía, agua del Pilar Nuevo. A las diez regresaba el caballero y después de almuerzo cuando aquel, encendido el virginio, se volvía al trabajo, la guapa fregaba los cacharros y la desportillada vajilla y terminada esta operación, se sentaba á apuntar la ropa. A las dos volvían las mujeres á la cocina, comían todos al sonar el esquilón de las tres, en el comedor estrecho y lleno de

moscas, y hasta las ocho de la noche en que volvía Juanito del escritorio, trabajaban nuevamente suegra y nuera, empeñadas en la tarea ó suplicio de las Danaides, de tapar en medias y calcetines los eternos agujeros, que eternamente reaparecían.

Tenía Juanito Ossorio especial satisfacción en salir por las noches de brazo con Rosario, como si el dejarse ver con su *señora* (nunca la llamaba de otra suerte), á la luz macilenta de los faroles de *belmontina* fuera un acto solemne y casi litúrgico, una exteriorización indispensable de la vida regular y burguesa.

Durante la llamada luna de miel, solía sacrificar tal cual noche la cantidad de dos fiscas, en otros tantos vasos de mantecado. Había en aquellos tiempos en Atlántica una sola *nevería*, situada en el Toril, frente al barranco, un cuarto estrecho y blanqueado en el que solo cabían dos mesas pintadas de blanco y unos cuantos banquillos sin respaldo.

Como á la generalidad de las familias no les gustaba el exhibirse, solían esperar

á que el establecimiento estuviese vacío para penetrar en él y había noches en que, cansados de dar vueltas, se marchaban algunos para sus casas, renegando de la pesadez de los golosos.

Juanito Ossorio era tan amante del helado, que siempre rebañaba con la cucharilla el fondo y las paredes del vaso, se bebía el líquido amarilloso que rebo-saba en el platillo y hasta acababa de consumir, con ruidosa glotonería, lo que su mujer á menudo dejaba. También era aficionadísimó á los merengues y en general á toda clase de dulces. Solía de vez en cuando comprar una libra de ellos, que devoraba clandestinamente, sin dar á nadie participación. En estos placeres solitarios solitarios y egoistas del paladar no le dolía gastar alguna peseta. En lo demás, era *agarrado* y *jilmero* como todos los de su casta.

Por las noches, solían reunirse en la salita de la casa de la calle del Arcediano algunas personas de confianza: las niñas de Mederos, el señor Toledo, D. Jerónimo Gordillo,

Venía este último provisto de gran acopio de saliva, para gastarla en monólogos interminables, con gran desesperación del señor Toledo, que rara vez encontraba medio de esplayarse en los elegiacos sucesos del año 51, *cuando el cólera*, y de recordar el importante detalle histórico de la desarticulación de los timones, con el final propósito de poner como zapatos á *nuestros hermanos* de Santa Cruz. En efecto, el párroco monopolizaba la atención del auditorio, abusando de su sagrado carácter, según pensaba su rival y para colmo de desdichas, gozaba de una salud inalterable. Ni tan siquiera un *romadizo* que le impidiese concurrir á la tertulia. Cuando, por raro caso, la conversación se generalizaba, era de ver al buen D. Jerónimo desasosegado é inquieto, levantarse febrilmente del asiento, repitiendo con fuerza la última palabra del monólogo, para cortar de este modo los riachuelos en que la plática se subdividía. Recorría con la vista los rostros de los circunstantes y desde que cazaba la mirada de alguno, le echaba el garfio y sobre él

descargaba el granizo de su charla impenitente.

Tenía un sistema particular de referir las cosas, tomándolas desde el génesis, parándose en los detalles más insignificantes. Cuando refería la Odisea de un alimento pesado á lo largo de su tubo digestivo, las expediciones de un dolorcito reumático por las articulaciones de su cuerpo, ó la historia interna de su criada, resultaba más pesado y soporífera que la Novísima Recopilación.

Solía acudir á las tertulias uno de los pocos amigos de Juanito, compañero suyo de escritorio, un inglés solterón, próximo á los cincuenta años, llamado Guillermito Doll, sujeto tan pequeñín, tan regordete, de facciones tan lindas, aniñadas y rosaditas, que daba ganas de tomarle en brazos y de regalarle un dulce. Venía á jugar al dominó con su amigo, sin interés, por supuesto.

A las diez se retiraban todos y comenzaba el despiadado suplicio, la sumisión fría y silenciosa á la legítima brutalidad, al hartazgo feroz de los sentidos antes

sumisos, ahora desbocados, la siniestra toma de posesión de la cosa propia, adquirida por justo título, refrendado por la Iglesia y por la sociedad. Hubo noches en que, sintiendo la invasión de la ola nauseabunda y espesa, crispaba Rosario sus manos fuertemente, acometida de la tentación de estrujar con ellas la nudosa garganta, vibrante y conmovida por el espasmo egoísta y bestial.

XI

De este modo transcurrieron tres meses, Pepe se hallaba en París hacía algún tiempo con su padre y nadie se ocupaba ya en la población del novelesco episodio, que había tenido un desenlace tan honroso y arregladito á la moral. De cuando en cuando, sin embargo, las mamás recordaban aquel ejemplo á las muchachas que les salían un poco *envaladas*.

—Mira á Rosarito, la del maestro Narciso. Si la dejan, á esta fecha hubiera sido un *tiesto* y ahí la tienes casada con un hombre formal.

Y verdaderamente, Juanito era un hombre formal. Asistía puntualmente al escritorio de los Sres. Bateson, Williams and Company, entregaba á su mamá religiosamente los cuarenta pesos del país,

oía misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesaba y comulgaba, era respetuoso y sumiso para con doña Dolores, quería á su mujer como sabía y podía. Se hubiera conceptuado enteramente feliz, á no ser los celos terribles de su madre, la antipatía feroz que se profesaron desde un principio ambas mujeres.

En efecto, la guerra sorda, continúa, implacable, uno de esos dramas microscópicos, imperceptibles, que duran años y años, entre cuatro viejas paredes, en el seno de la vida tediosa y lúgubre de una familia pobre y sedentaria, se había declarado entre suegra y nuera, guerra de escaramuzas desleales, de alfilerazos envenenados, de perfidias y de traiciones. Si Rosarito deseaba encargarse unas botas ó comprarse tela para un vestido, D.^a Dolores la llamaba *botadora* y preguntaba con mucho retintín si había creído casarse con el hijo de un *marqués*. Si se asomaba á la ventana por las tardes, fajadita en su corsé, con su bata blanca oliendo á zahumerio y alguna flor en la cabeza, era Rosarito una *loquinaria* y

llegaban á sus oídos estas palabras, pronunciadas por la boca rencorosa de la vieja—Desgraciado de mi hijo, si no hubiera mucho mar de por medio! Si rompía un plato, ó se descuidaba en el apuntado de la ropa, era una *desconchavada*, sin pizca de fundamento y allí venía el echar pestes contra las niñas que se crían *machoneando* en la banda del mar.

En cierta ocasión, como el señor Toledo le prestara á su ahijada una guitarra, apenas hubo D.^a Dolores percibido los sonos del popular instrumento, se puso hecha una furia y declaró á voces que en su casa no quería oír *música de barbería*.

Pero sobre todo, el proyectil que con más saña y puntería lanzaba la vieja al enemigo campo, era la ordinariez de la familia de Rosario, el padre barbero, el hermano albeador y amante de *girarse*, la madre hija de un *roncote*, las niñas cosiendo para *fuera*. Hasta que un día la muchacha, impacientada, se volvió y le dijo.

—Señora, mejor tuviera reparo. Ni que

no supiera todo el mundo que su padre era zapatero.

La injuria fué tan contundente y dolorosa, que á D.^a Dolores se le remontó la cabeza y tuvo que aplicarse en ella paños de agua y vinagre.

A los cinco meses de casada, conoció Rosario un nuevo suplicio. Comenzó aquello por náuseas abominables, ánsias continuas que llenaban su boca de un líquido gelatinoso y repugnante, angustia horrible que la obligaba á vomitar, doblada en dos, con exfuerzos obstinados y dolorosos. Sus hermosísimas facciones empalidecieron y se ajaron, desfiguradas por extensas manchas parduzcas y por la hinchazón de la nariz y de los labios. Desapareció la armonía de su talle largo y elegante.

—Era lo que nos faltaba, decía doña Dolores. Nos vamos á quedar en *pelete* ó tener que trabajar para *fuera*.

—Pero mire, mamá, observaba con mucha timidez Juanito.

—No me rezongues!

—Yo no rezongo, mamá.

—Creí.

Los nueve meses aquellos fueron una época de martirio inacabable y tétrico. El parto fué cruento y difícil. No bastaron los auxilios de seña Aniquita la partera y fué preciso llamar al médico D. Lucas con lo cual, con la trapisonda y gastos consiguientes y la invasión de la familia barberil en la casa de la calle del Arce-diano, andaba D.^a Dolores metida en una *perrera* continua.

La primogénita fué una hembra y se le puso por nombre Mariquita de los Dolores, como su abuela paterna.

XII

Comenzó el período de la cría, lleno de sobresaltos, molestias y sinsabores. La chiquilla, que resultó ruinísima y llorona, se pasaba las noches ejecutando un agudo é insoportable monólogo. Corría precisamente el verano y entre el calor sofocante de la alcoba que tenía exposición al sur, los sanguinarios mosquitos y el llanto del nene, no era posible descansar ni un minuto. El pobre Juanito, con angelical paciencia, se levantaba á ratos de la cama para pasear á la criatura, único medio de que la madre se recostara un poco. En Octubre tuvo la niña el sarampión y tan grave estuvo, que hasta le encargaron la cajita. Con el trastorno de la dentición se puso luego tan flaca que los vecinos la

comparaban los uños con un *guirre* y los otros con una *frutita de aire*.

A los ocho meses hubo que despa-charla, porque Rosario volvió á sentir los síntomas del horrible mal. Aumentaba su tormento la repugnancia extraordinaria que le causaba la comida, de la que no podía soportar ni aun el olor. Le molestaba igualmente el de la casa, aquella pestilencia característica del viejo edificio, producida por la torpe construcción de la cloaca. Juanito tuvo que renunciar, de puertas adentro, al inveterado uso del cigarro virginio.

Cuando D.^a Dolores se enteró de la novedad, que en vano trataron de ocultarle los consortes, se llevó las manos á la cabeza, como si en ella le hubieran atizado un cachiporrizo.—Ahora si que nos quedamos *arramblados* dijo á las niñas de Mederos. ¿Vds. creerán que aún estamos pagando la *campana* que tenemos en la botica?

La segundo-génita fué hembra también y se le puso por nombre Mariquita del Rosario, como su madre.

Y así, todos los años, con la regularidad inconsciente de la planta que se cubre de frutos en época señalada, iba Rosario echando al mundo chiquillo tras chiquillo, una *insalla de guayetes* linfáticos, desapacibles, llorones como becerros. Después de la quinta hembra, hizo su aparición el sexo fuerte en la persona de Juanito, un muchacho negro como un *casón*, una especie de salto atrás, pues según el decir de las gentes, el maestro Filomeno, padre de D.^a Dolores tenía cabeza *pasuda*, pómulos salientes, labios groseros, piernas arqueadas y demás signos característicos de la gran familia de Cham.

Mientras tanto, habíase realizado la hazaña portentosa de Sagunto, volvieron los Borbones á calentar el trono de sus antepasados y la nación se alineó también, como Rosario la guapa. Desapareció de la noche á la mañana el Círculo artístico, literario y científico, murió también repentinamente su órgano en la prensa, las clases populares perdieron, quizás para siempre, las instructivas conferencias de

la calle del Libre pensamiento, que volvió á llamarse del Buey y descansaron en paz por primera vez desde el año 68, las cenizas de Torquemada y de Felipe II. A Palomares me le formaron un expediente por explicar á los chiquillos del Instituto no sé que enredos transformistas y tuvo que salir escapado para su tierra, desposeído de la cátedra. Triunfaba el abogado Mejías, cuyo padre había pregonado quesos de flor por las calles de la Ciudad. Se había casado con una de las Colaltas, tan ajadita y consumida que ya no servía ni para un remedio y el gobierno de la Restauración le nombró Alcalde. Su primera providencia fué mandar que se derribase el gorro frigio colocado por los demagogos en el frontis del Ayuntamiento entre los dos guerreros, el castellano y el canario, quienes, como si tal cosa, volvieron á custodiar la corona de antaño.

Con estos transcendentales cambios en la política del país andaba el maestro Narciso abatido y cabizbajo. Además, coincidían con tales disgustos, causados

por la nueva y antipática dirección de los asuntos públicos, graves sinsabores del orden privado. El que mucho vive, mucho ve, dice la gente y el buen maestro tenía más de setenta años.

Dominguito siempre fué *comechoso* y trabajador. Regentaba ahora la antigua barbería situada frente á la Recoba vieja y se dedicaba también á préstamos usurarios sobre alhajas y prendas de vestir. Se había casado y la mujer le resultó fecunda como una *curiela*. Carmen se murió de una tísis pulmonar, después de una enfermedad larguísima, que les obligó á quemar en el barranco porción de colchones, ropas y muebles. Angustias se casó con un maestro de escuela y vegetaba obscuramente en un pueblo de la Isla de Tenerife. Pepe el Canario se había dedicado enteramente á la bebida y en un día de jarana que pasó con algunos amigos en la playa del Cebadal, le dió á un tal Juan Marcos una puñalada en el vientre. El hombre murió á los dos días y al agresor le metieron en la carcel.

Aquí de las recriminaciones de doña Dolores.

—Estoy *abichornada*, les decía á las niñas de Mederos. Lo que le faltaba á mi hijo era tener un cuñado presidiario. Vaya un familiajel!

—Pero Dolorcitas, le replicaba seña Nicolasa, la mayor de las niñas. Si el muchacho estaba bebido y no supo lo que hizo.

—No señora. Siempre he oído decir que borracho y cochino no pierde tino.

Gracias á la poderosa influencia de los Sres. Bateson, Williams and Company, Pepe el Canario pasó de la cárcel al Hospital y una noche se escapó lindamente, de acuerdo con todo el mundo, embarcándose para Montevideo en un vapor inglés. Escribió varias veces pidiendo dinero, supose luego que era barrendero de la vía pública y que pasaba grandes miserias. Al cabo de muchos años un indiano que llegó del Brasil, aseguró haberle visto, convertido en saltimbanqui, asociado con unos italianos que exhibían un oso y perros domesticados.

Esta fué la última noticia que se tuvo en Atlántica del luchador famoso. La familia le considera muerto, porque, caso de vivir, tendría hoy más de sesenta años. Y quien llega á esa edad, con hambre, miseria y alcohol?

XIII

Corrían velozmente los días, los meses y los años. Al verano abrasador, con su luz implacable y sus cálidos días de levante, sucedía el otoño, que empezaba con la fiesta de la Naval, día de jarana y de expediciones al Puerto de la Luz, entre el asordante estrépito de los coches y el clamoreo de los muchachos que, según viejísima costumbre, adornaban la falda de las mujeres con vistosos apéndices, al grito tradicional de *rabo lleva*. Humeaban luego las castañas en la esquina del puente de piedra y los tétricos dobles del día de Difuntos vibraban lentamente en el espacio. El cementerio se llenaba de farolillos, de pebetes, de coronas de trapo y por la noche había borracheras de ponche é indigestiones de castañas asadas. Pasado el

día de Santa Catalina, empezaban á circular los *ranchos* de máscaras y bandadas de chiquillos, *balayo* á la cabeza y farol en mano, pregonaban en la sombra melancólica de las desiertas calles los *pasteles calentitos, pasteles!* Seguía luego la Noche buena, precedida de las pintorescas misas de la Luz, noche de mareante estrépito, de discordante guitarreo y de *gatas* comunales, que maullaban hasta rayar el alba. Presentábase en puertas el año nuevo, y volando se echaban encima los carnavales, tres días de borrachera insana en que hasta el más serio se salía por esas calles disfrazado de mujer ó con una sábana por la cabeza, diciendo frescuras á todo bicho viviente, época de declaraciones y de otras fechorías amorosas, de palos y de navajazos. Y después del miércoles de ceniza y del tradicional entierro de la sardina en el jardín de don Cayetano, amenizado también con canto y guitarreo, se abrían de par en par las puertas de la Cuaresma. Ya está aquí la semana santa. Entre las dos hileras de casas blancas, acariciadas por la rubia

lumbre del sol poniente y por el suave aleteo de las cortinas moradas, circulan grave y pausadamente las procesiones, la del Señor en el Huerto, la del Predicador, la del Señor de la Humildad y Paciencia, la del Señor en la Columna, con su cárdena y angustiosa faz dirigida hácia la altura, aspirando febrilmente á ella, en la tensión desesperada de los músculos contraídos y de la mirada suplicante y dolorosa. El miércoles, la procesión del Paso, el Señor con la cruz á cuestas que se encuentra en mitad de la plaza de Santa Ana, frente á Palacio, con la Virgen, la Magdalena y la Verónica, innumerable gentío por las calles, cajas de turrón y trompeteo de músicas. El jueves, el señorío empaquetado visita los monumentos, exhibiendo por esas calles de Dios todo un museo de chisteras arqueológicas, y manos enguantadas por vez primera en el año oprimen el bastón ó el libro de misa. Y el viernes en fin, las campanas amordazadas, el estridente rumor de la *matraca* que rasga á intervalos el dormido espacio, y por la tarde la procesión solemnísim

del Santo Sepulcro, el elemento oficial vela en mano, con las calvas doradas por la luz del crepúsculo, uniformes y fajas, rostros que reflejan la importancia del acto realizado, mucha mantilla blanca y mucha ropita negra, extraída de las profundidades olorosas de la cómoda.

Estallaban luego los voladores de San Pedro Mártir: la víspera por la noche, brillaban las luminarias en los edificios de la Plaza de Santa Ana (la Catedral, el Ayuntamiento, el palacio, la casa del Regente) volteaban las campanas y las ruedas de fuego y trepaban los muchachos por las resbaladizas cucañas. Al salir del templo en la mañana del 29 de Abril el pendón de la conquista, enarbolado por el Síndico del Ayuntamiento, pacífico miembro del Colegio de Abogados, tronaban los fusiles del batallón y los cañoncejos de la Plataforma, y el elemento oficial subía gravemente las gradas de la plaza, con dirección á las Casas Consistoriales, donde en tal día y hora, los oradores se enternécían invariablemente, entre copa y dulce, al recordar la desventurada

suerte de la raza indígena, sin que su dolor pasara nunca á mayores, pues no tardaban en consolarse con la idea de que «la marcha de la civilización deja siempre tras de sí un ancho reguero de sangre y lágrimas»:

Otra vez vuelven las calvas á recibir el beso del sol, arden las velas en pleno día y llueven de ventanas y balcones pétalos de rosa. Es la procesión del Corpus Christi, que contemplan desde lo alto los Obispos que fueron de la Diócesis, cuyos retratos cuelgan de las paredes del Seminario Conciliar. Y otra vez nos metíamos de rondón en el verano y á los días de ardiente bochorno y cegadora luz, sucedían las noches templadas y transparentes, iluminábase la Alameda los domingos por la noche y la banda militar amenizaba los paseos, que terminaban, sin falta, el día de la Virgen del Rosario.

Y así la rueda se movía, incesante y monótona y el tiempo pasaba, pasaba, cambiando lenta é insidiosamente los rostros y los miembros de los mortales. Ya Rosarito había echado al mundo ocho

chiquillos, Lolita, Rosarito, Micaelita, Filomena, Primitiva, Juan, Narciso y Antonio. Tenía entonces treinta y cuatro años y la vida sedentaria y soñolienta y la alimentación escasa é insustancial le habían convertido en una matrona hinchada, pálida y anémica. Aun se conocía que había sido guapa y sobre todo los ojos conservaban la suavidad celeste y el divino rayo, en otro tiempo pasmo y maravilla de jóvenes y viejos. Pero las mejillas, salpicadas de manchas parduzcas, habían perdido la tersura y el colorido de los pétalos, los dientes amarilleaban en las encías exangües y seno y vientre, deformados por la maternidad, colgaban tristemente, como frutos marchitos y áridos, que nunca han de excitar el apetito ni despertar la sed.

XIV

Eran los ocho chiquillos más ruines que el mismísimo Caco. Desde el amanecer de Dios empezaban á dar guerra. Como no había que pensar en Colegio para las niñas, pues gracias á Dios que los cuarenta pesos cubriesen las atenciones de la plaza del mercado, vestidos y zapatos, el papá declaró que él se encargaría de la educación de las muchachas y por las tardes se armaba la gran trapisonda en el comedor. Como tenía ofrecida una rapadura á la que mejor supiese la tabla de multiplicar, cuando formulaba una pregunta, todas contestaban á la vez, á grito herido, lo que producía la irrupción de doña Dolores en el comedor, con las manos en la cabeza y todos los síntomas de un ataque de enajenación mental.

Púsosele también en los cascos al angelical Juanito enseñarles la lengua francesa y se pasaba las tardes preguntándoles si tenían el pan ó el queso, á lo que contestaban las muchachas, después de pensarlo mucho, que no tenían el pan ni el queso, pero sí la buena manteca de la cocinera. Una vez trató de explicarles los movimientos de los astros, valiéndose de una naranja que representaba el sol y de unos garbanzos que eran los planetas. Después de la lección las chiquillas se merendaron al astro rey y se comieron, tostado, todo el sistema planetario.

Los varones concurrían á la escuela del Rey y eran los tres, cada uno por su estilo, unos solemnes *mataperros*.

D.^a Dolores exclamaba á cada instante:

—A quien saldrán estos facinerosos? Lo que es á mi hijo no salen.

En efecto, Juanito era un cascarrabias, dominador y atravesado. Siempre estaba dispuesto á *fajarse á la piña* con sus hermanas ó con los chiquillos de la vecindad. Durante los días de carnaval, desaparecía desde las primeras horas de la mañana,

con la camisa por fuera de los pantalones, y unos enormes bigotes pintados con un tapón de corcho y no regresaba hasta la noche, colorado como un pimiento y ronco en fuerza de tanto gritar.

Narcisito era *zorrocloco*, solapado y astuto. El era el que imaginaba las más diabólicas ruindades y siempre se las componía de modo que el nublado de la pena descargase sobre las nalgas de sus hermanos.

Antoñito era indolente, desaseado y *debaso*. Profesaba un horror invencible al agua y al jabón y sus narices podían competir con el alambique más perfeccionado. Destrozaba de la noche á la mañana un par de zapatos y tenía además la especial habilidad de romper y ensuciar cuantos objetos tocaba con sus manos.

Ellos recorrían toda la población desde la placetilla de los Reyes á los arenales de Fuera la portada. Echaban sus cometas en la banda del mar, se bañaban desnudos por la punta del muelle, tenían desempeñada media calle para facilitar las importantes operaciones del juego del boliche,

cazaban grillos en la meseta de la Plataforma, recorrían las azoteas de la vecindad para robar palomas, armaban formidables *guirreas* en las afueras de la Ciudad y hasta jugaban á *guirgo* en los nichos vacíos del Cementerio. Uno de ellos, no recuerdo cual en este instante, metió una vez la cabeza por entre los barrotes de la Alameda y hubo que llamar á un herrero para sacársela.

Todos fumaban como piróscafos fuera de la presencia de sus padres. Como desde que llegaban á casa, la abuela les llamaba para tomarles el olor del aliento, antes de abrir el postigo se arrimaban á la pared y sobre ella echaban el hálito con fuerza, hasta quedarse mareados. Luego se frotaban los dedos con hojas de una albahaca que crecía en el patio.

Sobre todo en las horas de la comida había en el comedor más ruido que en una batalla campal. A los pequeños era preciso contarles un cuento para que se tomasen la sopa y todos se disputaban las piñas del puchero, con feroz encarnizamiento.

—Mamá, yo no quiero ésta, que la de Juanito es mayor.

—Antoñito, si me llego á levantar, te llevas un par de nalgadas como pa tí solo.

—Mamá, yo quió plátano.

—No señor, que estás malo de la barriga.

—Ave María, mamá!

—Sin pecado concebida.

—Papá, Juanito me está pegando patadas por debajo de la mesa.

—Cállate, *acusón!*

—Juanito, mira que desde que te levantaste te la tengo sentenciada.

La casa, estrechísima é incómoda, resonaba como un tambor á los gritos y á las patadas de aquellos ocho demonios. Las dos mujeres, fuera de sí, se pasaban el día repartiendo nalgadas y *capones*. Por las noches, después que les acostaban, á veces á viva fuerza, se disfrutaba un ratito de tranquilidad. D.^a Dolores se marchaba al rosario ó á la novena y Juanito Ossorio se iba á la botica, donde formaba tertulia con unos cuantos petrificados como él. Rosario se sentaba á obscuras junto á una

de las ventanas de la sala y allí permanecía hasta las diez, hora en que regresaba su marido. Detrás de ella se abría el hueco sombrío y cálido de la sala, atravesado á veces por el vuelo estridente de las cucarachas de todos tamaños y colores, que abundaban tanto como las moscas en la vieja y desaseada mansión. Ni un alma pasaba por la angosta calleja, cruzada por la faja de luz amarillosa y triste del farol de la esquina. Vivía junto á la casa de la familia Ossorio un empleado peninsular, cuyo hijo Manolo, jovencito de quince años, no podía moverse de un sillón, con las piernas paralizadas por un reuma pertinaz é incurable. Tocaba divinamente el violín y en el silencio de la noche la melodía suave y quejumbrosa parecía el lamento de un corazón herido, divorciado para siempre de la dicha y del consuelo.

Todos los años, á la entrada del invierno, Pepe Lentiscal que se había establecido en Madrid, hacía una visita á sus padres. Durante aquellos ocho años, no pudo verle Rosario ni una sola vez.

Convertíase D.^a Dolores en incansable y molesto cancerbero: D. Jerónimo Gordillo zumbaba como un abejón, reproduciendo sus monólogos de la época revolucionaria y hasta Juanito Ossorio perdía su seráfica ecuanimidad, descubriendo cierto fondo de impertinencia y grosería, que muchas veces se halla en los caracteres débiles. Y así, pasando las horas, los días y los años, amontonándose una tras otra las paletadas de tierra pesada y gris que el tiempo arrojaba sin cesar, fué olvidándole ella poco á poco y los recuerdos luminosos de su vida se alejaron cada vez más, desvaneciéndose lentamente en la sombra, como la mancha de oro que deja el sol al despedirse en el horizonte indeciso de la tarde. Parecióle un sueño, algo que no era de este mundo, aquella época tan breve de lucha y de pasión, la primera mirada después de la ovación inolvidable á la artista y á la mujer hermosa, la temporada en el Puerto de la Luz, la noche pasada en la playa, bajo el rayo amoroso de la luna, al arrullo de las

melodías del viento y de la ola, los éxtasis sobrehumanos en la ventana baja que daba al mar. Tenía que hacer grandes esfuerzos de imaginación para evocar la figura de Pepe, su mirada azul y cariñosa, su barba rubia, la expresión de su semblante, ansiosa y apasionada.

Una sola vez pudo verle. Fué durante el año décimo de su matrimonio, estando ella en cinta del noveno chiquillo. Salía de misa, con la cabeza baja, cubierta por una mantilla ajada y verdinegra, procurando ocultar con la falda del vestido sus piés calzados con botas estropeadas y sin lustre. Al pasar por delante de la Alameda alzó los ojos y le vió. Estaba un poco más delgado, vestía con refinada elegancia y la barba gris que ahora llevaba en punta, el color enfermizo del semblante y el cansancio de la mirada, revelaban al hombre irresoluto, abatido y mal trecho, que se resigna á vivir, á falta de otra cosa mejor.

Nunca olvidará Rosario la expresión atrozmente compasiva de los ojos azules que en ella se clavaron, ni aquel—Adiós,

Rosario, que acertó á percibir y que le pareció el adiós definitivo, la despedida lúgubre de la juventud y de la poesía, la inmersión irrevocable en la vulgaridad sepulcral y tediosa de la vida.

XV

Una noche, al regresár de la novena, sintióse D.^a Dolores acometida de violento escalofrío y se acostó; quejándose de un dolor agudo en el costado izquierdo. Hacía tiempo, que ella no se encontraba muy católica... á causa de un *romadizo* mal cuidado. Sobretudo por las mañanas le sonaba el pecho como una caja.

Imaginó que le empezaba constipado nuevo y con variedad de mantas sobre el cuerpo, una garrafa á los piés y una taza de té bien caliente en el estómago, intentó quedarse dormida, con la idea de amanecer al día siguiente como si tal cosa.

Pero no pudo conseguirlo. Aumentaban los escalofríos, apesar del sofocante calor que reinaba en la alcoba y un malestar horrible le obligó á llamar á Juanito. Levantáronse ambos esposos y la incorporaron en la cama, colocando detrás de sus espaldas una pila de almohadas, para facilitar la respiración de sus cansados pulmones.

A la mañana siguiente vino el viejo médico D. Lucas, quien declaró que su amiga D.^a Dolores había cogido una pulmonía y que era menester sangrarla, maniobra quirúrgica á la que se opuso tenazmente el médico nuevo, Manolito Ruiz, recién graduado en la facultad de Montpellier, que fué llamado en consulta.

A los dos días, acentuándose la gravedad, empezó la enferma á delirar. Permanecía sentada en la cama, con la cabeza baja, los ojos vidriosos, el labio inferior lívido y colgante, y las manos fofas y amarillas yacentes, como trastos inútiles, en la blancura de la colcha. Los médicos la visitaban dos veces al

día, empezaban por percutir su espalda pálida y carnosa, le aplicaban luego la oreja, graves y cejijuntos y seguidamente armaban en la sala las grandes trapi-sondas, defendiendo el viejo el sistema de las sangrías, preconizando el nuevo los modernos procedimientos, é invocando en su auxilio un rosario de autores extranjeros, cuyos nombres escuchaba el otro con desdeñosa incredulidad.

Y entretanto el delirio continuaba, una suerte de monólogo lúgubre é incesante, una evocación burlesca y extraña de los años juveniles de D.^a Dolores, de aquellos tiempos nunca por ella mentados, en que vivía con su padre, el maestro Filomeno, en una casita terrera del barrio de Santo Domingo. Llamaba á cada instante con enronquecida voz á la *hermana Pepa*, una tía suya, muerta hacía más de treinta años, y despertaban, avivados por la llama siniestra de la fiebre, mil detalles que habían dormido hasta entonces en un rincón de su memoria: la quemadura que se hizo un día, al calentar el almidón en el patio

trasero, la *felpa* que le dió su madre cuando rompió la *talla*, al acarrear el agua para la casa desde el viejo pilar de Santo Domingo.

Recobraba á ratos el conocimiento y con los ojos muy abiertos en la lividez significativa del rostro, fijaba su mirada inexpresiva y atónita en los zapatos que yacían en la alfombra, los mismos que había arrojado al suelo la noche en que se acostó por última vez, tiritando de frío, en aquellas botas estropeadas, llenas de arrugas y con los tacones torcidos, que nunca más habría de ponerse.

Entonces se le acercaba Pepito, desgredado y pálido, con los ojos enrojecidos por el llanto y el insomnio y le preguntaba en voz baja y quejumbrosa.

—Qué tiene, mamá, qué tiene?

—Yo? Nada, contestaba ella con cierto asombro y sequedad.

No toleraba que nadie se le acercase, ni aún su hijo Pepe, única pasión de su vida. Reconcentrada en el egoísmo rencoroso de la bestia enferma, rebelde á

la desaparición irrevocable, invocaba con desesperada energía, durante los breves ratos de sosiego, al Dios consolador de la esperanza y repetíase interiormente, con maniática tenacidad, que aquello no sería nada, que todo era cuestión de paciencia, que ella volvería á poner en tierra las plantas y vería de nuevo la sonrisa del sol. Y pronunciaba en voz baja y anñada la frase conque el pueblo suele infundir resignación á los pobres enfermos.

— Los males entran lueguito y salen tardito.

Y de pronto, oíase de nuevo el grito de angustia: Ay señor, ay señor! y reaparecía la lucha siniestra con la disnea, la lividez terrorífica del rostro, la inquietud intolerable, el sudor frío, la fatiga negra, la defensa obstinada é inútil del organismo miserable contra el dolor.

El séptimo día de la enfermedad ya no quedaba esperanza alguna. Percibíase desde el umbral de la alcoba el olor siniestro, inolvidable, que se difunde en torno de los que van á morir.

Trajéronle *su majestad* al toque de oraciones y después de la ceremonia Juanito, abrazado al cuerpo inerte y sudoroso de su madre recitó el Padre nuestro en voz muy alta, que resultaba dramática y afectada mientras ella, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos enrojecidos y lagrimeantes fijos en el techo, sacaba del fondo de sus entrañas el último lamento del vencido, el estertor afanoso y lúgubre, interrumpido por pausas cada vez más angustiosas, cada vez más prolongadas. La última se dilató indefinidamente, terminando en una aspiración ligera, casi imperceptible.

El señor Toledo salió á la galería, y contestando á la ansiosa interrogación de los amigos y parientes que allí estaban reunidos, dijo:

—Ya, ya descansó la pobre Dolorcitas.

.....Después del entierro, al que asistió respetable público de sombrero de copa, la vida continuó entre los que se quedaron, prolongando indefinidamente en el tiempo el mismo trazado regular, uniforme, simétrico. La mayor de las niñas

se casó con Andresito, el que tiene un almacén de millo en la calle de Isabel la Católica. La segunda tiene un novio formal, que ya entra en la casa, y es Secretario del Ayuntamiento de un pueblo, no lejano de la ciudad. El mayor de los varones estudió para piloto y da viajes á la Habana en el brick-barca *Fortuna*. Narciso es oficial de sastre y Antoñito dependiente, como su padre, de la respetable casa inglesa Bateson, Williams and Company.

La familia vive hoy, como antaño, en la casa vieja, estrecha y pestilente de la calle del Arcediano. D.^a Rosario es una vieja gorda, descolorida y calva. Se levanta á las siete, barre la casa, guisa el puchero, apunta la ropa, asiste al rosario ó á la novena y pasea lentamente por las calles obscuras y desiertas, dando el brazo al compañero de su vida.

La planta arraigada en un rincón del huerto familiar, al abrigo del cierzo y de las tempestades, ha vivido sosegada é inmóvil, estirando sus ramas, madurando sus frutos, esparciendo por el

suelo sus semillas, y vivirá, siempre en el mismo sitio, hasta que el último invierno corrompa las raíces, derribe el tronco, avente las hojas secas, y deje la tierra libre, dispuesta para la germinación de nueva vida.

FIN